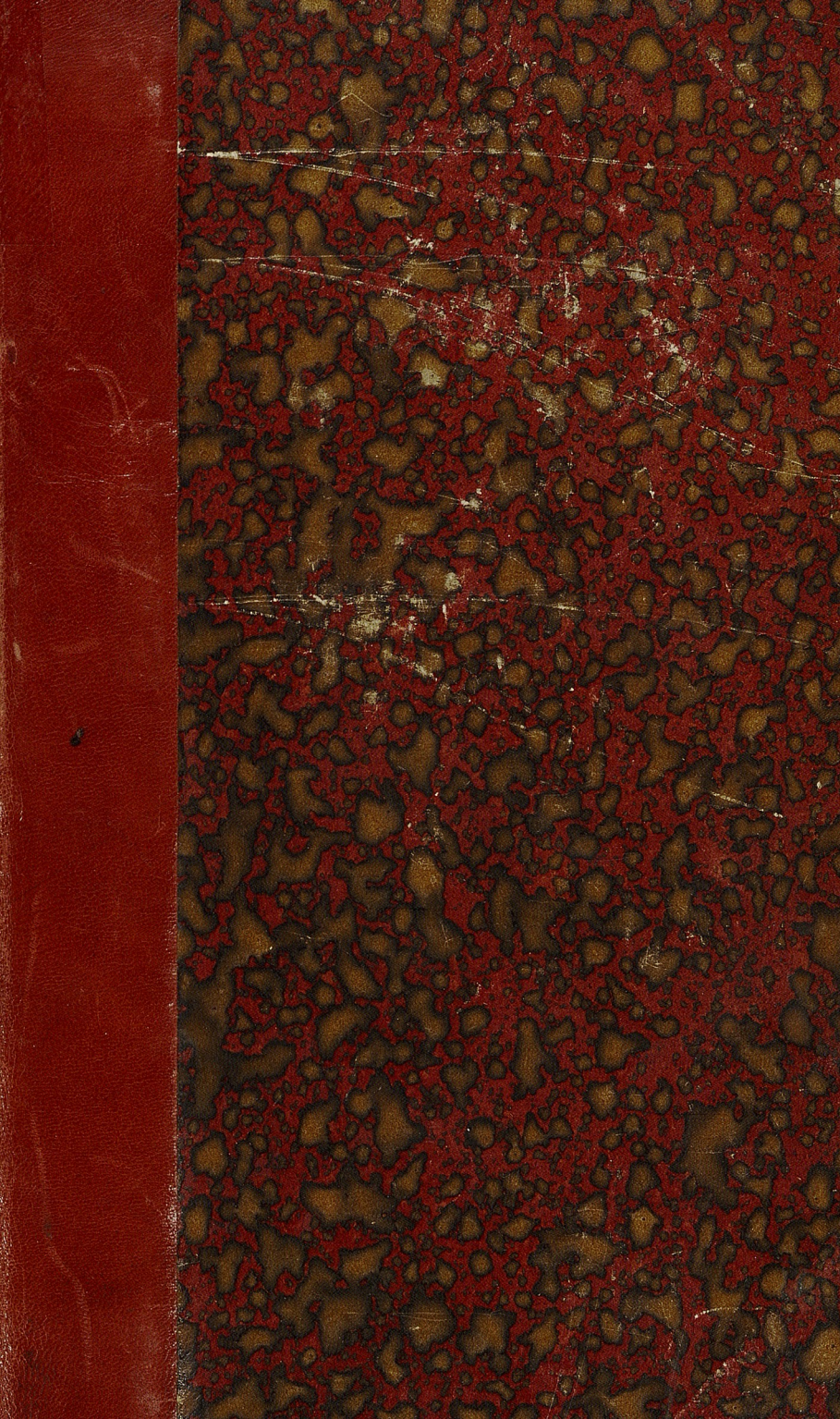






BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Sección Chilena

Volúmenes de la obra.....

Ubicación 12. B 39- 14

BIBLIOTECA NACIONAL



838145

REVISTA CHILENA

REVISTA CHILENA

DIRECTOR:
ENRIQUE MATTA VIAL

TOMO XIV

SANTIAGO DE CHILE
1922

GUSTAVO FLAUBERT

Su vida y sus obras.—Enseñanzas que de ambas se desprenden (1)

Señoras:

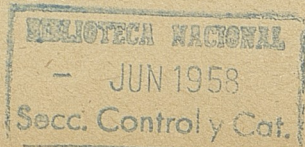
Por rara coincidencia, Balzac, Dostoyevsky y Flaubert, los tres más grandes novelistas del siglo XIX, nacieron en una casa de beneficencia y, fueron, como alguien lo ha dicho del maestro ruso, «flores de hospital». El padre de Balzac era administrador del Hospicio de Tours y vivía con su familia en el establecimiento de su cargo. Igual sucedió con el padre de Dostoyevsky, el que además era doctor en medicina. El de Gustavo Flaubert desempeñaba el puesto de cirujano jefe y residía en el Hotel Dieu de Rouen. (2)

Ahí nació nuestro grande hombre el 12 de Diciembre de 1821.

Si la escasez de tiempo no lo impidiese, convendría en este punto detenernos para estudiar a los progenitores de Flaubert y para ver hasta que punto se verifica en él la teoría de Taine, su discípulo y amigo, sobre la raza, el medio y el momento. Pero en aras de la brevedad y concisión sacrificaré muchos pormenores interesantes y me contentaré con decirles que, en cuanto a raza, Flaubert heredó de sus padres todas las características del Normando auténtico: alta estatura, fuerza atlética, cabello rubio, ojos azules.

(1) Conferencia leída el 12 de Diciembre de 1921 en la solemne celebración del Centenario de Flaubert, en el «Salon des Annales» de Santiago.⁴⁴

(2) **Libros consultados:** G. FLAUBERT: *Correspondance*.—E. HENNEQUIN: *Etudes de critique scientifique*.—P. BOURGET: *Essais de psychologie contemporaine*.—P. MARTINO: *Le roman réaliste sous le Second Empire*.—E. SEILLIÈRE: *Le romantisme des réalistes: G. Flaubert*.—GUY DE MAUPASSANT: *Pierre et Jean*, préface.



Era a todas luces un legítímo descendiente de esos Norsemen que, abandonando para siempre las frías y estériles playas del Báltico, enderezaron la proa de sus barcos hacia las costas de Francia y se establecieron en la desembocadura del río Sena. Aventureros del mar, los normandos, sin embargo, se arraigaron instantáneamente en el suelo más feraz, en la tierra más gorda de la Galia porque allí encontraron todo aquello de que carecían en su fría y estéril patria: un alimento abundante y vario, capaz de aplacar el hambre y la sed atávica de esos colosos y, además, la luz del sol, y el calor de la civilización cristiana.

Venían sin mujeres, pero al conquistar la provincia que había de llevar su nombre (o sea la Normandía), las mujeres francesas los conquistaron a ellos y así se repitió en Francia el milagro griego: *Graecia capta ferum victorem cepit*: La Grecia conquistada conquistó a su fiero conquistador. Sucedió pues que, merced a las mujeres de Rouen, los normandos olvidaron no sólo su patria sino también su Religión y su idioma. Los hijos de esos aventureros hablaron francés y fueron franceses. De sus padres heredaron la alta estatura, el aspecto y el apetito germánico que caracteriza a los actuales habitantes de la Normandía y, a sus madres Galo-romanas debieron esa viveza de ingenio, esa astucia y esa «macuquez» que distingue a los normandos entre todos los franceses.

En Flaubert distínguense los caracteres físicos de sus antepasados y con excepción de la astucia, toda el alma normanda se revela en él. Pero, en ese coloso de ojos azules había algo de meridional: una imaginación de fuego, una espontaneidad verbal que fácilmente degeneraba en facundia y locuacidad. Cuando el entusiasmo literario o la indignación se apoderaban de él, Flaubert hablaba a chorros y a gritos: él mismo llamaba a su boca «mon gueloir», vocablo que le servía para designar el órgano de la voz, y a la vez el escritorio, ese santuario en que leía a gritos todo cuanto escribía para probar si cada uno de sus vocablos y cada una de sus frases era o no musical.

Pero no nos anticipemos; baste por ahora decir que en el alma exuberante de ese normando había algo de Tartarín de Tarascón y no nos asombremos de ello, porque Francia a pe-

sar de las enormes diferencias raciales que hacen de sus provincias el más curioso mosaico humano, es el país donde la mezcla de las diversas sangres y de las diversas almas, ha sido más completa.

No es raro que, en un Marsellés, descubráis con asombro el espíritu aventurero de un Normando y en un Normando la facundia de un Marsellés. La mezcla está hecha por mano maestra; de allí, por un lado, la uniformidad y, por otro lado, la diversidad del genio francés.

Flaubert, como ya se ha dicho, nació en un hospital y fué hijo de un médico. Este que, a primera vista, parece baladí, es un hecho de grande alcance. El médico, señoras, es un hombre que profesionalmente vive inmerso en plena realidad humana, es un hombre que busca lo positivo; que debajo de las apariencias y de los vocablos descubre los hechos susceptibles de comprobación y medida. Es, por consiguiente, un eterno observador, cuyos sentidos todos jamás se cansan de escrutar la realidad. Es, por educación y profesión, lo que en literatura llamamos un «realista» y un «naturalista».

Ahora bien, cuando ese hombre es un Dr. Flaubert, es decir, un cirujano eminente cuya fama ha llegado hasta la capital de Francia y en cuya casa júntase cuanto hombre hay en Normandía capaz de entusiasmarse por la ciencia, resulta de ahí, que el medio, el ambiente, la atmósfera espiritual en que vive ese hombre ha de influir en aquellos que, como Gustavo Flaubert, nacen de él y viven a su lado. De ahí, si no me engaño, el realismo de nuestro novelista; de ahí, cuando menos, su hábito de observar, analizar y apuntar; de ahí la vida característica que más tarde logró infundir a los personajes de sus novelas.

Gustavo Flaubert adquirió al lado de su padre la predisposición no sólo a observar, sino también a dudar y a mirar con frialdad, con ojo clínico, las miserias y vilezas humanas: de ahí pues su naturalismo.

Pero, señoras, diréis talvez que, criado en esa atmósfera positiva, debió Flaubert inclinarse a la ciencia y no a la literatura, que debió ser médico, como su padre, y no poeta. (Y le llamo poeta, porque a pesar de no haber escrito sino en prosa,

es como Chateaubriand un poeta de primer orden). Pero el hecho es que fué literato y no médico. ¿Cómo esplicaremos que Flaubert se haya, por decirlo así, desposado con la literatura pura, cuando todo y todos en su casa le alejaban de ella? La respuesta es que el doctor y Mme. Flaubert no vigilaron como debían la educación de su hijo. Digo *como debían* porque, a mi juicio, no cabe escusar a los padres que, menospreciando la literatura, dan sin embargo a sus hijos una educación excesivamente y aún descabelladamente literaria.

Gustavo Flaubert se matriculó muy niño en el Liceo de Rouen. Hemos dicho que había nacido en 1821 y ya en 1832, es decir, a los 11 años de edad, héle ahí, leyendo a Lord Byron y no sólo leyendo ese poeta que es el más peligroso y corruptor de los autores ingleses, sino escribiendo un ensayo sobre él. ¿Vigilaría el Dr. Flaubert, vigilaría Mme Flaubert las lecturas de su hijo? ¿Qué juicio os merecerían hoy un padre y una madre de familia tan descuidados e indiferentes en un asunto de esa trascendencia? Pero no fué esto todo. A los doce años, Gustavo leía a Balzac; a los trece, creía ser ya todo un literato, puesto que no sólo escribía cuentos y novelas cortas, sino que tenía elegido el seudónimo que, según sus cálculos, habría de de darle gloria e inmortalidad...

A los 16 años, esto es, al terminar las humanidades, Gustavo leía al Marques de Sade. Imaginaos, señoras, esa enormidad:... un niño de 16 años leyendo al más inmoral escritor del más inmoral de los siglos, al Marqués de Sade. Y no sólo leía Gustavo esa literatura infame, sino que se enamoraba de ella y, en cartas a sus amigos, la ensalzaba con el entusiasmo de un neófito y de un apóstol.

Vuelvo a preguntarlo, señoras: ¿cumplían o nó el padre y la madre de Flaubert su misión educativa, su misión de jefes y custodios de una familia?

Pero he aludido a los amigos de Gustavo. Estos eran condiscípulos suyos del Liceo y pertenecían como él a la mejor burguesía normanda. ¿Qué clase de adolescentes eran ellos?

En una carta a Luisa Collet, en que habla de su niñez, Gustavo evoca ese grupo de muchachos que le rodearon durante toda su adolescencia y los llama «jeunes drôles», (drôle en fran-

cés, significa *bribón* y, cuando se habla con indulgencia o cariño, *bribonzuelo*). Para calcular la interpretación que debe darse a este vocablo, bástenos recordar que, según cuenta Gustavo, vivían esos niños oscilando entre la locura y la muerte. Dos de ellos se mataron: el uno destapándose el cráneo de un pistoletazo y ahorcándose el otro con su corbata. Otros más se «crèvent», dice Flaubert, esto es, se agotaron, se reventaron a fuerza de libertinaje, buscando en tales excesos un alivio para su precoz melancolía, para el tedio romántico (o «mal del siglo») que los devoraba. «Aquello era hermoso», «c'était beau» dice Flaubert... El sobreviviente de esos tiempos heroicos no sabe si, al recordar a sus amigos, debe llorar o reír: «C'était beau». Y promete escribir un libro sobre esa juventud que creía en un oscuro rincón cual hacecillo de hongos henchidos de tedio. Ese libro, Flaubert lo esbozó en el segundo borrador de la *Educación Sentimental*.

¡Qué educación, señoras! Pero conviene por un momento detenernos para observarla de cerca.

Desde luego ese grupo de «jeunes drôles» consta únicamente de adolescentes. Dieciséis años, es la edad del mayor. Qué os parece aquello, señoras? A los dieciséis años esos niños, que no otra cosa son, han leído ya al Marqués de Sade, han desfloreado su inteligencia y su corazón y padecen de ese tedio que envenenó el alma de Byron y de Chateaubriand. Son románticos hasta en la médula de los huesos y el romanticismo es para ellos, es en ellos un veneno mortal. Dos se matan violentamente, otros mueren agotados por sus vicios y el mayor de ellos apenas si acaba de entrar en la adolescencia. Leen con voracidad las más espantosas abominaciones, las paladean, las saborean y se nutren de ellas. Crecen como callampas venenosas y mueren o se matan con un desplante que abisma. Y eso a los 16 años. «C'était beau» dice Flaubert. ¿Qué os parece, señoras? ¿Qué diríais de una familia, de una escuela y de una época que así educaba a todo un Flaubert?

Pero me objetaréis talvez, que, con todo eso, Flaubert fué Flaubert, es decir, uno de los más grandes escritores de su época i de allí deduciréis quizás, que, después de todo, aquella educación no resultó tan estéril ni merece la indignación con

que la miro yo, indignación que abarca a un mismo tiempo a la familia de Flaubert, al Liceo de Rouen y a la burguesía normanda de donde salían esos estupendos bribonzuelos que acabo de presentaros.

La objeción no es tan fuerte como parece. Porque primero, cabe preguntaros: ¿Creéis por ventura, que si Flaubert llegó a ser quién fué, debióse ello a semejante educación? Yo, señoras, creo, y si el tiempo me lo permitiese, os demostraría, que si Flaubert no se embruteció totalmente desde temprano, si no se aniquiló en alma y cuerpo a los 16 años, ello se debió a la robustez de su naturaleza privilegiada, la cual educada en diverso modo, es decir, racionalmente, habría dado mejores frutos. Flaubert fué quien fué, no por eso, sino a pesar de eso....

Y desde luego veamos cual fué el primer fruto de esa educación. Os he dicho ya que Gustavo Flaubert era un magnífico ejemplar de humanidad, uno de esos hermosos tipos de hombres que un escritor inglés llama brutalmente «a blonde beast», sólido, robusto y al parecer, blindado, y a prueba de balas.

Pero ¿qué sucedió? Lo que voy a referir aconteció en Octubre de 1843, cuando ya Flaubert estaba en la primera flor de la juventud, a los 22 años de edad.

Volvía Gustavo de Pont Audemer donde había pasado una temporada en casa de amigos suyos. Acompañábale su hermano mayor Aquiles en un birlocho que él mismo gobernaba. Era ya noche. Al llegar cerca del pueblo de Bourg-Achard una carreta cruzóse con el birlocho y tomó la izquierda en el momento en que empezaban a vislumbrarse en lontananza las luces de una fonda aislada. Pormenores son estos que apunto aquí, porque se grabaron con nitidez fotográfica en la exaltada memoria del enfermo, como lo prueba el hecho de que en cada nueva crisis, el pobre Flaubert volvió siempre a ver esa carreta y esa luz. En ese preciso instante Gustavo tuvo un vahido y se desplomó. Su hermano (que era médico) le hizo allí mismo una sangría y creyó que aquel accidente no se repetiría. Pero cuatro ataques sucesivos derribaron a Flaubert en la quincena siguiente y fué preciso reconocer que su salud estaba definitivamente comprometida.

A esta terrible conclusión llegó su propio padre el Dr. Flaubert, el cual, poco después, murió de la angustia que le causara la cruel enfermedad de su hijo. ¿Quién lo hubiera esperado en un joven tan hermoso y robusto? Al descubrirla en Gustavo, pudo el doctor medir su verdadero alcance. Tratábase nada menos que de epilepsia. No admiro que el anciano doctor no resistiera a tan rudo golpe! .

Ahora, pues, señoras, podemos sin temor calificar la educación y los educadores de nuestro coloso rubio. Del doctor y de Madame Flaubert nada diré: pagó el primero su error con sus angustias y su muerte y la segunda padeció desde entonces todos los temores de una madre cuyo hijo es epiléptico. Porque habéis de saber, señoras, que estos ataques fueron seguidos de otros muchos.

Maxime du Camp, amigo íntimo de Flaubert e inseparable compañero suyo en largos viajes por Francia, Egipto y el Oriente, presenció muchos de esos ataques y recibió de él confidencias que le permitieron medir los terribles estragos de ese mal en la salud física, moral e intelectual de su amigo.

Pero, señoras, ya que he creído instructivo poner ante vuestros ojos esta llaga, perdonadme si insisto en descubriros su origen y algunos de sus efectos. Consulté sobre la enfermedad de Flaubert a mi querido y respetable amigo y maestro el doctor Orrego Luco quien en esta materia es una autoridad de todos reconocida. Si mal no he entendido las explicaciones que de él recibí, sería doctrina corriente en medicina que la epilepsia es una manifestación del de la actividad del treponema, es decir, del bacilo específico de la sífilis.

La presencia de este bacilo en el cuerpo del epiléptico débese a veces a una herencia, a veces a una adquisición hecha por el propio enfermo. En este último caso no se manifiesta durante la niñez. Pero si tarda en señalar su presencia, si esta se nota en la juventud, como en el caso de Flaubert, es prueba de que el treponema ha sido adquirido. Creo que estamos aquí en presencia de un caso en que la adquisición vino a reforzar la herencia. Y os ruego, señoras, calculéis el alcance educativo de esta hipótesis!...

Sí, en efecto, la educación de Flaubert hubiese sido otra, si en vez de la absoluta libertad que disfrutó cuando niño y adolescente en cuanto a lecturas y frecuentaciones habituales, es probable que la epilepsia hubiese permanecido latente o se hubiese manifestado únicamente en cierto desequilibrio intelectual y moral. Calculad, según eso, cuan distinto hubiera sido el porvenir de Flaubert, porque si, con esta terrible rémora, con esta perpétua y depresiva amenaza, logró, sin embargo, ser quien fué, ¡a cuánta mayor altura no llegara sin ello? Considerad, por ejemplo, a Víctor Hugo, otro coloso no sólo por el vigor del ingenio sino también por la fuerza física y ved como su cuerpo sirvió maravillosamente a su ingenio. Y sin buscar tan arriba nuestros términos de comparación, bástenos poner en paralelo la escasa actividad de Flaubert con la excesiva abundancia de su maternal amiga Jorge Sand y veréis lo que significa para el genio la posesión de una mente sana en un cuerpo sano.

El ideal antiguo de «*Mens sana in corpore sano*» se realizó en Jorge Sand hasta en la vejez. Más no en Flaubert y, vuelvo a repetirlo, este fracaso se debió en parte muy principal a la ineficiente, a la errada, a la descuidada educación de aquel grande hombre. Ciertamente, señoras, otro en igual condición de enfermedad no habría dado de sí lo que Flaubert y esto es menester apuntarlo y celebrarlo.

Privado de esa energía natural, habríase entregado a vejetar lánguidamente en su casa de Croisset rodeándose de médicos y medicinas tan inútiles estas como aquellos. En vez de tan menguada vida de enfermo, Flaubert a pesar de su treponema se lanzó a la lucha literaria y triunfó.

Y ¡que vida, señoras! Flaubert al entregarse de lleno a la producción literaria llevaba en la mente los más encumbrados ideales y se impuso el más lento y cruel martirio para realizarlos. Sin caracterizar por ahora esos ideales ni explicar menudamente sus métodos, procuraré daros una idea de la magnitud de sus esfuerzos.

Pero advertiremos primero que al entregarse por completo a la tarea literaria, Flaubert no buscaba en ella su sustento. Era rico y libre. Como tantos jóvenes en igual condición de fortu-

na pudo dar por objeto a su vida «matar el tiempo» en deportes, en viajes, en escauceos, en aventuras sentimentales o si preferís resumirlo todo en pocas palabras, pudo agitarse mucho sin hacer nada y cuando más hacer «beaucoup de bruit pour rien».

Flaubert no hizo ruido, pero trabajó como si de sus afanes dependiese su existencia.

¿Cuántos años gastó en su primera obra, en su obra maestra, en esa «Madame Bovary» que lo inmortalizó?

Preguntad a algunos contemporáneos nuestros y os dirán que ellos pueden escribir una novela en seis meses y aun, si se les apura, en tres o cuatro semanas. Para ellos éste es asunto tan sencillo como, para el periodista, el escribir un editorial o un suelto de crónica. Largan las riendas a su pluma y de la punta de esta brotan los vocablos con la misma fuerza y facilidad con que, del pistón del bombero, sale el chorro apagador de un incendio. Sale, sale, sale. En una hora, hojas y más hojas de papel se cubren de tinta y, al mes, a los dos meses cuando mucho, la obra está terminada; exclaman «exegi monumentum». Podar, escardar, arrancar, trasplantar, es decir, esforzarse tras la perfección sin la cual no hay verdadera belleza, son vocablos que no traducen para ellos ningún ideal, ni realidad práctica alguna. No saben que según Buffon, «el genio es una larga paciencia», pero así también les resultan esas obras...

Al revés de estos eternos improvisadores, Flaubert consagró varios años a cada una de sus obras. No reparó en gastos, en estudios, en observaciones, en ensayos, ni publicó obra alguna sin, antes, corregirla hasta dejar satisfecha, no su delicadeza de artista que no satisfacía nunca, sino su conciencia de obrero literario. En esto es menester insistir. ¿De dónde nace la inconsciencia o, si preferís, la incontinencia de muchos modernos escritores kilométricos? Y por el contrario ¿de dónde nacían los escrúpulos de Flaubert?

Asunto muy sencillo, asunto de inteligencia y de moralidad. Flaubert se respetaba a sí mismo y respetaba a la Belleza. Poseía una conciencia literaria escrupulosa, y ésta, como toda conciencia digna de ese nombre, era intransigente en el cum-

plimiento del deber. Para él, como para los moralistas, el bien consistía en la integridad, el mal en cualquier defecto. Abominaba de la imperfección literaria y la descubría allí donde otros no la sospechan: en un vocablo mal escogido, en una asonancia mal calculada, en una disonancia, en un desequilibrio de la frase, y por decirlo todo con una sola palabra, en menudencias.

En menudencias, señoras; pero sabía, como lo saben todos los enamorados de lo bello, que la belleza perfecta es hecha de innumerables menudencias, y que así como en la vida espiritual, descuidando los pecados veniales se llega insensiblemente al mortal, del mismo modo, en literatura, los pequeños descuidos van a parar en fealdad, la cual es, propiamente, el pecado mortal literario.

Esa intransigencia, Flaubert la practicaba consigo mismo y con los demás. Pero de todos los hombres que vinieron, por decirlo así, a asolearse, a bañarse a la luz de su genio, de todos sus amigos y discípulos, uno, uno solo, compartió plenamente (o mejor heredó) la conciencia literaria de Flaubert: este fue Guy de Maupassant, en quien descubro yo la verdadera obra maestra de Flaubert, una obra superior a *Madame Bovary* y a la *Tentación de San Antonio*.

Diez años gastó Maupassant ensayándose incansablemente y sometiendo con humildad a Flaubert sus composiciones. Iban estas a parar al canasto una tras otra infaliblemente, pero llegó un día en que el maestro, viendo realizado su ideal literario en la obra de su discípulo, autorizó por fin la publicación del primer cuento de Maupassant. Y así, éste, merced a su maestro, contóse entre esos afortunados «qui pour leurs coups d'essais, comptent des coups de maître».

Pero preguntaréis: ¿observaba Flaubert en lo propio la ley que el mismo dictaba a los demás?

En respuesta voy a someteros una cuenta que me dispensará de mayores explicaciones.

Hemos dicho que, en el liceo, Flaubert escribía abundantemente y que, recién salido de la escuela, se entregó de lleno a la actividad literaria.

Había nacido en 1821. ¿A qué edad pensáis, señoras, que publicaría su primer libro? *Mme. Bovary*, su novela primogénita, salió a luz en la *Revue de París* en 1856: estrenóse, pues, Flaubert como novelista a los 35 años. Habiendo empezado a los 11 años y habiéndose impreso su primera obra en 1856, Flaubert hizo, pues, un noviciado de 24 años llenos.

¡Veinticuatro años de noviciado! ¡qué enormidad!, pero, al mismo tiempo, qué lección para la juventud! Nuestros jóvenes, no bien se les seca la tinta en el papel que han borroneado, ya buscan (y, por desgracia, muchas veces hallan) un impresor que ofrece al mundo sus ácidas e inmaduras primicias.

No así Flaubert. De esos 24 años de noviciado consagró 10 a la preparación inmediata de «*Mme. Bovary*». En 1862, siete años después de «*Salambo*», salió a luz la «*Educación Sentimental*». En 1874, al cabo de otros cinco años, publicóse su cuarta obra maestra: «*La Tentación de San Antonio*»; seguida el mismo año, de «*Tres Cuentos*», y, en 1880, falleció el maestro después de seis años consagrados a «*Bouvard y Pecuchet*» que la muerte le impidió terminar.

De suerte que podemos ahora dibujar con exactitud matemática la curva de su esfuerzo: Diez años de trabajo para *Mme. Bovary*, cinco para *Salambo*, siete para la *Educación Sentimental*, cinco para la *Tentación* y siete para *Bouvard y Pecuchet*, dan 33 años de labor. De ahí se deduce que por término medio, gastaba Flaubert cinco años y seis meses en la preparación de un libro de 350 a 400 páginas. ¿Cuántas páginas escribiría cada día? os dejo el cuidado de resolver este instructivo problema.

Ya lo véis señoras, Flaubert se distingue de nuestros contemporáneos y de los suyos en un punto muy esencial: no es improvisador. ¿Faltábale por ventura el ingenio o mejor digamos el genio? ¿Faltábale la preparación? ¿Faltábale la libertad? Nó. Ya sabemos que era rico e independiente y que para él la literatura era un culto y no lo que, en francés llamamos «un gagne-pain». ¿Entonces? Entonces, señoras, hay que buscar otra explicación. Esta puede darse en pocas palabras: como ya lo he insinuado, para Flaubert la Belleza artística era lo que la Belleza moral (es decir la Santidad) para los místicos: era un

culto, una religión, un ideal, al cual, por más esfuerzos que se gasten, no se acerca nunca el hombre lo bastante para adueñarse de él y realizarlo plenamente. De ahí el martirio de Flaubert y sus largos esfuerzos.

De ahí que, para él, fuese el genio verdaderamente una larga, larguísima paciencia de treinta y tres años. De allí también el esplendor de su éxito. Cumplióse en él una ley que admite poquísimas excepciones: aludo a la ley según la cual las cosas valen lo que cuestan. Lo que nada cuesta, nada vale: lo improvisado, no cuaja ni madura, salvo uno u otro milagro literario. Las demás excepciones se parecen a esos pianistas de seis o siete años que nos asombran como inesperados meteoros, pero que también como meteoros desaparecen rápidamente del cielo del arte para no volver más. Pasados quince o veinte años después de asombrarnos, preguntad por esos prodigios, y nadie sabrá deciros si existen.

Pero volvamos a Flaubert. Esa incansable labor, fértil en obras maestras le constituyó muy a pesar suyo en jefe de escuela. De él, por más que haya protestado con grande energía derívanse los escritores que la Historia Literaria y la Crítica califican Naturalistas y entre ellos, por no citar sino a los más eminentes cuéntanse Zola y Huysmans. Contemplemos, señoras, por un momento a Flaubert en la cumbre de la gloria allá en víspera, de 1880 que fué el año de su muerte.

En su casa de Auteuil o en la de Croisset, ese incansable obrero vive eternamente descontento de sí mismo, de sus obras, de la humanidad y del mundo entero. No halla consuelo en sí mismo ni en nadie. Pocos son sus amigos y de estos uno, Maxime Du Camp, el más íntimo, le traiciona. Su amiga George Sand vive lejos de París y solo por cartas puede consolarlo. Otra, le visita demasiado y le causa tedio. Aludo a Luisa Collet, poetisa de tercer orden, atacada de versorrea, pero buena moza y, por ende, muy premiada en certámenes académicos. Amiga de muchos, pero sobre todo de aquellos que podían proporcionarle notoriedad y editores, Mme. Collet era una «donna mobile», pero feroz y de una inconciencia prodigiosa. Sus afectos vagaban en el amplio espacio que media entre la Academia de Ciencias, donde tenía por sostén al rico químico M. Quesnevi-

lle, y la Academia francesa donde Víctor Cousin, pontífice de la Filosofía oficial de entónces, no sabía ni podía rehusarle nada. Esa contradictoria mujer consiguió añadir un martirio más (el del hastío y del terror) a los muchos que Flaubert padecía.

¡Desdichado grande hombre, sin hogar y sin esperanza! Su enfermedad prohibióle casarse y su pesimismo le privó, no de amar, ciertamente, pero sí de ser verdaderamente amado. Digámoslo, porque así lo exigen la Verdad y la Justicia: la desdicha que le persiguió a lo largo de la vida, fué efecto de su errada educación. Su grande alma no cabía en su cuerpo de coloso y ¿por qué?

Porque se desarrolló sin freno: porque en la niñez, en la adolescencia, en la juventud, nadie logró influir en ella y dirigirla. El punto de partida (quiero decir: la casa paterna y el Liceo) fué desdichado. Las desgracias que en seguida vinieron una en pos de otra estaban en germen en los diez primeros años de su vida. Terrible ejemplo, señoras, que me atrevo a señalaros para que en él veais cuanto mal pueden un Padre y una Madre preparar, sin quererlo, para sus hijos.

Con todo esto, señoras, Gustavo Flaubert, a pesar de su pesimismo, de su misantropía, de su odio a todo lo burgués era al fin y a la postre un burgués hecho y derecho, un burgués que se contagiaba con las ideas más burguesas y que, como los hombres de la clase social a que pertenecía por su origen y educación, atribuía a la riqueza y a la decencia de la familia una importancia que los artistas de su época y también de la nuestra, suelen, de palabra cuando menos, rehusarle con énfasis.

Aunque solterón empedernido y—digámoslo francamente, aunque solterón forzoso, apreciaba el matrimonio burgués en todo lo que vale y, aunque creador de esos inmortales tipos de vulgaridad más que burguesa que se llaman Monsieur Homais, el cura Bournisien, Bouvard y Pecuchet, opina y obra burguesamente, vulgarmente, cual si nunca hubiese salido de Rouen.

Su sobrina está en vísperas de contraer matrimonio. Oid, señoras, lo que escribe a esa niña nuestro grande hombre, ese

artista, fanático adorador de la belleza y del arte por el arte, ese eterno menospreciador de toda preocupación vulgar. «Oui, ma chérie, je déclare que j'aimerais mieux te voir épouser un épicier millionnaire qu'un grand homme indigent, car le grand homme aurait, outre sa misère, des brutalités et des tyrannies à te rendre folle ou idiote de souffrance... Il vaut mieux habiter Rouen avec de l'argent que de vivre à Paris sans le sou».

Tradúzcamos ese prodigio de carta: «Sí, querida mía,—dice el tío a la sobrina,—sí, yo declaro que preferiría verte casada con un despachero millonario que con un grande hombre indigente, porque el grande hombre gastaría contigo una brutalidad y una tiranía que te volverían loca o idiota a fuerza de padecimientos... Más vale vivir en Rouen con dinero que en París sin un centavo».

Muy bien: Monsieur Homais, el cura Bournisien, Bouvard y Pecuchet habrían escrito o firmado con entusiasmo esta carta.

Pero, lo digo sin mala intención y sin reproche, no solamente la cabeza, sino también el corazón de Flaubert era burgués. Cuando Monsieur Commanville, marido de aquella sobrina de nuestro grande hombre estuvo a punto de presentarse en quiebra, Flaubert, en aras del honor de la familia sacrificó toda su fortuna, pagó las deudas de Commanville y, en una palabra, obró como habría obrado ese simpático burgués y comerciante de Balzac que se llama César Birotteau.

Ya lo véis, señoras, Flaubert, como cualquiera de nosotros era, felizmente, un atado de contradicciones. Era un artista, ciertamente, pero en ocasiones pensaba y escribía como un despachero. Era pesimista y misántropo y, sin embargo, ponía por encima de todo, por sobre el arte, por encima de su bienestar personal, la honra de su apellido y de su familia. Era solterón, solterón habitual, es decir empedernido, pero tomaba a lo serio la antigua máxima según la cual a aquel a quien Dios no le da hijos, el diablo se encarga de darle sobrinos o sobrinas. En suma, como todos, profesaba más de lo que practicaba y sabía contradecirse con oportunidad y hasta con elegancia.

No era lógico, porque es imposible serlo plenamente, constantemente cuando se vive largo y se sufre tanto como se vive. Era hombre al fin, o si preferís, era una extraña mezcla de

luces y sombras, de razón y de instintos, de esperanzas que no mueren y de desengaños que no matan, de éxitos y de fracasos; un grande hombre ciertamente, pero un hombre ..

Así como los libros de hagiografía antigua nos tienen acostumbrados a contemplar a los santos en una región extra-humana y desligados de toda flaqueza que haga recordar que son hombres, del mismo modo la historia literaria vulgar, la que se estudia en los colegios, tiende a presentarnos los grandes escritores como super-hombres que nunca yerran en sus frases y en sus acciones. Tan así es esto que, hace quince o veinte años, cuando Edmond Biré demostró sin lugar a réplica que Víctor Hugo, todo un Víctor Hugo hacía a veces malos versos y también falsificaba hechos en pro de su fama, todo el mundo se indignó y en vez de deducir de allí una enseñanza práctica acerca lo que debe evitarse en la vida literaria se declaró a Biré sacrílego y se le excomulgó.

La verdad ante todo, he ahí el lema de la crítica leal y sincera. Por lo demás, nada se gana con ponerla debajo de un celemin, porque ella, tarde o temprano, irradia a través del blindaje de hipocresías y mentiras que la difraza o la cubre..

Así, por ejemplo, conviene repetir aquí y meditar lo que Anatole France dijo de Flaubert: «Flaubert n'était pas intelligent». Flaubert no era inteligente...

Duras son, no lo niego, esas palabras y suenan a blasfemia. Pero antes de indignarnos, conviene averiguar el significado que tienen en boca de Anatole France.

Flaubert, fascinado por la belleza, vivió en las nubes, sin darse cuenta exacta del movimiento de las ideas ni siquiera del alcance de su propia actividad literaria. Apasionado en sus amores y odios, fanático creyente de ciertas teorías y fórmulas, cerró los ojos para no ver lo que acontecía en torno suyo y, como esos himenópteros que fabrican y aprovisionan un nido para hijos que, sin embargo, no conocerán, Flaubert propagó en torno suyo el naturalismo y, una vez nacidos Zola y Huysmans, legítimos hijos suyos, rehusó reconocer la carne de su carne.

Por eso Anatole France ha dicho un palabra cruel: «Flaubert n'était pas intelligent».

Y, en efecto, Flaubert carecía de clarividencia cuando rehusaba reconocer por discípulos y continuadores suyos a Zola, a Huysmans y a los demás escritores de la escuela naturalista que brotaron tras de *Madame Bovary*, como hongos después de un aguacero.

Parecíánle vulgares de alma y groseros de estilo y es verdad que, en las obras de esos epígonos, no debe buscarse ni la cantidad, ni sobre todo, la calidad de belleza que tanto abunda en las obras maestras de Flaubert. Ni Zola ni Huysmans ni naturalista alguno de los más famosos fué estilista como Flaubert, ni siquiera pretendió serlo. Pero vamos a cuentas: para la creación de sus tipos ¿cómo procedían los naturalistas? ¿De dónde sacaban sus materiales? ¿Cuáles eran sus ideas directivas? ¿Qué pretendían y qué consiguieron?

Pretendían, como Flaubert, presentar trozos de realidad viva, querían como Flaubert, independizarse en absoluto de sus personajes y no intervenir jamás en sus obras; pretendían, como él, ser meros espejos de la vida y no jueces ni organizadores o reguladores, ni mucho menos moralizadores de ella, y si no consiguieron tan absoluta prescindencia, ni esa total indiferencia hacia los hombres, las ideas y los paisajes, es porque ello no cabe en la humana naturaleza; pero les tocó la misma suerte que a Flaubert de cuyas teorías e ideales se habían nutrido. Como él, acudieron a la cantera de la vulgaridad humana y, con los materiales que de ella sacaban, consiguieron edificar una obra que pertenece a la misma escuela de arquitectura literaria que «*Madame Bovary*» y «*Bouvard et Pécuchet*».

Y para que veáis, señoras, hasta qué punto los materiales y el método de construcción son unos mismos, os ruego tener presente, por una parte, que Flaubert no sacó de su imaginación, ninguno de los personajes que figuran en *Madame Bovary*. Desde la hermosa e infeliz Ema hasta la sirvientita que presencia su suicidio, todos los personajes de aquella novela han existido en carne y huesos. Su verdadero nombre, su vida y milagros son ahora conocidos. Existió, pecó y murió *Madame Bovary*, existió y «lateó» a sus contemporáneos el imbécil y fanático boticario Homais; existió y careció de toda perspi-

cia el pobre cura Bournisien, tan prosaico y vulgar como sus feligreses normandos, existieron el sub-prefecto, Rodolfo y los demás amigos o conocidos de Ema, la vieja sirvienta premiada en el famoso comicio agrícola; existió, en fin, toda aquella humanidad vulgar que se contonea en ese cuadro inmortal. Flaubert no inventó nada, pero sacando de aquí y de allá un tipo, un hecho, una frase, un paisaje y combinándolo todo con increíble maestría, creó un cuadro naturalista—superior, ciertamente, a los que Zola y sus secuaces pintaron más tarde,—pero que es el modelo y prototipo de todos ellos.

Y, en efecto, ¿cómo procedían éstos? Como Flaubert, seleccionaban hechos, paisajes, escenas, tipos, personajes y si no igualó ninguno de ellos a su maestro, reconozcamos que Zola y sobre todo Huysmans, alcanzó un grado de realismo naturalista verdaderamente flaubertiano.

He nombrado a «Bouvard et Pécuchet». Eran estos personajes de Flaubert dos antiguos empleados públicos, que después de jubilar, se juntaron para dedicar los últimos años de su vida al mejoramiento de su espíritu por medio del estudio.

Bouvard y Pécuchet son dos imbéciles. No se conocen a sí mismos ni siquiera tienen la más remota sospecha de la propia imbecilidad. Ignorando que la miel no es hecha para la boca del asno y creyendo, por otra parte, en la eficacia de la lectura en todos los tiempos y casos, se echan a estudiar la filosofía, la teología, las matemáticas, la química, la agricultura y hasta la música y, poco a poco, llegan a convencerse de la vanidad de todos sus esfuerzos. Por fin abandonan las ciencias y las artes y vuelven a su antiguo oficio. En vez de filósofos y escritores serán de nuevo amenuense o escribientes «sicut erant in principio et nunc et semper...»

Pues bien, Huysmans, fiel discípulo de Flaubert, da con un tipo análogo a ese par de tontos inmortales: Descubre a Monsieur Folantin (el cual, según las malas lenguas, no es otro que el mismísimo Huysmans...) En *A Vau l'Eau* aparece M. Folantin, empleado público, hombre arreglado en sus gustos, que sería verdaderamente feliz si algún día encontrase una posada, una pensión, un restaurante, una gargotte, donde comer un bistec pasable. Pasable, no más. Monsieur Folantin no lo exige

exquisito, ni siquiera bueno a carta cabal. Bastaría que fuese pasable o simplemente comible. Pues bien, ese mínimun de felicidad, Folantin no lo encuentra en sitio alguno. No es ambicioso, nó. Otros buscan su placer en la ciencia, en el arte, en la riqueza, en el amor. El, nó. Dadle un bistec comible y será feliz. Pero en vano Monsieur Folantin recorre todas las fondas de París: ese bistec ideal no existe para él. ¿Qué hará? .. ¿Si se casara? Estas son palabras mayores. Monsieur Folantin es solterón, pero un bistec pasable sería capaz de darle valor hasta para casarse... Todo bien calculado, resuelve hacer una sería tentativa. No se casa, pero si se me permite decir verdad, se... casi-casa, esto es, vive maritalmente con una mujer que le ha prometido un bistec pasable, pero... pero resulta que esa mujer no sabe preparárselo. La crónica desdicha de Folantin llega con esto a su período agudo... Desconsolado, muertas sus últimas ilusiones, Folantin liquida la sociedad casi conyugal y vuelve a las andadas, es decir, dedica el resto de su vida a recorrer a París en busca de un bistec comible, de ese mito culinario, ideal supremo de tan digno hermano de Bouvard y Pécuchet.

Ya lo véis: entre la novela de Flaubert y la de Huysmans el parentesco es patente. La idea fundamental es una misma: análoga en lo absurdo es la ambición de los protagonistas; idéntico el procedimiento descriptivo.

Consta, pues, señoras, que Flaubert no se dió cuenta de la paternidad que le ligaba a la escuela naturalista. En esto, como ha dicho Anatole France, «il n'était pas très intelligent.»

Y no es esta la única ocasión en que Flaubert diera a Anatole France motivos para emitir semejante opinión. Ya conocemos la famosa carta a la sobrina casadera. Oigámosle además opinar sobre asuntos relacionados con su arte, sobre maestros y doctrinas. Sabemos, por ejemplo, que leyó a Balzac en su niñez. Balzac fué en realidad su maestro y el de casi todos los novelistas de su época. En torno de Flaubert ¿quién no alabaría a Balzac? Pues bien, a fuerza de oír ese concierto en honor del Shakespeare de la novela, Flaubert llegó a odiarle. Un día dijo: «Balzac era ignorante como un cántaro y provincial hasta la médula de los huesos...» Y en una frase cuyos

elementos son contradictorios entre sí, dió la siguiente definición: «Balzac immense bonhomme, mais de second ordre...»

En 1850, estando en Jerusalén, Flaubert se dedica a leer... Adivinad a quien... A Augusto Comte, el cual, según él, es un escritor socialista... pero este error de apreciación es nada si le comparamos con la revelación contenida en la siguiente frase: «El libro de Comte o sea la filosofía positiva «c'est assomant de bêtise; il y a là dedans des mines de comique immense, des Californies de grotesque». Pero no deja de experimentar algún malestar después de ésto, pues añade; «Il y a peut-être autre chose aussi... Ça se peut bien. Aussi l'étudierai-je de près à mon retour d'Orient».

Mucho más podría agregarse sobre este punto, puesto que Flaubert, en sus conversaciones y en sus cartas, nunca se guardó de comunicar francamente sus impresiones. Era hombre muy espontáneo, muy primesautier, muy libre; nunca medía las consecuencias de una opinión ni le importaba que ella estuviese acorde o nó con otras anteriormente expresadas por él, ni, en general, con el sistema literario y filosófico que creía de buena fe haber adoptado.

En el fondo Flaubert era un atado de nervios que tenía a su servicio una pluma y una lengua siempre listas, como micrófonos, para abultar la expresión de su eterno pesimismo.

«Tout m'embête»: he ahí el resumen, la fórmula final y cabal de su psicología. Explícase de este modo todo cuanto pudo decir de vulgar, de paradógico, de absurdo.

Flaubert se aburría... Pero ¿a qué causa atribuiremos ese tedio habitual, crónico, que envolviéndole desde la niñez, hizo de su vida un continuo padecer cortado por breves intervalos en que bostezaba o estallaba en risa, o en indignación?

Ese tedio, señoras, ha sido siempre el compañero, mejor diré, el verdugo de los egoistas y los sensuales. Así lo enseñan esos excelentes conocedores del alma humana, que son los místicos y los moralistas cristianos. El que vive exclusivamente para sí y se constituye a sí mismo en centro del mundo, no logra nunca saciar su ambición. Todo le queda corto: la inteligencia, el amor, la fuerza física, la riqueza. El egoista sensual nunca penetra todos los secretos que provocan su insaciable curiosidad;

nadie le ama como él quiere ser amado y, al fin, día llega en que, despues de innumerables e inútiles esfuerzos, debe confesar la derrota de sus más queridas ambiciones. Viene la vejez y, entonces, el egoista descubre sin lugar a duda que, a cada paso, todo y todos le engañan, todo le abandona y no sólo la ilusión, sino hasta la vida misma. Entonces el tedio crónico se vuelve agudo y el famoso mal del siglo, quiero decir el tedio romántico de que padecieron Byron y Chataubriand y de que padece ahora Pierre Loti, se cristaliza en un pesimismo como el de Gustavo Flaubert en que todó resulta absurdo, idiota, estúpido. Su fórmula, repitámoslo, es esta que Flaubert repetía a cada paso: «Tout m'embête»...

Sin duda, señoras, las víctimas de ese mal pueden, a pesar de todo, llegar a las más altas cumbres del arte, como nos lo demuestra este caso, pero vemos tambien que, con ese tedio, la vida de Flaubert fué un martirio. Ya sabemos que ni en su niñez, ni en su adolescencia, ni en su juventud, ni en la más florida edad viril realizó sus ensueños de felicidad. Fáltanos sólo ver ahora si hallaría en la esfera del arte las satisfacciones que le fueron negadas en las otras esferas de la vida.

Os he dado una idea del tiempo que nuestro grande novelista solía gastar en la preparación de sus obras, pero no os he dicho en qué y cómo lo gastaba.

Así, por ejemplo, en los diez años que Madame Bovary le costó, lo más duro de su trabajo no consistió en documentarse leyendo, observando, preguntando, visitando sitios o personas. Tampoco fué lo más duro, en la preparación de «Salambó», el leer pluma en mano centenares de libros de historia y de arqueología sobre la vida, las ideas y la religión de los cartagineses.

El martirio consistió en escribir. Porque, para Flaubert, el escribir era asunto de una minuciosidad infinita y de la cual no tenemos la más leve idea. Aquí, y no sólo en la América del Sur sino también en la del Norte, los escritores profesionales son, de ordinario, gentes muy contentadizas en lo propio: cualquier tema les basta y cualquier vocablo les deja satisfechos. Apenas concebido el plan de una novela, se embarcan sin más provisión en la tarea de componer y sueltan las velas. La plu-

ma corre veloz, sin tropiezos ni dudas, en el océano de los vocablos.

No así Flaubert y, para demostraros cuán grande es la distancia entre su método de composición y el nuestro, prescindiré de todo lo que no sea mero trabajo de estilista.

Para cada idea existe, según Flaubert, una sola y única expresión posible y digna de ella. Por consiguiente, érale menester descubrir, para traducir esa idea, el vocablo único, preciso, definitivo y capaz por sí solo de evocarla (1).

Y además, ese vocablo único debía ser hermoso, es decir, capaz de encantar la vista y el oído por la precisión de su dibujo y la sonoridad de sus componentes a la vez que con la armonía y magnificencia de la imagen que debía evocar.

En otros casos el vocablo debía hacer brotar en la mente, no una imagen, sino únicamente una vaga tendencia imaginativa. Entonces, en vez del vocablo preciso, Flaubert buscaba un vocablo vago, que también era único... Entonces también venían los afanes. La hora de la composición se convertía en una agonía que, muy a menudo, le dejaba agotado y desesperado.

Y la desesperación se volvía exasperación, cuando, después de dar por terminada una página, cedía Flaubert a la tentación de leerla otra vez y luego descubría (o creía descubrir) en ella tantos errores como palabras.

Empezaba, pues, nuevamente el martirio y cual el monje devorado de escrúpulos que no halla en su vida sino pecados y divisa cerca de él los fuegos del infierno, Flaubert lloraba ante el ideal de belleza que, a modo de fuego fatuo, brillaba ante su vista para luego dejarle sumido en tinieblas. Trágico cuadro, señoras, pero lleno para nosotros de las más valiosas enseñanzas.

Fácil sería, señoras, asistir con la imaginación a una de esas trágicas sesiones de trabajo literario. Existen varios manuscritos de Flaubert y entre esos hasta cuatro y cinco copias de una sola y misma obra. Bastaría, pues, elegir en cada una de estas copias un mismo trozo y comparando las diversas redacciones con lo que salió en letras de molde, podríamos descubrir, por

(1) Véase sobre esto a *Hennequin*.

decirlo así, en su germen, la idea de Flaubert y siguiéndola, ensayo tras ensayo, llegaríamos a ver cómo le dió forma definitiva.

Digo forma definitiva y no forma perfecta, porque, en esto del estilo, lo mejor es a veces enemigo de lo bueno. Tocóle; en efecto, al descontentadizo maestro equivocarse más de una vez y en su eterno afán de embellecer afeaba una frase que en el ensayo anterior era ya perfecta. Emilio Faguet ha hecho de esto una demostración muy instructiva que me contento por ahora con señalar.

Ya lo véis, señoras: no hay de mi parte exageración alguna en hablar de martirio en esta ocasión, pues, en efecto, no hay nombre que más exactamente designe y describa esa vida devorada por una eterna ansiedad de perfección, por una sed de belleza que ningún esfuerzo, ningún acierto, ningún hallazgo, ninguna hazaña era capaz de saciar plenamente.

Pero, martirio fué, señoras, no solamente por el sufrimiento sino también por la muerte que causó. Pues Flaubert murió víctima, no sólo de su enfermedad y de su trabajo, sino de su ideal literario.

Nunca fué dichoso. En esto, me diréis talvez que se pareció al resto de los hombres o, si preferís, a cualquiera de nosotros. Pero os replicaré que la calidad y la cantidad del sufrimiento suyo fué diversa de la que es asignada al común de las gentes. Sufrió tanto más cuanto mayor era la perspicacia de su mente, la fuerza de su imaginación, la finura de sus nervios y la capacidad de su corazón. Sufrió, no en la mitad o al fin de la vida, como nos toca a los más, sino que empezó a sufrir en la mañana de su vida, y sufrió más y más a medida que avanzaba hacia el ocaso.

Para él, vivir equivalió sólo a acrecentar su capacidad de sufrir. Por cierto, una gran parte del valor de su vida fué cosecha del mal que él mismo sembrara, pero, ya os lo he dicho, señoras, Flaubert no fué quien sembró primero; antes que él otros le prepararon la cosecha de infelicidad. Sin duda durante la juventud y la edad florida, merced a los viajes, a los amigos, a los libros, tocóle disfrutar horas de descanso, pero el sufrir que parecía haberse despedido de él volvía luego y el mar-

tirio empezaba de nuevo. Con los años su capacidad para sufrir creció más y más y cuando ya empezó a encanecer su cabeza, hacía ya años que estaba nevando en su corazón.

Héle ahí, en el umbral de su casa. Es siempre, a pesar de los años, el coloso que os presenté al principio de esta conferencia. Sobre sus anchos hombros yérguese su gran cabeza. De lejos, en su cara rubicunda, benigna y cándida, divisamos unos largos y gruesos bigotes blancos de soldado veterano y, ya más cercanos percibimos, debajo del vasto óvalo de su frente roja, esos ojos azules cuya pupila pequeñísima,—dice Maupassant,—se asemeja a un granito negro en perpétuo movimiento.

Entremos, trás de él y sin ser vistos, en su escritorio. Ahí, según el cuadro que de él trazara E. Hennequin, ese hombre con estatura y aspecto de coracero, que más parece nacido para las aventuras de la guerra que para el martirio de la vida literaria, introduce la vasta mole de su cuerpo en un sillón, y, en vez de espada, le vemos manejar una pluma. Esas manos enormes, hechas para tajos y mandobles, se vuelven sutiles manos de artesano y fabrican afanosamente pequeños objetos infinitamente delicados, simples vocablos.

Miradle bien: el gigante aprisionado por el sillón, se empequeñece; su cabeza se dobla sobre el papel; la sangre afluye a su cara; los ojos se encienden: Flaubert está pesando sílabas, juntando y comparando asonancias, equilibrando ritmos, apartando de entre muchos, el único vocablo que traduce su idea y se hermana con los ya vaciados en el papel. Flaubert se afana, se esfuerza, gime, resuella fatigosamente; pero ved, como lentamente, pacientemente logra dar cuerpo a su ensueño y, en en voces armoniosas y pintorescas, traduce las melodías i las imágenes que revolotean en su agitada mente creadora. Oidle en seguida leer en alta voz esas frases; oidle ensayarlas como el desconfiado cambista ensaya la libra esterlina sobre el mármol de su mostrador. Cuando el vocablo da el sonido que se esperaba, una sonrisa ilumina la faz del maestro; cuando nó, una maldición estalla y castiga al infeliz vocablo. Y luego, otra vez, Flaubert se afana y se esfuerza y gime y maldice. Nada le

satisface. Antes habríase dado por feliz si acertara a escribir un libro, uno, uno solo, que le contentase. Pero esto, el maestro cree no haberlo conseguido, pues ahora aborrece todos sus libros, aún aquellos que, de común acuerdo, amigos y enemigos suyos, califican obras maestras. El, nó; Mme. Bovary le da asco. ¡Ah, si lograse escribir no ya un libro, sino una página capaz de contentarle; y no una página, sino una frase, una sola frasecita perfecta... Pero, no es para él esa dicha.

No intentéis consolarle. En vano le diríais que ha escrito páginas de un colorido y de una armonía insuperable. El os diría: callaos, ignoráis qué cosa sea la belleza.

En vano le diréis que ha creado seres, no sólo reales, sino inmortales, i le nombraréis a Ema Bovary, alma vigorosa pero falta de resignación, envilecida y aplastada por la estupidez y bajeza de todos; le nombraréis a M. Homais, prototipo de la sandez que se ignora, de la sandez científica; le nombraréis a Bouvard i Pécuchet, esos dos sublimes idiotas que se esfuerzan tras la ciencia, cuando debieran conformarse, cual ostras, con vivir adheridos a la roca natal de la vulgaridad y la ignorancia. Otros podríais nombrarle; pero todo sería vano; Flaubert no quiere ni puede ser consolado. Y muere a los 59 años maldiciendo al mundo y a la vida; al mundo que le infundió ideas e ideales irrealizables, y a la vida, que no se prestó a realizarlos.

¿Pudo su vida ser otra? ¡Quién lo sabe! Pero, como ha dicho Emilio Hennequin, uno de los críticos que mejor penetraron sus secretos, si el destino de Flaubert pudo ser otro, confesemos, en todo caso, que no pudo ser más glorioso. Tocóle en suerte, introducir definitivamente el estudio de lo real y la erudición en la literatura francesa, dar brillo esplendoroso a cierto ideal de belleza enérgica y atrevida, y producir en la *Tentación de San Antonio* el más hermoso poema alegórico que se haya escrito después del *Fausto*.

A esto agregaré yo, (o más bien repetiré por segunda o tercera vez), que, en el exceso mismo de sus esfuerzos, en lo que yo he llamado «su martirio literario», Flaubert nos ha dado una lección de sinceridad y honradez. Porque, en efecto, seño-

ras, a nada llegaremos, a nada que sea hermoso, perfecto, y definitivo por el camino que Flaubert aborreció, por el camino del menor esfuerzo. Sin algo de su martirio, nunca llegaremos a ser escritores dignos de ese nombre.

EMILIO VAISSE.

EL COMBATE DE IQUIQUE EL 21 DE MAYO DE 1879 Y LA EXCURSION DE LA ESCUADRA AL CALLAO.

Iquique, 4 de Junio de 1879.

Señor don Aníbal Pinto.

Santiago.

Querido Aníbal:

Comprendo la ansiedad en que deben ustedes haberse encontrado, sin tener por muchos días noticias del glorioso combate del 21 del pasado en esta rada, ni del resultado obtenido por la Escuadra en su excursión al Callao. Voy a hacerte una relación de nuestro viaje y de los datos recogidos sobre la heroica defensa de los capitanes Prat y Córdell y demás tripulantes de la Esmeralda y Covadonga.

A mi regreso de Antofagasta en el Cochrane, Williams me comunicó su resolución de ir al Callao a atacar de sorpresa a la Escuadra peruana. Era el mismo plan que yo le había propuesto el primer día de llegar a bordo y que entónces encontró impracticable. Al general Arteaga le dije antes de embarcarme, como a Puelma, (1) que cría probable que Williams emprendiera alguna operación importante, para lo cual me regresaba sin pérdida de tiempo. Les previne además que no debían contar con el ayopo de la Escuadra por muchos días, que debían colocar en baterías sus tres cañones, con la brevedad posible.

En la noche del 15 de Mayo, nos incorporamos a la Escuadra con el Cochrane y el 16 me trasbordé al Blanco, porque el Contra-almirante (2) debía salir al Callao en ese día después

(1) Don Francisco Puelma.

(2) Don Juan Williams Rebolledo.

que pasara el vapor de la carrera. A las 3 de la mañana se tomaron por el mismo jefe a bordo del vapor que llegó del norte datos sobre la Escuadra peruana y se afirmó en el convencimiento general de que no saldría del Callao. El vapor del sur que esperamos el 16 se atrasó en un día y llegó el 17 en la mañana. Debíamos esperar su partida, para que no avisara a los puertos intermedios nuestro movimiento.

El 16 se dieron instrucciones a todos los Comandantes y se designó un punto de reunión, 40 millas más o menos frente a Pisagua. En la tarde salieron con rumbo al O. las corbetas O'Higgins y Chacabuco, un poco después, el Cochrane con dirección al sur y el Matías Cousiño, cuyo Capitán recibió una orden por escrito de esperar órdenes sin moverse del punto designado de reunión. El Abtao partió en la noche y el Blanco sólo esperaba el vapor del sur y su despacho para incorporarse a la Escuadra con la Magallanes. La Esmeralda y la Covadonga quedaban manteniendo el bloqueo de este puerto, ignorando nuestro destino. El mismo día se había ensayado un torpedo contra una lancha por el teniente Goñi (3), con mucho acierto. El Abtao a cargo de Thompson recibió con toda reserva los materiales explosivos necesarios para ejecutar la parte muy peligrosa que le estaba señalada en el plan (4).

La reserva había sido completa, todos cooperaban con entusiasmo sin saber, ni el plan ni el punto de ataque. El Contralmirante tomó la precaución de hablar de antemano de una

(3) Don Luis A. Goñi, hoy Vice-almirante retirado.

(4) Como el señor Sotomayor, seguramente por creerlos conocidos por el Presidente Pinto, no da detalles acerca del plan de ataque a la Escuadra peruana en el Callao proyectado por el Almirante Williams, reproducimos en seguida los que el mismo señor Sotomayor consignó en un cuaderno de apuntes que fragmentaria publica don Gonzalo Búlnes en el volumen primero de su *Guerra del Pacífico*, pág. 277:

«Este plan consiste en sorprender a la Escuadra peruana en el Callao de noche. El Abtao, a cargo de Thompson (Manuel), con sesenta quintales de pólvora fina en la Santa Bárbara, irá a colocarse entre los buques enemigos, soltará sus anclas entre ellos y la playa, disparará sus tres cañones de ciento cincuenta y prenderá las mechas para incendiar la Santa Bárbara; lleva también parafina y aguarras. El Comandante (Thompson), que habrá dejado su tripulación de antemano en los otros buques, desempeñará su cometido con los hombres muy precisos. Estos, después de prender las mechas, se salvarán en una lancha a vapor gritando a la vez: ¡Sesenta quintales de pólvora, incendio!

«Aprovechando la luz del incendio y la turbación, los dos blindados en-

operación sobre Arica con el Blanco y la Magallanes y que el Cochrane debía volver a Antofagasta a reparar sus máquinas.

El Capitán Prat, tan valiente como modesto, sospechó el proyecto sobre el Callao; porque fué siempre de opinión, cuando vino acompañándome, de batir allí a la Escuadra enemiga. Al despedirse de nosotros dijo que él sabría defender su puesto abordando al Huáscar, si se presentaba. Yo le comuniqué en reserva el puerto a donde nos dirijíamos, para que estuviese prevenido en cualquier evento.

El transporte Lamar, aunque estaba listo para volver directamente a Antofagasta y Valparaíso, recibió orden de no partir hasta cuatro días después con las órdenes e instrucciones que le entregaría el Capitán Prat. Tomadas así las precauciones que en una costa en que el enemigo tiene mil medios de comunicarse, se creyó que podríamos llegar al Callao y dar allí un golpe audaz y de sorpresa a los blindados peruanos. Se pensó también que encerrada la Escuadra enemiga en el Callao, no corrian riesgo los buques que quedaban en Iquique. El proyecto como lo verán por notas oficiales estaba concebido con audacia y ejecutada bien la parte encomendada al Abtao, tenía muchas probabilidades de acierto. Thompson daba, con mucha razón, plena confianza y él aceptó su puesto de peligro con decisión y entusiasmo. El también se fastidiaba con la inacción a que estaba condenado, y aplaudió el proyecto de ataque al Callao, como una idea propia, porque la había ya

trarán a usar de sus cañones y de sus espolones. Los cuatro torpedos preparados se procurarán aprovechar en el mismo momento. La Escuadra entrará al puerto, antes del combate, con la Magallanes a la cabeza, detrás los dos blindados y a la retaguardia las corbetas y la Abtao. Esta en tiempo oportuno se adelantará y la Magallanes tomará el costado de los blindados.

«Las corbetas Chacabuco y O'Higgins dispararán cohetes y bombas a la población.

«Este plan tiene, como se ve, el mérito de una gran audacia y principalmente exige esa condición en el Comandante de la Abtao, base de todo el proyecto, pero los detalles son confusos y expuestos a un fracaso entre los mismos buques. Los torpedos, entrando a la vez que los blindados, pueden embarazarse mutuamente o ser sacrificados los primeros. Espero que aun se mejorará este plan. Falta aun determinar la distancia a que debe conservarse la Escuadra para no ser ofendida por la explosión del Abtao».

manifestado antes. Tenía cooperadores que le seguirían con decisión en el momento difícil.

A las 11 de la mañana del 17, después de haber salido el vapor de la carrera, el Blanco y la Magallanes dejaron su fondeadero y a las 8 de la noche todos los buques de la Escuadra en el punto convenido, se reunieron. Recibieron todos órdenes de seguir las aguas del Blanco, pero se omitió dar al Matías Cousiño las instrucciones necesarias. Se creyó que, estando a la vista seguiría el convoy y se dejó para el día siguiente dárseles por conducto de un oficial que debía acompañarlo hasta el Callao. El 18 el Matías no estaba a la vista. No obstante este contratiempo, seguimos bastante lejos de la costa en derechura al Callao para no ser apercibidos. La marcha de todos los buques era regular, porque se señaló un andar proporcionado al mal estado de las calderas de las corbetas y del Abtao.

El día 21 en la tarde se hizo adelantar a la Magallanes a las islas de las Hornigas a 30 millas al oriente del Callao con orden de apresar a todos los pescadores que se encontrasen. Esta medida previa tenía por objeto adquirir informes sobre la Escuadra enemiga y su colocación en el puerto. No se encontraron allí pescadores y no pudieron tomarse esos informes.

En la misma tarde se leyó la orden del día en todos los buques y fué aquel un momento de solemne entusiasmo. Todas las tripulaciones formadas oyeron de los comandantes la orden impartida de atacar el Callao y la Escuadra enemiga y contestaron con un grito unánime de ¡Viva Chile!, aprestándose para el combate que se creía tan próximo.

Partimos de las islas con la mayor cautela a las 8 P. M., calculando entrar al puerto entre 2 y 3 de la mañana del día 22. Luego que estuvimos a la vista el faro de San Lorenzo y las luces de la población, se hizo alto. Se principió el trasbordo de la tripulación del Abtao, dejándole sólo los individuos que debían acompañar a Thompson y escapar con él en una pequeña lancha a vapor. Se prepararon los botes torpedos del Blanco, del Cochrane y de la Chacabuco, los que iban a ser dirigidos por los tenientes Señoret (5), Simpson (6) y Goñi.

(5) Don Manuel Señoret, después Contra-almirante.

(6) Don Juan M. Simpson, hoy Vice-almirante retirado.

Se organizó un cuerpo de abordaje, que pasó al buque almirante, de jóvenes resueltos y entusiastas. Los comandantes de todos los buques recibieron las últimas instrucciones, entre los cuales Thompson pidió alguna libertad para emplear su gente, si salía ileso de la explosión del Abtao, en abordar alguno de los buques enemigos. La Chacabuco, la O'Higgins y la Magallanes debían incendiar el Callao y estaban provistas de coetes incendiarios. Los blindados como los torpedos aprovecharían los momentos de pánico, producido por la explosión de más de 60 quintales de pólvora del Abtao para embestir a los blindados peruanos.

En las diligencias precedentes se gastó mucho tiempo; el Abtao ya listo, con sus calderos malos y con pocos fogoneros hacía su camino con lentitud. Se le envió de refuerzo a un ingeniero 3.º del Blanco, señor Vial (7) que quería tomar parte al lado de Thompson en esa empresa. Todo parecía encaminarse a su desarrollo final, pero la hora era ya avanzada y se temía que ya no fuese posible la sorpresa. En efecto se notó muy luego algunos destellos de luces entre los fuertes. A las 4 de la mañana el Contra-almirante creyó más prudente retardar el golpe hasta la noche siguiente, volviéndonos a las islas; pero muy pronto pensó en que de todos modos seríamos vistos y resolvió esperar el día a la vista del puerto, para ver la colocación de los buques enemigos, sostener un bloqueo aparente y en una noche ejecutar el plan proyectado. El Blanco volvió en busca del Abtao para que suspendiera su marcha ya encaminado al puerto. Los botes torpedos alcanzaron a entrar a la bahía, pero regresaron al amanecer, trayendo el bote a vapor mandado por el teniente Señoret, un pescador italiano que encontró en su camino. Por este italiano se supo que los blindados Huáscar e Independencia habían salido para el sur hacía cuatro días más o menos. En efecto ya se había notado la falta de estos buques en el puerto, pues sólo se distinguía a la Unión y a la Pilcomayo.

Fracasado el plan se acordó inmediatamente volver en derecha a Iquique; pero nuestra marcha tenía que ser lenta por-

(7) Don Juan de la Cruz Vial, después Ingeniero Mayor de la Armada.

que las dos corbetas y el Abtao no podían hacer más de 5 millas escasas por hora. Además la falta del Matías Cousiño debía hacerse notar muy pronto. La corbeta Pilcomayo salió del puerto al amanecer pero se retiró inmediatamente para seguirnos después unas cuantas millas a la distancia.

Aunque nos inclinábamos a creer que los blindados peruanos estaban en Arica, temimos por la Esmeralda y la Covadonga.

Del 23 al 25 nuestra marcha fué lenta por el fuerte viento sur. La O'Higgins no podía seguirnos sino con mucha lentitud.

El 24 encontramos al Chalaco con rumbo al norte y se escapó luego que nos reconoció, sin que pensáramos en perseguirlo. Nos habría burlado como en otra ocasión por su superior andar.

El 25 en la mañana entramos al puerto San Nicolás, para trasbordar al Cochrane, a la Magallanes y al Abtao el carbón de las corbetas. El 26 en la mañana se despacharon las corbetas a la vela, la O'Higgins a Valparaíso y la Chacabuco para Iquique. A las 4½ de la tarde se avistó un vapor: la Magallanes pasó a reconocerlo, la que nos anunció muy luego que tenía noticias importantes que comunicar. La excitación nuestra era muy grande. Williams tenía una mala noticia de la Esmeralda. El vaporcito fué traído al costado; su Capitán era un ex-oficial de la marina peruana y el dueño un inglés. Llevaba la bandera inglesa, pero la había cambiado por la peruana a fines de Abril último. Traído a bordo del Blanco el Capitán y el dueño, ámbos nos dieron la noticia del combate en Iquique y de la pérdida de la Independencia. Se dió libertad a los apresados con su vapor y continuamos el viaje con la duda de la pérdida de la Independencia; se nos dijo también que la Covadonga había pasado por Huanillos con un transporte en dirección al sur.

El 28 nos dirigimos de paso a Mollendo con el propósito de cortar el cable, operación que no tuvo efecto por el corto tiempo empleado en rastrearlo. No queríamos consumir carbón que podía hacernos mucha falta. A la salida de ese puerto encontramos el vapor de la carrera, recogimos nuestra corresponden-

cia y pudimos conferenciar con don Domingo Godoy, quien nos confirmó con algunos detalles las noticias recogidas el día anterior sobre Iquique y principalmente la escapada de la Covadonga. Por el señor Godoy supimos que el Huascar estaba en Mejillones y que pensaba su Comandante bombardear a Antofagasta.

El 30 al amanecer arribamos a Iquique, despues de haber tenido que dar remolque al Abtao falto de carbón el día 27. Antes de entrar a este puerto se avistó al sud el Huascar y no teniendo el Cochrane carbón se le dió orden de mantenerse en el puerto, tomando un buque de vela que venía entrando. El Blanco y la Magallanes avivaron sus fuegos y emprendieron la persecusion del Huascar con toda la posible actividad. Todos deseaban vengar la Esmeralda. Desde las 6 de la mañana hasta las 3 de la tarde, andando a toda fuerza, continuamos la persecución sin llegar a ponernos a tiro de cañón. No era prudente seguir más adelante, nuestra provisión de carbón apenas era suficiente para regresar a Iquique y no sabíamos por cuanto tiempo tendríamos que estar flotando sin movimiento, con el estravío del Matías Cousiño que podía haber caído en poder del enemigo.

El 31 en la mañana arribamos al sud de Iquique y fuimos a reconocer el casco de la Independencia, frente a Punta Gruesa. Se distinguen sus restos muy próximos a la playa, no se concibe cómo pudo su Comandante dirigirla a ese punto, a 100 metros más o menos de la orilla. Las olas revientan sobre ella.

El Contralmirante estaba ya desesperado por la falta de carbón, apenas quedaba para el uso de la cocina; pero por un favor de la Providencia, el Matías Cousiño había entrado al puerto en la noche anterior.

El Matías Cousiño esperó resignado las instrucciones que se le habían ofrecido y cumplió fielmente la orden de no moverse del punto que se le designó el día 16, a su partida al Norte. Se encontraba allí sin saber cómo explicarse aquella omisión hasta que el Huascar, perseguido el 30 por nosotros, dió con él entre cinco o seis de la tarde y lo persiguió por unas pocas horas a cañonazos. Los días 31 hasta Junio 2 se emplearon en cargar carbón y en tomar datos sobre el glorioso combate de

la Esmeralda, cuyo casco no ha dejado la menor huella en la bahía.

En la noche del 2 el Blanco y la Magallanes salieron para el sud: en la tarde se había apresado una goleta, que habíamos remitido a Antofagasta y que el Huascar represó en Cobija. Traía a bordo tres marineros del Huascar y un oficio de Grau para el Jefe de Arica, en el cual le hace saber que el 28 la había represado y la enviaba con tripulantes del Huascar para los efectos legales.

Al amanecer del 3, frente a Pabellón de Pica, siguiendo nuestro viaje a Antofagasta, encontramos de nuevo al Huascar. Emprendimos con mayor empeño que el 30 de Mayo su persecución y ya con menos recelos, porque íbamos provistos de carbón. A la 1 p. m. le disparamos algunos cañonazos y hubo un tiroteo a una distancia de 4.500 metros sin ningún resultado.

La Magallanes con menos andar que el Blanco quedó muy atrás; de modo que el combate pudo aceptarlo el Huascar sin mucha desigualdad. Cuando él notó que íbamos ganando distancia arrojó sus hermosas falúas al agua y varios otros objetos. El tiroteo duró como una hora, habiendo disparado el Blanco como 15 tiros y el Huascar 5. Tomó éste la fuga avivando sus fuegos sin que pudiéramos despues tenerlo a tiro de cañón. Continuamos la persecución hasta las 12 de la noche, sin ganar distancia y el Contralmirante, viendo que la Magallanes se había perdido de vista, dió orden de volver en su busca, renunciando por entonces el batir al Huascar.

Se comprende desde luego el mal que puede hacer el monitor peruano con su andar, sorprendiendo nuestros transportes entre Antofagasta o más al sud de Iquique. El Blanco puede sostener en su estado actual un andar de 10 a 10½ millas que es con corta diferencia el del Huascar. Si llegamos a encontrarlo en mar grueso, es probable que no escape bien en otra ocasión.

Los datos que hemos podido adquirir sobre el combate de la Esmeralda y Covadonga con los blindados peruanos, ratifican los que ya tiene el Gobierno. Es indudable que Prat fué un héroe y que murió sobre la cubierta del buque enemigo, dan-

do primero muerte a un oficial peruano Velarde. La popa de la Esmeralda disparaba su último cañonazo al sumergirse con el pabellon al tope del palo mayor. Dicen que la bandera fué el último objeto que se vió a flote. Combatida a cañonazos por el Huascar y por fuegos de tierra, tuvo sin embargo el monitor que darle tres espolonazos para sumergirla. Segun la exposición de los tres prisioneros que tenemos del Huascar, las averías de éste consisten en hacer agua por la proa, por el golpe del espolón y sus palos, que recibieron algunos balazos.

Tambien se confirma la espléndida conducta de Córdell a cuya hábil dirección debe su salvación la Covadonga y la Independencia su sepulcro. Supo aprovechar el tiempo y ganarse muy a la costa, conduciendo a la fragata cuyo comandante cegado en la persecución encalló muy cerca de la costa. El heroico comportamiento de nuestros marinos ha hecho honda impresión aun en los enemigos. El cónsul inglés decía a algunos de nuestros oficiales que en el momento en que la Esmeralda se perdía, él hubiera querido ser chileno. Todos los espectadores guardaron el más profundo silencio ante aquel espectáculo grande y solemne.

La viuda del valiente y distinguido Capitán Prat, como sus hijos son dignos de la magnanimidad del país. Córdell como todos los oficiales de la Covadonga y de la Esmeralda, son merecedores de ascensos. El teniente Serrano muerto en la Esmeralda era también casado: dicen que fué digno de Prat en el combate y en la muerte.

Como no tengo tiempo de escribir a Varas, ni a Santa María, puedes, si lo quieres mostrarles esta carta.

Ya es tiempo que el ejército entre en acción. Con la pérdida de la Independencia la marina peruana queda muy debilitada y hará sólo guerra de cruceros. Empleando transporte de un andar de 12 millas no hay cuidado: los blindados chilenos harán lo demás.

Conviene que el Gobierno dé instrucciones al Jefe de la Esquadra que entre este a conferenciar con el Jeneral en Jefe y procedan de común acuerdo en lo que haya de hacerse.

Saluda a la Delfina y dispón de tu S. S. y amigo.

R. SOTOMAYOR.

LA RANA

(Traducción de Enrique González Martínez).

Va a recoger un fruto de la hierba que pisa
Cloris, cuando, de pronto, una rana divisa
medrosa y diminuta que ante al amago fiero,
súbita se distiende cual resorte de acero.
En un rapido impulso, abre y cierra las patas,
brinca por los fresales, se escabulle en las matas,
y a sus hermanas busca, que en la quieta laguna,
husmeando el peligro, se echaron una a una.
Van diez veces que Cloris, en la caza animada,
la cogió con la mano bruscamente cerrada;
pero más diestra que ella, al sentir que la pilla,
de los dedos diez veces se escapó la ranilla.
¡Al fin Cloris la tiene! ¡Cloris canta victorial
Cloris, de azules ojos, de su madre es la gloria.
Bajo el sombrero amplio, ríe su gracia al cielo,
y su melena rubia, como doble arroyuelo
cubre de velos áureos sus mejillas, y evoca
la más clara sonrisa sobre la freeca boca.
Ella curiosa observa; se estremece un instante
al contacto del cuerpo helado y palpitante;
la rana mira y tiembla; la mano se aventura,
y Cloris tiene lástima de la débil criatura
cuando latir de espanto entre los dedos siente
aquel corazoncillo apresuradamente.

ALBERT SAMAIN.

NUESTRA SITUACION FINANCIERA

- I. Estado actual de la Hacienda Pública.*—a) Los déficits de los últimos ejercicios financieros; b) El presupuesto de 1922 y el déficit probable; c) El recurso obligado del empréstito; d) Influencia de la crisis fiscal en la depreciación de la moneda.
- II. Causas determinantes del estado actual de la Hacienda Pública.*—a) El salitre y la proporción de las entradas públicas; b) El crecimiento de los gastos fiscales; c) El aumento de la deuda pública; d) Obras públicas no reproductivas.
- III. Medidas que corresponde adoptar para normalizar la Hacienda Pública.*—a) Correcta inversión y distribución de los gastos ordinarios; b) Prudencia en las inversiones extraordinarias; c) Reforma del régimen tributario y aduanero; d) Eliminación de la renta del salitre de los gastos ordinarios y su inversión en la reducción de la deuda y en obras extraordinarias reproductivas; e) Plan financiero.

I. Estado actual de la Hacienda Pública

a) LOS DÉFICITS DE LOS PRESUPUESTOS ANTERIORES

La situación del momento ha venido insinuándose desde el año 1918, pues era inevitable con la llegada de la paz y con la crisis económica que a ella se seguiría. Los déficits se han venido acumulando desde el año 1919 hasta sumar 273 millones en billetes al final del año último (1921), según la última exposición presentada por el señor Ministro de Hacienda a la Comisión de Presupuestos.

La descomposición del déficit en los diversos años resulta de los datos siguientes:

Año 1920.—Comprende los ejercicios financieros de los años 1919 y 1920. El déficit señalado al final del año 1920 asciende a 99,2 millones en billetes y 15,2 millones en oro. Reducida la parte de oro a billete con 150% de recargo, se llega a un déficit total que alcanza a 137,2 millones en billetes. Esta cifra es la misma señalada en el Mensaje Presidencial y contenida en las demás exposiciones del Gobierno.

Año 1921.—Según la exposición del Ministro señor Garcés Gana, a que ya nos hemos referido, el total resumido de gastos para 1921 asciende a 327,8 millones de pesos en billetes y 51,4 millones de pesos oro. Reducida a billetes la parte en oro, con el 150% supuesto de recargo, se llega a una cifra total de 456 millones de pesos en billetes, no interviniendo en esa suma los gastos que se efectúan con cargo a las entradas especiales.

Las entradas ordinarias correspondientes al presente año han sido, en la misma exposición, calculadas en 77 millones de pesos oro y 128 millones en billetes. Reducida la parte en oro y sumada a la parte en billetes se obtiene un total de entradas ordinarias ascendente a 320 millones de pesos billetes.

El déficit del ejercicio financiero de gastos y entradas ordinarias correspondiente a 1921 sería entonces de 136 millones en billetes.

Agregando el déficit de 1921 al déficit acumulado en 1920 se llega a un déficit total presupuestario acumulado al final del año 1921 que asciende a: *273 millones en billetes.*

b) EL PRESUPUESTO DE 1922 Y EL DÉFICIT PROBABLE

Según el reciente informe de la Comisión Mixta de presupuestos, los gastos que consulta el Ejecutivo ascienden a 320 millones en billetes y 51 millones en oro. Reducida a billetes la parte en oro se llega a un total de gastos que asciende a 448 millones billetes.

Las entradas para el mismo año han sido fijadas en 247 millones en billetes y 68 millones oro. Haciendo la reducción con el mismo 150% de recargo, el total de entradas ascendería entonces a 417 millones en billetes. Resta, por consiguiente, un déficit de 31 millones en billetes. Pero conviene advertir que en las entradas calculadas figura el producto de leyes tributarias que se encuentran aún en estado de proyecto. Finalmente el déficit de 31 millones en billetes ha sido repartido en cuotas deducidas de los diversos Ministerios, de tal modo que el presupuesto de gastos ha quedado en último término reducido a 287 millones en billetes y 52 millones en oro. Total: 417 millones de gastos contra 417 millones de entradas. En realidad,

ateniéndonos a las cifras de detalle, quedaría, según la Comisión Mixta, un superávit de 79,099 pesos en billetes.

Desgraciadamente, todos sabemos cuan sencillo es igualar en un proyecto de presupuesto las entradas con los gastos. Así, la Comisión Mixta presentó igualmente saldado el presupuesto de 1921. Tal como hoy se presenta para 1922 un insignificante superávit de 79 099 pesos, también se calculó para 1921 un insignificante déficit de 8 689 pesos. Pero ese cálculo tan exacto no fué obstáculo para que, en el curso del año, ese *déficit previsto de 8 689 pesos se convirtiera en un déficit efectivo de 136 millones.....*

Hoy, como entonces, se vuelve a financiar el presupuesto con entradas que podrían, con justicia, llamarse mitológicas. Son ellas el salitre, las economías prometidas y el producto de leyes tributarias aun no despachadas.

Si no consideramos para el año próximo las entradas por leyes en proyecto y si no consideramos tampoco,—porque la experiencia nos dice que ello no se hará,—como efectivas las economías anunciadas para saldar el presupuesto, el balance efectivo de 1922 dejaría un déficit no inferior a 70 millones en billetes y que se compone de las partidas siguientes:

30 millones por economías anunciadas y que seguramente no se efectuarán.

40 millones por entradas calculadas por leyes tributarias que aun no se despachan.

No agreguemos al déficit previsto los gastos suplementarios que se autoricen en el curso del año próximo ni el servicio de los empréstitos que forzosamente será necesario contratar en el curso del año para satisfacer los déficits de caja.

Todavía, si consideramos para el año en curso exportaciones importantes de salitre—que es lo más probable, ya que el Pool mantiene todavía 720 mil toneladas sin mercado (1),—debemos disminuir las entradas fiscales en 47 millones de pesos,

(1) Las más recientes informaciones permiten asegurar que el stock de salitre en Inglaterra (Pool) no quedará enteramente liquidado hasta el segundo semestre del presente año. Por consiguiente, exportaciones importantes de salitre no podrán efectuarse hasta los últimos meses del año en curso. La exportación salitrera *normal* puede estimarse en 2 500 000 toneladas inglesas (1 016 kg).

oro, o sea, con el mismo tipo de 150% de recargo para el oro que supone el presupuesto (en realidad el premio del oro se ha mantenido actualmente alrededor de 240%), un total de 118 millones en billetes.

Estas tres partidas nos darían, en resumen, un déficit de 188 millones en billetes. Estamos, naturalmente, en el caso más desfavorable.

La hipótesis más favorable sería aquella que nos diera una exportación de salitre capaz de saldar el déficit. Admitiendo siempre igual premio del oro—y volviendo a advertir que hasta en esta previsión de cambio el presupuesto es en extremo optimista—se necesitaría una entrada por salitre de 75 millones de peso oro, correspondiente a una exportación de 2 150 000 toneladas (1).

Nadie que conozca la situación actual de los mercados salitreros podrá suponer que esta cifra sea alcanzada. Por consiguiente tendremos en 1922, como ya lo hemos dicho, un déficit presupuestario que oscilará entre 70 y 190 millones de pesos en billetes. El primer caso corresponde a una exportación de 1 380 000 toneladas de salitre, que se calcula en el presupuesto, y el segundo caso a una exportación nula de salitre.

La verdad de la situación real, y también el buen régimen financiero, nos obligan a detenernos en el segundo caso. Por consiguiente nuestro problema financiero queda fundado en los términos siguientes: *Necesidad de realizar economías y obtener mayores entradas, de modo que el conjunto de las economías y nuevas entradas sume 190 millones en billete.*

c) EL RECURSO OBLIGADO DEL EMPRÉSTITO

Sería una inútil ilusión pretender que en el curso de un año la suma de economías y entradas sumara 190 millones de pesos en billetes. Mucho sería que los 30 millones de economías prometidas se hicieran realidad. Pero luego vendrían las autorizaciones para gastos suplementarios, los imprevistos y toda esa

(1) Esta exportación no es excesiva si se la compara con la que corresponde a años anteriores. En 1913 la exportación sumó 2 700 000 ton. En 1917 llegó a 3 000 000 de toneladas.

serie de malas prácticas administrativas y otras contingencias que determinan siempre una mayor cifra de gastos que la que señala el presupuesto.

Las entradas que suponen las leyes en proyecto—aun en el caso de que estas leyes se hicieran efectivas—no serán tampoco las calculadas. La misma intensidad de la crisis, el escaso tiempo en que, dentro del año, esas leyes entrarían a regir, la normal dificultad de *puesta en marcha* común a todas las leyes tributarias y, finalmente, la parte ya corrida del año y la que correrá hasta que esas leyes sean despachadas, obligan a reducir las entradas que, por este capítulo, supone el presupuesto.

Por último, se tiene casi la certeza de que las entradas por salitre serán inferiores a las que calcula el presupuesto.

Por consiguiente, se puede asegurar que otra vez se volverá a recurrir al empréstito en el curso del año.

Ante esta posibilidad conviene recordar que, durante el año que acaba de concluir, se ha recurrido al empréstito (aparte de los 5 millones de libras del empréstito ferroviario y de la parte—50 millones moneda corriente—que mantiene todavía el Fisco) por valor de 270 millones en billetes, suma que pasó *íntegramente* a saldar el déficit de 273 millones que la Hacienda Pública había acumulado al final del último año.

En el año 1922 se agregará a las sumas anteriores tal vez 100, 120 o 150 millones en billetes. No hay que asombrarse de ello. Así como el déficit es inevitable también lo es el empréstito. Y más vale preverlo con tiempo a fin de autorizarlo con tiempo y colocarlo también con tiempo. Fué triste la experiencia del año 1921, en que, siendo inevitables los empréstitos y conocidos los déficits pasados y las entradas en cada fecha, se venía al Congreso a pedir las autorizaciones cuando los empleados públicos estaban impagos desde varios meses y cuando los acreedores hacían filas en las tesorerías del Estado.

Malo es recurrir al crédito. Pero lo peor de todo es no recurrir a tiempo.

d) INFLUENCIA DE LA CRISIS FISCAL EN LA DEPRECIACIÓN
DE LA MONEDA

Son muchas las causas que deprecian la moneda. Pero una sola es la que permite producir su efecto a las demás. Ella es el papel moneda.

En régimen metálico, o en régimen mixto de Caja de Conversión, ninguna causa económica es capaz de producir la depreciación de la moneda. Un balance adverso de los saldos del comercio internacional puede provocar una disminución del encaje en oro de un país, o un aumento en caso contrario. Pero en ningún caso una depreciación de la moneda. La moneda de oro puede así concluirse antes que depreciarse. En realidad, jamás se llega a tal extremo, ya que la ley del equilibrio económico obliga—períodos largos—a que los países no compren más de lo que venden.

Por lo demás, si se examina nuestra estadística aduanera, puede observarse que, salvo años escasos, el valor de nuestra exportación ha superado siempre al valor de la importación y se podría, por lo tanto, compensar este saldo favorable con el posible saldo desfavorable de las llamadas *partidas invisibles* (envíos de dinero a residentes nacionales en el extranjero, sueldos de diplomáticos, gastos de viajeros; estadía de naves, etc.) y el servicio de la deuda externa.

Así, pues, si el resultado del Balance de Pagos en el exterior ha podido en años determinados producir una *oscilación* del cambio, no hay razón alguna que justifique una depreciación continuada de la moneda.

La causa lógica de la depreciación de la moneda, debe, pues, buscarse en la inflación del circulante fiduciario, como lo demuestra la relación de las cifras que van en seguida. (1)

(1) Primitivamente el peso chileno, oro o plata (régimen bimetálico) equivalía a 48 peniques según su ley. La baja del valor de la plata provocó—por la ley Gresham—la exportación de las monedas de oro. Por otra parte, en 1860 una ley autorizó a los bancos para emitir billetes hasta por el 150% de su capital. En 1878 se decretó la inconversión de los billetes de banco.

Estas fueron las primeras causas de depreciación de la moneda, anteriores al régimen de billetes fiscales de curso forzoso.

En 1895 se realizó una conversión metálica a 18d por peso. El régimen de oro no pudo mantenerse por falta de un encaje suficiente.

Año	Emisión fiduciaria fiscal en millones	Emisión bancaria en millones	Cambio medio en peniques por peso
1870			46
1875			44
1880	19	14	31
1885	16	16	25
1890	21	20	24
1895	21	21	16
1900	51	Los billetes bancarios	17
1905	81	desaparecen	15
1910	150	en 1897	11
1915	178		7
1920	312		12 (papel)
1922 (Enero)	324		5,6

¿Quién, en vista de estas cifras, podría decir que han sido los resultados de nuestro balance de saldos internacionales los que han traído nuestro peso de 46 a 5 peniques en apenas 50 años?

¿No parece más claro, no es más lógico decir que nuestra moneda dejó de valer desde el momento en que el Estado la comenzó a imprimir para saldar los déficits fiscales?

En 1878 el Estado no había aun lanzado papel moneda. En 1879 emitió 12 millones de Vales del Tesoro. En 1900 eran 50 millones. En seguida, antes de 20 años, esos millones pasaban de 300.....

Seguramente la emisión seguirá creciendo mientras continúan los déficits fiscales. Porque es más fácil llenar un déficit con un empréstito externo que con un aumento o elevación de los impuestos. Y más fácil que un empréstito externo, es un empréstito interno. Y más todavía, una emisión... Así, la ley del menor esfuerzo es también una ley económica de aplicación fiscal.

Volverá en todos los países a establecerse la circulación del oro, momentáneamente retenida por la guerra. Otros, como Argentina, reabrirán su Caja de Conversión. Pero a nosotros

de nada nos servirá nuestro oro acumulado (1). Repetiríamos el fracaso de 1895. Porque es imposible el régimen de oro cuando el Estado necesita recurrir al papel moneda para satisfacer los déficits presupuestarios.

II. Causas determinantes del estado actual de la Hacienda Pública

a) EL SALITRE Y LA PROPORCIÓN DE LAS ENTRADAS PÚBLICAS

La guerra del 79 nos dió una victoria militar que los gobiernos posteriores convirtieron en una constante derrota diplomática y financiera. En la frontera norte nos ha quedado un pleito eterno que no sabemos si—en la discusión de hoy—lo tendremos de perder o ganar. En el interior nos ha quedado un régimen financiero que nos ha mantenido al bordo de la crisis definitiva.

Parecerá extraño. Pero es el hecho que las entradas extraordinarias del salitre, ganadas con la guerra del Pacífico, hubieron de trasformarse con el tiempo en el elemento más perturbador de nuestro régimen de Hacienda Pública. Lo que debió ser una renta extraordinaria, una renta de reserva o de inversión en obras públicas, fué en principio destinada a la eliminación de los impuestos.

Para comprobarlo bastará comparar la proporción de las partidas de entradas ordinarias del Estado el año anterior a la guerra del 79, con el año 1918, último de presupuesto financiero.

En 1879 se tenía como entradas del Estado en pesos de 18 d. (2)

(1) Los fondos de conversión, depositados en bancos extranjeros y en arcas fiscales, suman 114 millones de pesos oro 18 d. Considerando que el papel emtido suma 30 millones, una conversión total podría efectuarse a razón de 64 peniques oro por peso (El valor del peso llegó a bajar en 1912 hasta 5 peniques). Con una relación de 60% de oro a papel una Caja de Conversión (Gold Exchange) podría convertir un peso en 10,7 peniques.

(2) Se ha adoptado convencionalmente la moneda de 18 d (Conversión de 1895) para eliminar el efecto de las diferentes equivalencias monetarias. En 1878 el valor medio del peso fué de 39,6 peniques y en 1918 de 14,6 peniques papel.

	Millones oro de 18 d.	Tanto por ciento del total
Derechos de importación.....	12,8	52,7 %
Derechos de exportación.....	0,8	3,3 %
Impuestos directos e indirectos...	8,2	33,7 %
Servicios públicos (sin FF. CC.)...	0,5	2,0 %
Otras entradas.....	2,0	8,3 %
Total de entradas ordinarias	24,3	100,0 %

Puede observarse, desde luego, que los impuestos proporcionaban más o menos el 34 % de las rentas del Estado. La exportación menos del 4 % y la importación proporcionaba cerca de 53 %.

En 1918 se tenía en cambio:

	Millones oro de 18 d.	Tanto por ciento del total
Derechos de importación.....	60,3	24,50 %
Derechos de exportación.....	124,1	50,40 %
Impuestos directos e indirectos...	33,6	13,64 %
Servicios públicos (sin FF. CC.)...	10,0	4,06 %
Otras entradas.....	18,2	7,40 %
Total de entradas ordinarias	246,2	100,0 %

Como se desprende de este segundo cuadro de valores, los derechos de exportación han subido de 3 % a 50 %. Los derechos de importación han bajado de 53 % a 24 %. Y los impuestos, que antes proporcionaban el 34 % de las rentas del Estado, hoy proporcionan sólo el 13,6 %.....

En el cuadro que sigue se resumen directamente los porcentajes de entradas del Estado en 1878 y en 1918.

	Año 1878	Año 1918
Derechos de importación.....	52,7 %	24,5 %
Derechos de exportación....	3,3	50,4
Impuestos	33,7	13,64
Servicios públicos.....	2,0	4,06
Otras entradas.....	8,3	7,40

No se requiere mayor estadística ni mejores argumentos que los datos anteriores para comprobar como, a partir de la victoria del Pacífico, nuestra Hacienda Pública ha ido abandonando las entradas estables del impuesto para vivir de los derechos de exportación constituidos en casi su totalidad por la renta del salitre. El impuesto proporciona hoy, relativamente a las entradas totales, la tercera parte de las rentas de antes de la guerra del Pacífico.

Lógicamente, entonces, la más ligera disminución de la venta salitrera se traduce en un déficit fiscal (1). Ha sido pues, una triste victoria la guerra del 79. Hemos ganado el salitre a cambio de la desorganización de la Hacienda Pública.

b) CRECIMIENTO DE LOS GASTOS FISCALES

La necesidad de mayores entradas del Estado resulta, como es lógico, del crecimiento de los presupuestos de gastos. Este crecimiento es un fenómeno universal. Aumentan los gastos porque aumentan también los servicios que el Estado presta a la colectividad. En países nuevos, como el nuestro, en que la población y el nivel medio de cultura y de progreso crece más rápidamente que en países ya de antiguo poblados y constituidos, el aumento de los gastos fiscales debe crecer también en progresión más rápida.

Las cifras que siguen, señalan el incremento de los gastos fiscales al través de nuestra historia. Se ha adoptado la moneda única de oro 18 d. para eliminar las complicaciones monetarias.

(1) El Estado percibe 33,8 pesos oro de 18 d. por tonelada de salitre exportado. Una exportación de salitre de 3 000 000 de toneladas (años 1917) entrega, pues, a la Hacienda Pública 100 millones de pesos oro, equivalente a 250 millones de pesos moneda corriente (150% recargo). El presupuesto ordinario de gastos fiscales suma aproximadamente 450 millones moneda corriente. De estas cifras puede deducirse el efecto de la exportación salitrera en los ejercicios financieros del Estado.

Año	Millones pesos oro de 18 d.	Pesos por habi- tante.
1860	18,7	11,5
1870	32,2	16,6
1880	43,9	19,18
1890	91,0	34,8
1900	92,4	31,6
1910	163,2	47,5
1921	182,0	48,0

Un exámen ligero de estas cifras demuestra, desde luego, que el gasto presupuestario por habitante ha aumentado 4 veces en el período de 50 años. Los mayores aumentos han correspondido al decenio de 1880 a 1890. De 1890 a 1900 se ha tenido una disminución de gastos. De 1900 a 1910 se ha vuelto a tener un brusco y grande crecimiento. Desde 1910 a 1921 los gastos presupuestarios por habitante quedan prácticamente los mismos.

Así, pues, en los presupuestos últimos, por más que se diga otra cosa, no hay inflación de gastos. Si los presupuestos, reducidos a moneda corriente aparecen exorbitantes, no es porque lo sean en realidad, sino porque ha disminuído la expresión monetaria de ellos. Naturalmente, este aumento ficticio desaparece al reducir, como lo hemos hecho, los gastos de los diversos años a una misma moneda.

Si de 1910 a 1920 hubiéramos mantenido la misma ley de crecimiento del decenio anterior, nuestro presupuesto de 1921 en lugar de 182 millones de pesos oro debió haber alcanzado a 290 millones de pesos oro o sea—con un 150% de recargo—a 725 millones de pesos papel..., en realidad los gastos ordinarios de 1921 llegaron aproximadamente a 450 millones en billetes.

No existe, pues, en nuestra crisis financiera de hoy un exceso de gastos. Podrá haber, y los hay ciertamente, gastos mal hechos, gastos dispendiosos. Pero, en conjunto, nuestro presupuesto está detenido en una cifra que iguala los gastos a los de 10 años atras. De ello es una prueba el atraso y las deficiencias de todos los servicios públicos. Los correos y telégrafos, las policías, los liceos, las Universidades, los cuarteles, las cár-

celes, las oficinas públicas, todo está viejo, todo mal servido, todos los empleados mal pagados... Todo revela, como lo indican los gastos fiscales que hemos anotado, que la administración y los servicios del Estado marchan con un atraso de 10 años.

Volvemos a repetirlo. La crisis financiera de hoy no se debe al aumento de los gastos fiscales. Ella tiene por única causa el defecto de un régimen de Hacienda Pública que ha excluido a los impuestos de las entradas ordinarias del Estado.

c) EL AUMENTO DE LA DEUDA PÚBLICA

Destinadas las rentas del salitre a formar parte de las entradas ordinarias, las obras o gastos de caracter extraordinario debieron cargarse a los empréstitos externos o internos. Así, el servicio de la deuda fué absorbiendo cada vez una mayor parte de las entradas ordinarias. Los presupuestos, en consecuencia, se han ido estrechando en la parte destinada a la administración y servicios públicos.

Las cifras que siguen comparan, para diversos años, los gastos ordinarios, el servicio de la deuda y las sumas que quedan disponibles para la administración y los servicios públicos.

Año	Gastos fiscales oro 18 d.	Servicio de la deuda externa	Servicio de la deuda interna reducida a oro 18 d.	Total de servicio de la deuda.	Saldo disponible de gastos.
1860	18,7	2,4	0,5	2,9	15,8
1870	32,2	6,0	2,5	8,5	23,7
1880	43,9	5,3	3,2	8,5	35,4
1890	91,0	7,0	5,5	12,5	78,5
1900	92,4	13,3	1,3	16,6	75,8
1910	163,2	24,8	0,9	25,7	137,5
1922	180,0	52,0	7,3	59,3	120,7

En resumen de 3 millones de pesos oro de 18 d. que se gastaba en 1860 en el servicio de la deuda interna y externa, se gastará en 1922 un total de 59,3 millones oro. (Se consideran los empréstitos contratados en 1921).

Si descontamos ahora de los gastos fiscales de 1910 y de 1922 los destinados al servicio de la deuda, vemos que en 1910 se gastaba en los demás servicios públicos 137,3 millones. Y en 1922 solo 120,7 millones. Es decir, los gastos de los últimos presupuestos son menores que hace diez años. Si calculamos ahora el gasto presupuestario por habitante, descontando el servicio de la deuda, encontramos para los últimos 10 años:

Año	Gastos fiscales oro 18 d.	Servicio deuda	Saldo	Gasto por habitante excluido el servicio de la deuda
1912	186	31	155	43 \$ oro 18 d/habt.
1922	180	59,3	120,7	32 \$ oro 18 d/habt.

Parece mentira, en realidad, que, a medida que crece la población y la cultura, la cuota presupuestaria por habitante sea menor ahora que hace diez años. Ello es, sin embargo, explicable si se considera el régimen de Hacienda Pública. Basadas las entradas en la venta del salitre, los gastos fiscales crecieron rápidamente desde 1880 hasta a ser mas del doble en 1890. Más tarde las entradas salitreras estaban todas consumidas en los gastos fiscales ordinarios y parecía que no había otra fuente de recursos en donde el Estado pudiera obtener entradas. Parecía que el país, con todas sus riquezas, no poseyera ninguna capacidad tributaria. Y así, mientras el presupuesto de gastos se había antes cuadruplicado en solo 40 años, en los últimos 10 años hubo de quedar estacionario. Consumida la renta del salitre en gastos ordinarios, fué forzoso incrementar la deuda pública y emitir papel moneda para satisfacer los gastos de carácter extraordinario.

El papel moneda empobrecía así al país y el aumento del servicio de la deuda estrechaba cada vez la parte del presupuesto destinada a la administración y a los servicios públicos.

Ello hacía disminuir, como lo hemos visto, la parte efectiva o disponible de gastos presupuestarios para atención y desarrollo de los servicios públicos. En 1912 se gastaba \$ 43 oro por habitante y en 1922 sólo \$ 32 oro. Es de suponer que en esos diez años la cultura pública se haya desarrollado. ¿Cómo es po-

sible entonces estar deteniendo el desarrollo y progreso del país bajo el pretexto de no aumentar los gastos, cuando en realidad, los gastos son menores y lo que faltan son entradas?

Si en vez de leyes tributarias continuamos viviendo del empréstito, seguirán los déficits fiscales y vendrán nuevos empréstitos. Aumentará todavía la proporción de gastos ordinarios absorbidos por el servicio de la deuda y así un día llegará en que poco o nada aparecerá en el presupuesto ordinario para atender a los servicios y a la administración del Estado.

d) OBRAS PÚBLICAS NO REPRODUCTIVAS

El 1.º de Enero de 1921 la deuda pública sumaba 501 millones de pesos oro y 95 millones en billetes, sin contar las emisiones fiduciarias. Son en total, 1,345 millones en billetes, con 150% de recargo. A este total debería agregarse los 270 millones en billetes que suman los empréstitos de 1921 para satisfacer los déficits fiscales.

Si las inversiones extraordinarias deben ser reproductivas, si el Estado debiera obtener siquiera el 8% de los capitales que invierta en el país ¿dónde están entonces los 100 millones que debiera actualmente percibir?

Los Ferrocarriles del Estado, según el Boletín de la Oficina Central de Estadística, representan un capital invertido de 400 millones de pesos oro de 18 d. lo cual, reducido a moneda corriente (con el mismo tipo de recargo de la parte en oro de la deuda pública) representan exactamente 1,000 millones de pesos moneda corriente. ¿Qué interés percibe el Estado de este cuantioso capital? Ninguno. Sin embargo, cada kilómetro de vía ha contribuido a enriquecer a los propietarios del terreno.

Pronto el Ejecutivo será autorizado para invertir aproximadamente 300 millones de pesos moneda corriente en obras portuarias (1). ¿Quién garantiza en seguida que en las tarifas de explotación de las obras que (reducirán a menos de la mitad

(1) Ley número 3,835 que autoriza una inversión de 7.440,000 libras esterlinas en obras portuarias en Valparaíso, Antofagasta, Iquique, Constitución, Talcahuano, Lebu, Puerto Saavedra, Valdivia y Puerto Montt. Y obras menores en Pichilemu y Tomé.

los gastos actuales de embarque y desembarque) se considere el servicio de los capitales invertidos?

¿No pasará dentro de algunos años lo mismo que en los ferrocarriles del Estado? Primero se tuvo utilidades. En seguida, pérdidas. Por último el Estado se dá por satisfecho con que se costeen los gastos de explotación sin que figure en ellos el interés de los capitales invertidos.

Evidentemente, si esos mil y tantos millones invertidos en obras públicas—repartidas las más de las veces segun intereses locales o electorales—lo hubiesen sido bajo un criterio económico y comercial, de tal modo que, junto con enriquecer al país enriqueciese también al Estado, no menos de 100 millones entrarían hoy a la Hacienda Pública en forma de intereses sobre esos capitales gastados en exclusivo beneficio público.

III. Medidas que corresponde adoptar para normalizar la Hacienda Pública

a) CORRECTA INVERSIÓN Y DISTRIBUCIÓN DE LOS GASTOS ORDINARIOS

Habíamos precisado ya en 137,2 millones en billetes el déficit de 1919 y 1920; en 136 millones de la misma moneda el déficit correspondiente a 1921; y en una cifra próxima a los 100 millones el déficit que correspondería a 1922 siempre que mantuviesen las actuales condiciones de la Hacienda Pública.

Hasta hoy esos déficits han sido eliminados por empréstitos. Igualmente será necesario recurrir a empréstitos para el saldo del déficit que se producirá en el curso del año actual. Pero un empréstito no resuelve una situación fiscal. Ello equivale a echar la carga hacia adelante disolviendo en los presupuestos próximos el déficit de un año determinado.

Es necesario, como condicion esencial del restablecimiento de la Hacienda Pública, igualar los gastos con las entradas. Lo más racional y lógico parece reducir los gastos hasta un límite compatible con el correcto desempeño de los servicios públicos.

Está en la conciencia de todos que no todas las inversiones fiscales son correctas y bien distribuídas. Algunas se derivan

de complacencias administrativas de índole política y otras de desorganización de los servicios. Son esos gastos los que es preciso eliminar. Puede que ellos representen una economía despreciable ante la magnitud del déficit fiscal. Pero esas economías efectuadas devolverán al Estado la confianza pública. Porque sólo en el caso de que esa confianza exista las contribuciones pueden ser aplicadas y soportadas.

b) PRUDENCIA EN LAS INVERSIONES EXTRAORDINARIAS

Las inversiones de carácter extraordinario (ferrocarriles, puertos y otras obras públicas, etc.), se efectúan siempre a cargo de empréstitos y ellas pesan sobre el presupuesto ordinario recargando el servicio de la deuda externa. El pago de los déficits fiscales en los presupuestos ordinarios (cuando no se efectúa con papel moneda) pasa también a incrementar la deuda externa y por lo tanto su servicio anual.

Las cifras que siguen señalan el crecimiento de la deuda externa y de su servicio de diez en diez años, y en pesos oro de 18 peniques.

Año	Deuda externa en millones oro de 18d	Servicio anual de la deuda en millo- nes oro de 18d
1860	34,5	2,4
1870	73,9	6,0
1880	93,0	5,3
1890	124,8	7,0
1900	229,7	15,3
1910	342,9	24,9
1920	378,0	38,3

Si se considera ahora que, en el año 1922, el servicio de la deuda externa, más la interna, absorberá un total de 160 millones en billetes (con 150% de recargo para el oro), y que el presupuesto de gasto suma 420 millones de igual moneda, puede fácilmente apreciarse en qué forma la deuda pública va estrechando la parte reductible de los presupuestos fiscales.

Es necesario, por consiguiente, aplicar a los gastos extraordinarios del Estado el mismo criterio que se exige en sus gas-

tos ordinarios. Sólo deben realizarse aquellas inversiones de carácter estrictamente reproductivo y que esten financiadas de antemano en la parte que se refiere al servicio del empréstito con el cual van a ser realizadas. Tal debe ser, por ejemplo, el caso de ferrocarriles y puertos. En ningún caso ellos deben construirse en lugares o regiones sin expectativas comerciales, como muchas, muchísimas veces, ha sucedido.

c) REFORMA DEL RÉGIMEN TRIBUTARIO Y ADUANERO

Cuando se tiene un presupuesto de gastos de 420 millones en billetes, con un servicio de la deuda que absorbe 160 millones, y con un déficit que oscila alrededor de 100 millones, se puede decir con toda certeza que no serán las economías las que resuelvan el problema de la Hacienda Pública.

Hemos dicho ya que una cosa es reducir los gastos y otra cuidar de que los gastos sean bien distribuidos y correctamente efectuados. Hemos advertido también en otro párrafo que los gastos fiscales, si han crecido irregularmente en años anteriores, especialmente a los siguientes a la victoria del Pacífico, han quedado prácticamente estacionarios en los últimos 10 años.

Se sabe que el crecimiento de los gastos públicos es un fenómeno económico normal y general, que guarda proporción con el crecimiento de la superficie administrada, con la población, la protección social, la cultura y los factores generales. Ningún país hasta hoy se ha detenido en este crecimiento de los gastos. Lo que hay es que algunos administran su dinero en mejor forma que los otros.

Volviendo, pues a nuestro caso, se puede desde luego advertir que no será con la sola reducción de gastos con lo que se llegará al equilibrio de la Hacienda Pública. Reducir en 100 millones un presupuesto que suma 420 (entre los cuales 160 corresponden al servicio de la deuda) equivaldría a trastornar la administración y los servicios públicos sumiendo al país en el desorden y el atraso.

Si la crisis se ha producido por un defecto de entradas (disminución de 3 a 1 millón de toneladas en las exportaciones del

salitre) (1), es lo natural, para remediar la situación, no confundir las entradas con los gastos. Faltan entradas y hay que buscarlas. La reforma del régimen tributario debe ser, por consiguiente, la primera y más constante preocupación.

Hasta hoy hemos vivido del salitre y cuando él nos ha faltado su defecto ha equivalido a un déficit. En otras palabras, hemos vivido gravando la *exportación*, es decir, invirtiendo el primitivo régimen aduanero del país. Porque si en 1878 la exportación nos daba apenas el 3,5% de las entradas, en 1918 nos dió el 50,5%. Por la inversa, si en 1878 la importación proporcionaba el 53% de las entradas fiscales, en 1918 esa cifra baja al 24,5%. Nuestro régimen tributario se basa, pues, principalmente, en los derechos a la exportación, como lo demuestra, además de lo dicho, la siguiente comparación entre los porcentajes de los diversos ingresos, referidos al año 1918:

Derechos de exportación.....	50,5 %
De importación	24,5 »
Impuestos Internos... ..	13,5 »
Servicios públicos	4,1 »
Otras entradas.....	7,4 »

Evidentemente, la cuota que proporciona el impuesto es en extremo reducida, y ella no corresponde en modo alguno a la capacidad tributaria del país.

Nuevos impuestos, bien estudiados y repartidos, y paulatinamente aplicados, deberán ir reemplazando el porcentaje de entradas públicas que hoy se acumula en los derechos de exportación.

De la misma manera, los derechos de importación deben ser elevados tomando en cuenta el origen de la mercadería y su situación de competencia respecto de la producción e industria nacional. Es absurdo, como se ha dicho, elevar simplemente y en igual proporción todos los derechos. Debe modificarse el

(1) 1918: exportación 2 919 000 tons. con derechos pagados por 121 millones oro.

1921: exportación 1 105 000 tons. con derechos pagados por 37 millones oro.

arancel aduanero según un estudio especial que considere los factores económicos que determinan la protección a las actividades productoras e industriales del país (1).

d) **ELIMINACIÓN DE LA RENTA DEL SALITRE DE LAS ENTRADAS ORDINARIAS Y SU INVERSIÓN EN LA REDUCCIÓN DE LA DEUDA PÚBLICA Y EN OBRAS EXTRAORDINARIAS REPRODUCTIVAS.**

Como a pesar de los derechos de exportación el salitre puede competir con sus similares extranjeros, no existe razón para que el Estado abandone la renta salitrera. Eso sí, una vez reemplazada esta renta por el impuesto, ella quedaría en exceso sobre los ingresos destinados a los gastos ordinarios. Sería entonces una entrada extraordinaria destinada a satisfacer gastos de análogo carácter.

El primero de ellos sería la reducción de la deuda pública.

En los 5 últimos años el salitre ha proporcionado en entradas fiscales:

	Millones oro 18 d.
1916.....	101
1917.....	106
1918.....	121
1919.....	29
1920.....	105
Total.....	462

Es decir, una suma total superior a la deuda externa del país (378 millones oro de 18 d. en 1920).

Puede suponerse qué destino se daría a las entradas del salitre si ellas quedaran en exceso sobre los gastos ordinarios. Ferrocarriles, puertos, colegios, universidades, obras de saneamiento, etc., todo ello podría hacerse sin necesidad de emprés-

(1) La Comisión de Presupuestos y Hacienda de la República Argentina, ha propuesto, al informar el Presupuesto de 1922, la creación de una *Junta de Aforos* cuyo objeto principal es la revisión periódica de las tarifas aduaneras y de avalúos.

titos que, a la larga, considerando el interés, se pagan por el doble de su valor real.

Esto no es una ilusión. Antes del 79 vivíamos sin salitre. Los gastos del Estado se hacían a base del impuesto y la importación. Jamás se emitió papel moneda y jamás nuestro cambio descendió de los 40 peniques por peso. Desde que tuvimos salitre se desorganizó la Hacienda Pública. No tuvimos impuestos. Pero la depreciación de nuestra moneda de 40 a 5 peniques ha obrado en nuestra vida económica con mayor intensidad que el más pesado de los impuestos.

e) PLAN FINANCIERO

Los antecedentes y datos que hemos citado insinúan, en resumen, un conjunto de medidas tendientes a la normalización de la Hacienda Pública. Entre esas medidas figura con carácter fundamental la reforma de nuestro régimen tributario, reforma que debe tender al reemplazo por entradas estables de la renta ocasional e imprecisa del salitre.

Si se considera que el salitre ha producido en 1918 una renta fiscal de 121 millones oro en un total de entradas que suma 249 millones de igual moneda, y si se toma en cuenta los recientes déficits fiscales (293 millones en billetes en 1919, 1920, 1921), puede suponerse pues que las medidas indicadas no deben ser inmediatas y violentas, y que no podrán, por lo tanto, ser aplicadas íntegramente en el solo período de un ejercicio financiero.

Un año no bastaría para reemplazar la renta salitrera por nuevas entradas. Un conjunto de leyes tributarias, destinadas a producir más de 100 millones de pesos oro, y aplicadas en un mismo año, pesaría demasiada bruscamente sobre la economía nacional. Menos todavía esas leyes podrían dar su rendimiento en períodos—como el actual—de una intensa crisis económica.

Será necesario obrar con prudencia pero con decisión. Un plan financiero, desarrollado en un período de 5 años, o más, podría llevarnos insensiblemente al restablecimiento de la Hacienda Pública. Las partes de este plan financiero serían las

mismas que anteriormente hemos señalado. Así, en orden simultáneo, correspondería ir efectuando de manera inexorable:

Primero.—Economía en los gastos ordinarios, entendiéndose por economía, no la reducción simple de ellos, sino su correcta inversión y eficiente distribución con el objetivo fundamental de devolver al país la confianza en el Gobierno de su Hacienda Pública.

Segundo.—Reducción de los gastos extraordinarios financiados por medio de incrementos de la deuda pública. Sólo deberán efectuarse aquellas inversiones destinadas a obras reproductivas y que aseguren desde luego el servicio de los capitales invertidos. Nada importaría obtener nuevos empréstitos si acaso ellos fueran servidos independientemente de las entradas ordinarias del Estado.

Tercero.—La reforma del régimen tributario debe ir paulatinamente estableciéndose. Cada año nuevas leyes tributarias deberán reemplazar una cuota de renta salitrera de años normales. Un incremento de 20 millones oro en el producto de los impuestos bastaría para eliminar totalmente, al cabo de 5 años, la renta salitrera. Los nuevos impuestos deben gravar las actividades económicas capaces de soportarlos sin daño a la producción e industria del país. En su aplicación deberá ser considerada la repercusión e incidencia del impuesto. Al mismo tiempo convendría establecer leyes tributarias con carácter de simple experiencia financiera y administrativa. Impuestos como *el de la renta* convendrá establecer con *tasas iniciales mínimas* a fin de habituar al contribuyente para su pago y al Estado para su percepción. Esos impuestos de tasas actuales mínimas constituirán la reserva tributaria para el porvenir o casos de emergencia.

La reforma aduanera será establecida favoreciendo la exportación y reduciendo la importación—en vista del mejoramiento del Balance de Pagos por su efecto sobre el valor de la moneda—pero considerando detenidamente la necesidad de materias primas o maquinarias indispensables a la industria nacional, y cuidando de las *represalias aduaneras* de aquellos países consumidores de los productos nuestros.

Cuarta.—A medida que el producto de las nuevas leyes tributarias fuera eliminando la renta salitrera de los gastos fiscales ordinarios, el exceso de esta renta sería destinado a la reducción de la deuda pública, para disminuir de los gastos fiscales ordinarios la parte destinada a su servicio, y afianzar además nuestro crédito externo. Si la reducción de la deuda apareciese innecesaria, las entradas en exceso serían invertidas en obras públicas de carácter reproductivo, especialmente en ferrocarriles, puertos, y toda clase de obras de transporte. Al mismo tiempo nuestros fondos de conversión serían aumentados hasta llegar a una suma que, sin peligro, permita convertir nuestra moneda dejando una reserva de emergencia que nos evite el fracaso de la conversión metálica de 1895.

*
* *

Si este plan financiero se efectúase, y si la estabilidad de la Hacienda Pública pudiera por fin realizarse, su primera consecuencia sería el *evitar las emisiones de papel moneda*, ya sea en papel fiduciario efectivo o en la forma disimulada de Vales del Tesoro. La sola mantención de la cifra actual de papel moneda (320 millones) valorizaría nuestra moneda al cabo de pocos años. Pero si llegara a obtenerse superávits fiscales, pequeñas cuotas de emisión podrían retirarse de la circulación. Conviene advertir que, en tal caso, el rescate del papel se efectuaría al cambio del día, con positiva ventaja para el Estado. En seguida, cuando la cifra restante del papel moneda, llegara al límite inferior compatible con las necesidades de la circulación, podría absorberse en forma definitiva la conversión metálica—ya sea bajo el sistema del *Gold standard* o de Caja de Conversión y obtener así la fijación del valor de la moneda y la estabilización de los cambios internacionales, necesidad esta última que representa la aspiración de todas las actividades útiles del país. Porque sólo se interesan por mantener la fluctuación de la moneda los que nada trabajan y producen y sólo especulan con ella.

RAÚL SIMÓN.

LA RENUNCIA DEL MINISTERIO SANTA MARÍA

y la formación del Ministerio Recabarren en 1880

Junio 22 de 1880.

El día 4 del presente, hablando con don A. Matte sobre diversos asuntos me dijo que debiendo ocuparnos de designar la persona que debía reemplazar al señor Sotomayor en el Ministerio de la Guerra, creía oportuno decirme que debíamos pensar en la persona que debía reemplazarlo a él en el Ministerio de Hacienda.

Le contesté—¿Ha pensado Ud. bien en lo que acaba de decirme?— Su retiro del Ministerio sería la desorganización completa del Gabinete, lo cual en las circunstancias porque atravesamos traería muy serias consecuencias, que me encontraría con grandes dificultades para organizar otro Gabinete, ya por la guerra en que nos hallamos comprometidos, ya por la situación política; que un cambio de Gabinete nos expondría a perder los resultados que debíamos esperar de nuestras últimas victorias, que en el Perú vivían en la creencia de que estábamos anarquizados, de que en el momento menos pensado se produciría entre nosotros una conflagración general y que esta idea los alentaba para no hacer la paz.

Me costaría desde luego mucho para organizar un nuevo Ministerio, el nuevo Gabinete sea cual fuere sería, como sucede siempre, recibido en la punta de las lanzas por todos los círculos que no ven completamente satisfechas sus aspiraciones, la prensa lo atacaría y daría lugar a interpelaciones en el Congreso. Todo iría abultado al Perú y los afirmaría en la idea de que estamos anarquizados.

Las razones que me dió para su retiro fueron las siguientes: su salud, que en realidad está mala. Me dijo que se sentía cada día peor, que el Ministerio era muy laborioso y que el mucho trabajo lo empeoraba, que el médico le había dicho que para curarse lo primero que debía procurarse era el descanso. Me dijo también que creía que el Gabinete no podría durar mucho tiempo, que aun dado el caso que convinieran en la persona que debía reemplazar a Sotomayor, estaba seguro que el Gabinete se desorganizaría en poco tiempo; que las relaciones entre Santa María y Gandarillas eran muy malas, no podían vivir juntos por mucho tiempo; finalmente que sabía de una manera positiva que Santa María se proponía provocar una crisis con motivo del proyecto de ley de recursos, sosteniendo que sólo debía emitirse papel y no acudir al empréstito. A estas consideraciones agregó que sus relaciones con uno de los Bancos le hacían difícil su permanencia en el Ministerio, que a cada momento se suscitaban cuestiones que él no podía resolver porque afectaban los intereses del Banco en que tenía parte. Se refirió con este motivo a un arreglo de los bonos que se emitieron hace dos años por valor de cinco millones de pesos al 9%, que esos bonos debían renovarse ahora y que los Bancos estaban dispuestos a bajar el interés al 8%, pero que él no podía hacerlo porque el Banco de Matte tenía de estos bonos.

Contesté sus observaciones diciéndole que, si era cierto que las relaciones entre Santa María y Gandarillas no eran muy cordiales, así habían vivido de tiempo atrás, que bien podían seguir algún tiempo más, que esto se conseguía con un poco de buena voluntad, que no creía lo que me decía que Santa María se proponía provocar una crisis con motivo del proyecto de ley de recursos y que, en todo caso, debiendo tratar pronto de este asunto se vería si era efectivo; que en cuanto al arreglo de los Bancos para renovar los vales, podía encargarse de esto Gandarillas.

Me pareció que Matte accedía a las observaciones que le hiciera y quedé tranquilo, creyendo que había abandonado su idea de retirarse.

Al día siguiente referí a Amunátegui la conversación que

había tenido con Matte, Amunátegui habló con este y me dijo que creía también que había desistido.

El 10 del presente estando reunidos en la sala de mi despacho los cuatro Ministros, les llamé la atención a la ley de recursos, respecto de la cual ya había hablado con Matte y nos habíamos puesto de acuerdo. Matte manifestó que su propósito era pedir seis millones, de los cuales tres en papel y tres en empréstito. Santa María dijo que el asunto era muy grave, que había partidarios del papel moneda y partidarios del empréstito, que él consideraba el papel una plaga, pero que en atención a las disposiciones que habían en el Congreso, especialmente en la Cámara de Diputados, opinaba que la idea de Matte era la más acertada. Como estas discusiones en el Consejo de Ministros son siempre muy cortadas, interrumpiéndose a menudo unos a los otros, dijo Matte que le fastidiaba su puesto en el Ministerio porque daba lugar a que las gentes mal intencionadas atribuyesen a algunas de sus medidas el propósito de favorecer a los Bancos. Yo le contesté, diciéndole que esto no debía afectarle, que no creía que hubiera personas de mediana respetabilidad que se atreviesen a decir esto, que si había bribones que lo decían, él estaba muy arriba para que pudiera afectarle por lo que decían, que tanto su fortuna como su carácter, conocidos de todo el mundo, lo ponían sobre este género de sospechas. Santa María interrumpió diciendo «tiene razón Augusto, no faltan personas que se expresan así, yo he tenido ocasión de reprocharles estos cargos tan infundados.» Después de esto, siguiendo el curso de la discusión, dijo Santa María, hablando de que unos se interesaban por la emisión de papel y otros por el empréstito, que los deudores estaban en general por la emisión de papel y los Bancos por el empréstito, porque tenían una fuerte reserva y que no sabían que hacer con ella.

Después de tratar el proyecto sobre recursos, Matte nos dijo que debíamos ocuparnos de reemplazar a Sotomayor y al mismo tiempo en el que debía reemplazarlo a él. Me sorprendió esta salida de Matte y le repetí, poco más o menos, las mismas observaciones que le había hecho algunos días antes.

Santa María dijo también que él deseaba retirarse, pero repitiendo yo mis observaciones, el mal grave que la desorganización del Gabinete podía ocasionar al país, parecieron convenir y se retiraron.

Al día siguiente vino Amunátegui a mi despacho a eso de las doce y me dijo que Matte no había venido al Ministerio y que temía que persistiese en retirarse, que el día anterior se habían ido junto con el mismo Matte y con Gandarillas y que el primero se había despedido muy quejoso de Santa María, por lo que había dicho el día anterior conviniendo en que había personas que ponían en duda la honorabilidad de Matte y al mismo tiempo diciendo que los Bancos estaban interesados en el empréstito, que Matte creía que había habido de parte de Santa María el propósito de ofenderlo, y que se había manifestado decidido a retirarse.

Le pedí fuese a casa de Matte para hacerlo desistir. Pocos momentos después llegó Gandarillas y se fueron juntos. Volvieron a eso de las cuatro de la tarde y me dijeron que persistía en retirarse. Según me dijo Amunátegui, Gandarillas, en vez de estimularlo a que se quedase, lo apoyaba en sus ideas de retirarse.

En la noche estuve en casa de Matte. Le hice presente las dificultades en que me ponía y las consecuencias que para el país tendría la desorganización del Gabinete. Matte insistió fundándose en su salud, en las maneras como se había expresado Santa María el día anterior y en el propósito que suponía a este de provocar un cambio de Gabinete. Le dije que sólo aceptaba su excusa por el motivo de su salud, que, a este respecto, el único juez era él mismo, que no me imaginaba que hubiera habido de parte de Santa María el propósito de ofenderlo, pues siempre lo había tratado Santa María con mucha consideración, que si fuera efectivo que Santa María quería provocar una crisis, debía esperar que lo hiciera.

Al día siguiente estando reunidos los otros tres Ministros les dije cuál era la resolución de Matte y que por mi parte tendría en mucho en que ellos permanecieran y convinieran en las personas que debían reemplazar a Sotomayor y Matte.

Gandarillas dijo que eso era imposible, que retirándose Matte se retiraría él también. Amunátegui dijo que él seguiría a sus compañeros y Santa María dijo lo mismo.

Indiqué a Santa María y Amunátegui que siguieran ellos y sirvieran de base al nuevo Gabinete. Dijieron que eso era imposible.

Entramos a hablar de la organización del nuevo Gabinete. Me indicaron a varias personas, a Recabarren, Marcial Martínez, Jorge Huneeus, Alfonso, Barceló, etc.

En ese mismo día llamé a don Santos Lira y le pedí pusiera un telegrama a don Manuel Recabárren, que se hallaba en su fundo, llamándolo a Santiago. Al día siguiente vino este a verme y le pedí se encargase de la organización del Gabinete. Me indicó desde luego a don José Alfonso, a don Marcial Martínez, o a don Eusebio Lillo; el primero para la Justicia, al segundo para Relaciones Exteriores y el tercero para la Guerra. Yo le indiqué a Huneeus para la Hacienda y convino. Quedó él de hablar con Alfonso, Martínez y Huneeus. En la noche estuvo a verme y me dijo que Alfonso convenía pero que Martínez había quedado de contestar al día siguiente. Me pidió hablase con Huneeus.

Al día siguiente llamé a Huneeus. Le propuse el Ministerio de Hacienda pero se excusó por sus relaciones de parentesco con Puelma. Creía que esta circunstancia podía causarle desagrado porque Puelma estaba muy interesado en la cuestión de salitres, en un sentido contrario al que el Gobierno se vería en el caso de adoptar. Le dije que era probable que Martínez no aceptaría el Ministerio de Relaciones Exteriores, y que en ese caso podía él entrar a ese Ministerio. Me dijo que antes de comprometerse quería hablar con don A. Varas.

Poco después llegó Recabárren y me dijo que había recibido una carta de Martínez diciéndole que no le era posible aceptar por los perjuicios que sufrirían sus intereses con la suspensión de su bufete.

Cuando volvió Huneeus, entramos a hablar con él sobre la organización del Ministerio y convinimos en la combinación siguiente: Recabarren para el Ministerio del Interior, Huneeus para Relaciones Exteriores, Barceló para Justicia, Alfonso pa-

ra Hacienda y Lillo para la Guerra. Llamamos a Barceló quien, después de algunas resistencias, convino.

Huneus dijo que no se consideraba todavía comprometido y que deseaba antes hablar con don A. Varas. Parece que no sólo habló con Varas sino también con Covarrubias y que este encontró que el Ministerio estaba muy teñido de radicalismo.

Cuando volvió Huneus, llegó ya algo desanimado e hizo objeciones a Lillo. Convinimos entonces en la combinación siguiente: Recabarren, Huneus, Dávila Larraín o Manuel Amunátegui para la Hacienda y Alfonso para la Guerra.

Respecto de Dávila Larraín hice presente que el servicio que prestaba en Valparaíso era de suma importancia y que sería difícil reemplazarlo.

Llamamos a Miguel Amunátegui para que consiguiese de Manuel que aceptase. Miguel Amunátegui dijo que le parecía imposible.

Nos separamos para reunirnos en la noche. En la noche, Augusto Matte nos dijo que Manuel Amunátegui aceptaría si sus hermanos Miguel y Gregorio convinieran. Llamamos otra vez a Miguel y después a Manuel, pero no fué posible conseguir de este que aceptase.

En la tarde habíamos hablado también de Eduardo Matte, pero su hermano Augusto nos había dicho que no aceptaría. Lo llamamos en la noche y contestó en el mismo sentido.

Alguien indicó a don Baltazar Sánchez, aunque todos convinieron en que no aceptaría. Creímos, sin embargo, conveniente dirijirnos a Santa María para que consiguiera de Sánchez aceptara el Ministerio de Hacienda.

En fin en esa noche nos separamos a la 1 A. M. sin haber conseguido organizar aún el nuevo Gabinete.

En la mañana del día siguiente, habló Recabarren con Santa María y este quedó de hablar con Sánchez. Pocas horas después le escribió diciéndole que Sánchez se excusaba.

Llamé entonces a don Mariano Sánchez para que consiguiese de su hermano la aceptación del Ministerio de Hacienda. Don Mariano me dijo que lo creería imposible pero sin embargo fué a verlo y volvió diciéndome que persistía en su propósito.

Huneeus se consideró desde entónces completamente desligado y dijo que Barceló se había retirado en la noche anterior con la misma disposición.

Convinimos entónces con Recabárren y Alfonso en la combinación siguiente: Recabárren, García de la Huerta, Valderrama (don Melquíades) Alfonso y Lillo. Alfonso quedó de hablar con Valderrama y yo con García de la Huerta y reunirnos en la noche.

García de la Huerta, a quien llamé después de comer, vino y costó gran trabajo que aceptase, pero por nada quiso aceptar el Ministerio de Relaciones Exteriores. Convinimos en que si Valderrama, que había quedado en aceptar el de Justicia, Culto e Instrucción Pública convenía en tomar Relaciones Exteriores, el se encargaría de Justicia, etc.

Valderrama convino y el Gabinete quedó organizado al fin en la forma siguiente:

Interior, don M. Recabárren.—Relaciones Exteriores, don M. Valderrama.—Justicia, etc.—don M. García de la Huerta.—Hacienda, don J. Alfonso.—Guerra, don E. Lillo.

Era muy difícil la organización de este Gabinete por las circunstancias porque atraviesa el país.

Era necesario fijarse en personas de cierta respetabilidad y antecedentes que dieran garantías de acierto en la dirección de la guerra.

Era al mismo tiempo necesario constituirlo de tal manera que los círculos políticos no vieran en él un propósito determinado de favorecer algunas de las candidaturas que se designan ya para la próxima presidencia.

Constituirlo al mismo tiempo de modo que consiguiera la buena voluntad de la mayoría de la Cámara de Diputados, punto difícil por cuanto esa mayoría se encuentra fraccionada en varios círculos.

ANÍBAL PINTO.

EL GENERAL MELGAREJO JUZGADO POR UN HISTORIADOR CHILENO

I

En Chile los estudios históricos han tenido siempre, inclusive el ciclo caótico del coloniaje, múltiples y prestantísimos cultivadores. Puede afirmarse, con efecto, sin miedo de inferir un agravio a la verdad, que en ninguno de los países hispano-americanos la ciencia de Clío ha culminado con más nítida y esplendorosa irradiación.

Es circunstancia harto interesante para el que trata de investigar los rasgos sociales de nuestro pueblo—ha dicho el publicista santiaguino don Jorge Huneeus Gana— la de encontrar en Chile, desde el momento mismo de su constitución independiente, un afán extraordinario y un tesón inapreciable en el estudio paciente y escrupuloso. Cada época, cada Gobierno, cada revolución, cada caudillo—agrega—han hallado entre nosotros su historiador particular.

Nada más exacto. Chile ha sido, desde los albores de su vida autonómica, la tierra clásica de los narradores imparciales, laboriosos y severos, aunque no siempre adornados, en lo que al estilo se refiere, de aquellas cualidades artísticas que avaloran por modo sorprendente las obras de un Hipólito Taine, de un Ernesto Renán, de un Pierre la Gorce, de un Euclides Da Cunha o de un Guillermo Ferrero, por ejemplo.

Pero si no se singularizan por la magnificencia de la dicción, los historiadores chilenos ostentan en cambio condiciones de mayor atisbo y solidez: la agudeza del análisis, el acopio de datos y la abundante y minuciosa documentación. Diego Barros Arana, José Victorino Lastarria, Miguel Luis Amunátegui, Benjamín Vicuña Mackenna, Crescente e Isidoro Errázuriz,

José Toribio Medina, Carlos Walker Martínez, Gonzalo Bulnes, Luis Barros Borgoño, y muchas otras personalidades cuyo recuento se haría interminable, son los más hábiles y certeros vivisectores del alma del pasado en la República austral.

Se destaca, sin embargo, por sobre todos ellos, en lo que atañe a la pureza del lenguaje, al aderezo de la frase, al atavío retórico y a la fluidez y elegancia de la forma, don Ramón Sotomayor Valdés, que es un ruiñeñor de la Historia, a la manera de Michelet o Albert Vandal.

Sus ensayos en el género no son, por desgracia, numerosos. Pero en esas páginas magistrales, de relieve impecable, como grabadas en mármol, se descubren sin esfuerzo la huella de la zarpa de un letrado y el aliento vigoroso de un auténtico y brillantísimo escritor.

Me acompaña en este concepto la palabra autorizada de un distinguido boliviano—el doctor Alberto Gutiérrez—quien en su libro «El Melgarejismo antes y después de Melgarejo» asienta lo siguiente:

«..... Preferimos valernos en este caso especial de las observaciones de un extranjero benemérito, que ha estudiado los hechos de nuestra historia con profundo espíritu de observación, con un interés simpático por nuestro país y con un caudal de datos que ilustra y fortalece sus apreciaciones. Aludimos al literato chileno don Ramón Sotomayor Valdés, que ha producido obras de análisis de nuestra historia nacional, tan imparciales en su espíritu como fuertemente documentadas en su esencia, sin hacer mérito del bello lenguaje literario con que se encuentran exornadas».

El año 1867 vino a La Paz don Ramón Sotomayor Valdés, investido con el carácter de Encargado de Negocios de la República de Chile. En aquel tiempo ofrecía graves dificultades el desempeño de una misión diplomática cualquiera, porque ocupaba el solio Presidencial de Bolivia, Mariano Melgarejo, déspota ignaro, atrabiliario y dipsómano, inepto, por ende para rejir los destinos de un pueblo libre, inteligente y culto.

A Sotomayor Valdés no se le escondían los tropiezos que a cada paso habían de surgir en su camino. Con varonil franqueza lo manifestó así a la Cancillería de Santiago, cuando el

Jefe de ésta puso en sus manos el pliego de instrucciones que debían servirle de derrotero en tan ardua gestión.

Contribuía, por otra parte, a tornar incómoda la posición del señor Sotomayor Valdés, el apoyo moral que el Gobierno de la Moneda prestaba indirectamente al tiranuelo de Tarata, execrado por la opinión nacional. Padecen un craso error quienes afirman que Bolivia tendió sumisamente el cuello al yugo afrentoso del neurópata del alti-plano. De ninguna manera. El sexenio fué un duelo a muerte entre las milicias pretorianas y los elementos más respetables del país, que defendían en el paroxismo de la desesperación sus más legítimos y sacrosantos derechos. El sable de Melgarejo tuvo que abatir muchas cabezas altivas, erguidas en un noble gesto de protesta, ante las imposiciones de la arbitrariedad.

¶ Acerca de las cordiales relaciones chileno-bolivianas en 1867, Sotomayor Valdés ha declarado con honradez que lo enaltece, lo siguiente:

«Dos hechos culminantes, aunque de importancia cuestionable, habían inclinado la opinión pública y al Gobierno de Chile, a aceptar, sin discusión y sin reserva, la Administración despótica de Melgarejo. Estos dos hechos eran el pacto de alianza ofensiva y defensiva contra España—Marzo de 1866—y el tratado de límites, de Agosto del mismo año. De esta manera el Gobierno más impopular y aborrecido que jamás tuvo Bolivia, apareció ligado a Chile en la causa que más fuertemente había excitado nuestro amor propio nacional: la guerra con España.

Surgió de aquí un lenguaje oficial que no omitió ni el entusiasmo del lirismo, ni la ternura del idilio, para entonar las alabanzas del aliado de allende el Desierto. Cundió el elogio hasta hacerse epidémico. Toda exageración pareció lícita. La fatuidad y la especulación fraguaron héroes de honra y provecho. La prensa libre e ilustrada de Chile cedió flaca al torrente, haciéndose el eco de las apologías interesadas y embusteras de un Gobierno de orgía, desoyendo los clamores de un pueblo víctima. En efecto, mientras creíamos adquirir un aliado útil en el Gobierno de Bolivia, nos echábamos encima el odio de todo el pueblo boliviano que, al menos con apariencia de

razón, nos creía cómplice de su infortunio, al vernos prodigar nuestros aplausos al Gobierno de Diciembre... »

Como lo he expuesto al principio, serios temores embargaban el ánimo de Sotomayor Valdés, respecto del éxito de sus tareas oficiales. Desconocía casi por entero las modalidades del alma boliviana, no menos que las condiciones físicas y geográficas de la República. Otro tanto acontecía en lo que dice relación con la política vernácula. «Mis noticias sobre el particular—confiesa—eran muy vagas y deficientes.» El mismo paisaje, original y magestuoso, pero adusto y bravío, se le antojaba un cuadro poco propicio a las elaciones espirituales. He aquí en que forma nos relata su llegada a la capital, base y reducto de la dictadura de Melgarejo.

«... Al través de un camino en el que no se contempla más que una naturaleza esqueletada y zañuda y de la cual podría cada viajero creerse el primer explorador, según es la falta de todo rastro de cultivo y de industria, llegamos al fin a esa ciudad semi-enterrada que se llama La Paz. Su población, de ochenta mil habitantes, es la más densa de Bolivia. Por su proximidad al puerto de Arica y a la frontera peruana y por los frutos tropicales que extrae de sus famosos Yungas, la ciudad presenta cierto movimiento mercantil y es, sin duda, la menos pobre del país. Los documentos públicos y el vulgo la apellidan *La Opulenta*. Pues en esa ciudad rica, bien poblada, bulliciosa, altiva, encontramos un profundo silencio. Por la primera vez contemplamos una sociedad entera que anda en puntillas y habla en secreto. Allí estaba el Gobierno con su *grande e invencible ejército de Diciembre*. El tambor y el clarín y los ejercicios militares habían convertido la ciudad en un campamento. La vida civil parecía un contrabando. La vida política era apenas un cuchicheo.»

En Septiembre de 1867 tomó posesión de su importante cargo don Ramón Sotomayor Valdés, acreditado ante el Gobierno de un sargentón oscuro, dos años antes adueñado del Poder mediante un golpe de felonía y de traición contra su jefe y amigo el general José María de Achá.

A pesar de las desfavorables circunstancias a que me he referido, el diplomático del Mapocho, gracias a su talento pre-

claro, a la ductilidad de su carácter, a sus brillantes dotes literarias y a sus singulares cualidades de hombre culto, atrayente y simpático, logró en un corto espacio de tiempo ganarse la estimación y el aprecio general. Todavía se le recuerda en esta ciudad con admiración y con respeto.

Tan pronto como entró en ejercicio de sus altas funciones, Sotomayor Valdés se dió a la faena con decisión y probidad. Colocado en su puesto de observador atento, dió comienzo a una serie de informaciones a la Cancillería de su país, informaciones que, unidas a los apuntes íntimos que escrupulosamente consignó en un *diario*, desde fines de 1868 hasta principios de 1871, le sirvieron más tarde para elaborar una de sus más emocionantes obras históricas—*La Legación de Chile en Bolivia*—obra que se lee con más apasionado interés que una novela.

Las páginas de ese libro, del cual voy a ocuparme en seguida, son el proceso de lo que aquí se ha llamado *El Melgarejismo*, trágico en ocasiones y a ratos pintoresco.

II

El libro de Sotomayor Valdés a que me he referido anteriormente, abarca el período más luctuoso en la historia de Bolivia: el sexenio de Melgarejo, desde el 28 de Diciembre de 1864, hasta el 15 de Enero de 1871, fechas que encierran, como en un negro paréntesis, el encumbramiento escandaloso y la ruidosa caída del tirano.

La pluma de Sotomayor Valdés tiene una fuerza evocadora extraordinaria. El egregio escritor da tal relieve a la exposición de los acontecimientos, esculpe con mano tan experta y firme las figuras de los personajes que actuaron en la tragedia melgarejiana, reconstruye con tanta maestría el medio ambiente y la fisonomía de la época, que a veces me trae a la memoria al ilustre historiador brasileiro Enclides Da Cunha en su obra capital *Os Sertoes*, narración maravillosa, por la exactitud y el colorido, de ese drama apavorante que se llamó la guerra de Canudos.

En el primer capítulo del libro que me propongo analizar, Sotomayor Valdés hace una síntesis de las corrientes políticas del momento, hondamente divididas con motivo de la elección Presidencial que se avecinaba. Estudia las condiciones de los candidatos en pugna—Sebastián Agreda y Adolfo Ballivián—y emite un juicio imparcial y sereno acerca del Gobierno del General Achá, Jefe Supremo del Estado. Nos ofrece, además, un somero pero elocuente relato del golpe cuartelario del 28 de Diciembre, gracias al cual el ambicioso soldado rompió con la punta de su tosco chafarote la Carta Fundamental de la República.

No resisto a la tentación de transcribir enseguida el retrato físico y moral que del caudillo revolucionario hace el autor:

«La historia de este hombre es un tejido de aventuras y de insubordinaciones de cuartel que le dan la fisonomía más característica y excepcional en el mismo ejército de Bolivia. Es soldado a los veinte años. Apenas es sargento y ya subleva en Oruro un batallón. En 1857 acepta, siendo coronel, la revolución del doctor Linares y se pone al servicio de su Gobierno. Pero en Marzo de 1859 le traiciona, procurando asaltar la guarnición de Cochabamba. Condenado a la pena de presidio por un Consejo de Guerra, obtiene su indulto por la mediación humanitaria de la alta sociedad de aquella población. En 1861 se adhiere al golpe de Estado que derrocó la Administración Linares y continúa sirviendo al Gobierno del General Achá, a quien también traiciona el 28 de Diciembre de 1864.

Melgarejo es una figura que, sin irradiar la luz de una alta inteligencia, ni el prestigio de una gloria militar adquirida en las nobles batallas, ni la grandeza de alma que va unida al sentimiento de la justicia y a la posesión de las virtudes domésticas y cívicas, aparece, no obstante, colosal en el cuadro en que se le contempla. Todo se vé oscuro y pequeño en torno de ella, porque los hombres que la rodean, semejan los esclavos y bajos cortesanos que parecen estar allí solamente para hacer resaltar la grandeza del amo y señor.

Melgarejo es de alta y bien conformada estatura. Su cara apenas ovalada y con pómulos en extremo salientes, presenta por sus rasgos principales, los caracteres de la raza mestiza o

chola de Bolivia. El color es pálido ceniciento, como suele imprimirlo una naturaleza biliosa y violenta. La boca grande y con labios propeusos a contraerse. La nariz corta y fácil para dilatarse. Sus ojos grandes se deslucen un tanto por su órbita aplastada y su color indeciso, hallándose además cubiertos por unos párpados superiores rugosos y amortiguados. La frente pequeña parece huir de su base, para estrecharse hacia arriba y dar a la parte anterior de la cabeza una forma casi triangular. Al ver aquella cabeza diminuta y puntiaguda, diríase que no ha sido hecha para pensar. Esta cara está rodeada de una barba oscura y ligeramente cana, que descende abundante sobre el pecho, dando un aire más varonil y sombrío a toda la fisonomía. Notaremos todavía que sus cabellos son escasos y dejan ya asomar una calvicie que, en pocos años más, será completa. Según estas apariencias, la edad de Melgarejo es de cincuenta años próximamente».

Emerge de las páginas del libro de Sotomayor Valdés un acre olor a crimen, a insanía y a barbarie. Y a través de ellas desfilan, como en macabra teoría, las sombras ensangrentadas de Moscoso, Vila, Bascuñán y cien más, víctima de la furia homicida de Melgarejo, sacrificados los unos por la propia mano del monstruo, hechos fusilar los otros sin fórmula de juicio y con mórbidos refinamientos de inaudita y estúpida crueldad.

Sotomayor Valdés nos cita ejemplos de tan feroz encarnizamiento, que los pelos se ponen de punta, un puño de hierro nos aprieta la garganta y sentimos a lo largo de la piel un temblor de terror. Oigámoslo:

«..... Al final de la batalla de La Cantería y cuando vió asegurada la victoria, Melgarejo se lanzó al campo a caballo y pistola en mano, como el genio de la venganza. Al subir al cerro, vé a la distancia al simpático Cortés Caballero que, mal herido, vá huyendo a rienda suelta. No bien le reconoce, manda que los rifleros le den caza, hasta derribarle muerto. Avanza mas... y recorriendo los diversos grupos de prisioneros, comenzó a reconocerlos para elegir sus víctimas. Descubre al joven Emilio Meyano que se halla gravemente herido, y sin embargo lo ultima. Más allá encuentra a D. Mariano Vila y lo hace fusilar. Divisa luego al poeta cochabambino Nestor Galin-

do y se precipita sobre él, diciéndole: «Híncate, bandido» Galindo le contesta: «No soy bandido, mi General». Pero se pone de rodillas para recibir religiosamente la muerte, pronunciando el nombre de Dios y el de su madre».

Caracteres no menos odiosos revistió, a mi modo de ver, la ejecución arbitraria de Ladislao Santos. Reducido a prisión, sin más causa justificativa que el hecho de reunirse en su casa algunas personas consideradas como desafectas al Gobierno, ese modesto y honrado ciudadano fué cobardemente fusilado en La Paz, el 8 de Diciembre de 1865, por orden de Melgarejo. El matador fué Leonardo Antezana. Así describe Sotomayor Valdés aquel bárbaro suplicio, que conmovió profundamente todas las clases de la sociedad:

«A las 4 de la madrugada salía Antezana de su casa y se dirigía resueltamente al cuartel donde estaba guardado el desventurado Santos. Hizo abrir el calabozo de éste y le notificó personalmente que lo iba a fusilar. El presunto reo se estremeció y quedó helado. Hacía muy pocas horas que había llegado al cuartel y esperaba ver arribar al fiscal y no al verdugo. El comandante de armas marchó con el preso y un piquete de tropa a la plaza principal, hasta hacer alto sobre el frente del Palacio del Congreso, a ochenta pasos de la morada del Presidente Melgarejo.

Vanas fueron las protestas y súplicas de la víctima. »Declaro por última vez, General, que soy inocente y en todo caso reclamo las garantías de la Constitución», dijo Santos, sentado ya en el banquillo. «Las garantías de la Constitución—replicó Antezana—no se han hecho para los pícaros como usted». Y mandó a los soldados preparar las armas, Santos se aferró todavía a un sacerdote que le acompañaba. Antezana, impaciente por matar, dió la voz de ¡apunten! El sacerdote corría inminente peligro y necesitó hacer un supremo esfuerzo para desasarse de la víctima, que aturdida, desatentada, creía que un Ministro de Cristo podía servirle de escudo y prolongarle la vida por algunos instantes. Apenas consiguió desligarse el sacerdote, cuando una descarga atravesó el pecho y rompió el cráneo del desgraciado Santos».

Hasta el momento de la ejecución—cuentan las crónicas—vióse en Palacio la figura siniestra de un hombre que se paseaba nervioso por el salón que está más próximo a la plaza. De cuando en cuando se acercaba cautelosamente a las vidrieras. Era Melgarejo que a esa distancia deseaba ser testigo del cumplimiento fiel de sus mandatos.

III

Las afirmaciones de índole histórica de Sotomayor Valdés, descansan por regla general sobre una sólida base de abundante y auténtica documentación. En ciertas ocasiones, como sucede en el caso de la muerte de Oliden, el autor de *La Legación de Chile en Bolivia* recoge en el teatro mismo de los acontecimientos la impresión palpitante, a guisa de testigo presencial, por donde su palabra tiene para los lectores incontestable autoridad.

Cecilio Oliden era un pobre loco, reconocido como tal por todos los habitantes de La Paz. Hombrecillo desmedrado y canijo, de cuerpo enteco y espíritu entenebrecido por las neblinas de la insanía, el infeliz inspiraba compasión a cuantos le veían transitar por las calles de la capital.

Un Domingo por la mañana, el Presidente se dirigió al templo de San Francisco, acompañado, como de costumbre, por sus Ministros, varios edecanes y un batallón de infantería. Oliden, al pasar la comitiva, arrojó dos piedras al coche en que iba el vistoso cortejo, una de las cuales rozó ligeramente el brazo derecho del tirano.

La ansiedad y el pánico embargaron el ánimo de los circunstantes. Dijérase que la multitud, sacudida por una racha de angustia, presentía la proximidad de la tragedia. Los detalles de aquella escena insólita, relatados por el historiador chileno ponen tensos los nervios y nos arrancan un grito de protesta. Habla Sotomayor Valdés:

«...Una parte de la tropa, sin saber bien lo que pasaba, se descompuso hasta perder el orden de formación. Algunos de los soldados que rodeaban inmediatamente a Melgarejo, al verle irritado y con aquel gesto que pide venganza y sangre, se

precipitaron, como sabuesos, sobre el demente, que ni siquiera pensaba en huir. Y cogiéndole bruscamente de ambos brazos, le llevaron a la muralla frontera de la iglesia. El loco gritaba entre tanto: «¡Viva Dios y viva yo!». Entonces los sicarios miraron otra vez al rostro airado de Melgarejo y oyeron de sus propios labios la voz de: «¡Fusílenlo!». Todos los altos empleados del Gobierno permanecieron mudos ante aquella orden atroz, que entregaba a un desgraciado demente a la ferocidad de verdugos prontos siempre a la carnicería. Y ésto sobre las mismas puertas del templo de Dios, donde un sacerdote esperaba a los sacrificadores para celebrar el holocausto del altar. Apesar de la abundancia de gente armada, no se encontraron sino unas pocas cápsulas de rifle, las que fueron disparadas a quema-ropa sobre la víctima. Como no muriese inmediatamente y fuese necesario despacharla pronto, los verdugos desenvainaron sus sables y menudearon hachazos sobre la cabeza del loco, hasta dejarlo despedazado y exánime. Concluído el espectáculo, el Presidente y su largo cortejo penetraron en la iglesia y oyeron la misa...».

Al lado del incidente espeluznante, la nota reidera, como en los dramas de Shakespeare. Muy cerca de Melpómene, Arlequín. Melgarejo pasaba de lo trágico a lo cómico, con asombrosa facilidad.

En la tarde del Viernes Santo de 1866 mata de un pistolazo a uno de sus mejores ayudantes, el capitán Pablo Sotomayor, joven de arrogante figura, modales cultos y antecedentes insospechables. Melgarejo, ébrio, quería predicar al pueblo desde los balcones de Palacio, en el momento en que la clásica procesión invadía la plaza. Sotomayor, de la manera más comedida y respetuosa, pretendió evitar, con sensatos razonamientos, que el jefe supremo del Estado se pusiese en ridículo. Tal fué el motivo de ese crimen espantoso.

Pues bien: en la noche de aquel mismo día, borracho hasta el tope, Melgarejo sale de mascarada por las calles haciendo piruetas funanbulescas y agarrotando a los transeuntes.

Y esto acontecía con frecuencia. Parece que aquellos eran los deportes habituales del mandatario, según se desprende de

las siguientes frases de Sotomayor Valdés, en la página 63 de su interesante libro:

«... Y cuando el delirio llega al desborde, cuando las escenas de Palacio están agotadas, aquel hombre se lanza a la calle, acompañado, rodeado de algunos rifleros que van con sus armas cargadas y le siguen y obedecen como alanos. Todo el que alcanza a distinguir esta singular patrulla, huye despavorido. Pero, gracias a las sombras de la noche, sucede a veces que algunos incautos o de poca vista, caen en las manos de las patrullas. Melgarejo se da entonces el gusto de afirmarles unas cuantas trompadas—sean quienes sean—y en ocasiones se divierte con amenazarles de muerte, dando orden a sus rifleros para que hagan fuego. Una vez cansado de esa distracción, el patrullador nocturno desaparece... y vá a dormir».

Hay en la vida novelesca de Melgarejo un episodio transcendental, que ha sido y sigue siendo tema de controversias entre los historiadores: aludo al asesinato de Isidoro Belzu.

Para el príncipe D. Luis de Orleans y Braganza, en su bellísima obra *Sob O Cruzeiro do Sul*, escrita en 1907 cuando visitó a la República Argentina, el Uruguay, Chile y Bolivia, fué el propio Melgarejo quien asestó el pistoletazo decisivo al ídolo de las muchedumbres alto-peruanas. Dice el regio vian-dante:

«...Belzu acababa de derrotar completamente a Melgarejo, en los alrededores de La Paz. El Presidente, abandonado de casi todos sus partidarios, tenía por única escolta a cuatro coraceros. El general se disponía ya a alojarse una bala en la cabeza, cuando de súbito exclamó: ¡Nó, no me suicido! Y al frente de sus cuatro hombres marchó sobre la capital y penetró en ella sin que los puestos avanzados enemigos, asombrados por tamaña audacia, tentasen siquiera detenerlo. Llegado al palacio presidencial se hace anunciar, declarando su intención de entregar la espada. Es introducido. Belzu avanza a su encuentro. Entonces, sacando repentinamente un revolver, Melgarejo le hace saltar la tapa de los sesos, a quema-ropa. En la plaza, las tropas creyendo en una verdadera reconciliación, gritan: «¡Viva Belzu!». Pero Melgarejo, levantando el cadáver de su víctima, avanza hasta el balcón, exhibe a la multitud el fardo

repugnante y pregunta con voz estentórea: «¿Quién vive ahora, Belzu o Melgarejo?» «¡Melgarejo!», responde trémula la soldadesca. Y el inefable don D. Mariano continuó gobernando a Bolivia».

Sotomayor Valdés concuerda con las apreciaciones del nieto de D. Pedro II del Brasil. Dice el historiador santiaguino:

«...Melgarejo conocía la índole del populacho y sobre todo el espíritu de la soldadesca, siempre dispuesta a obedecer al más audaz y a aplaudir el buen éxito, sin calificar los medios ni la moralidad de los hechos. En consecuencia, tomó algunos de los soldados que le restaban y colocándose entre ellos, a guisa de prisionero, se introdujo por las calles de la ciudad en las que pululaban en confusión el pueblo y las fuerzas de los contendientes. Por medio de aquella multitud que vitoreaba a Belzu, Melgarejo tomó el camino del palacio del vencedor. El pueblo que momentos antes lo había estado combatiendo, le dejó pasar sin dificultad y acaso sintió simpatía por aquel general que llevaba la actitud de un prisionero. Melgarejo atravesó el patio del palacio, causando en todos una profunda sorpresa. Y cuando subía la escalera, un antiguo enemigo suyo, ayudante de Belzu a la sazón, quiso interceptarle el paso, amenazándole con un rifle. Melgarejo desvía con una mano el arma de su agresor y le lanza con la otra un tiro mortal de pistola. Deja tendido el cadáver y precipita sus pasos hacia el salón en que se encuentra Belzu. Este que ha sentido la detonación de un tiro de pistola, se alarma y se perturba. Al ver a Melgarejo pálido, con la mirada siniestra y chispeante, se paraliza y tiembla y apenas pronuncia balbuceante la palabra *garantías*, cae herido de muerte por una bala que le asesta Melgarejo, acompañada de un apóstrofe insultante. El victimador, erguido y satisfecho, se presenta entonces a la muchedumbre y exclama: «¡Belzu ha muerto! ¿Quién vive ahora?» Las turbas contestaron: «¡Viva Melgarejo!». El asesino había ejecutado su plan admirablemente. Una hora después era dueño de la ciudad».

Don Alberto Gutiérrez no comparte las opiniones del príncipe de Orleans ni las de Sotomayor Valdés, según las cuales Melgarejo fué el matador directo de Isidoro Belzu. Apoyado en el valioso testimonio del general Narciso Campero,

actor importante en aquella jornada memorable, expone el publicista boliviano:

«.....Se ha generalizado la versión de que fué Melgarejo en persona quien dió la muerte a Belzu. Aunque no existiera el testimonio muy digno de confianza, aunque no decisivo, del general Campero, esa suposición carecería de verosimilitud y de fundamento racional. Hemos observado ya en páginas anteriores que Melgarejo verificó la excursión desde la barricada hasta el palacio, armado de una pistola que se comprobó posteriormente que tenía el mecanismo descompuesto y que no daba fuego. Penetró al palacio armado ostensiblemente de su espada. Por mucha que fuera la sorpresa producida en ese recinto por la presencia de su persona corpulenta, barbuda y centellante de cólera y de fiera, es seguro que todas las miradas se concentraron en él y ni un solo movimiento de su brazo habría podido pasar desapercibido. Es, precisamente, esa atracción general hácia su propio individuo la que permitió la acción libre a sus compañeros y la serenidad de un rifle para apuntar a su víctima y para darle la muerte.

El espíritu romanesco del vulgo prefiere admitir la versión de que fué Melgarejo en persona el matador de Belzu, para poder exhibir en su abono un hecho más que permita agrandar su figura novelesca de valiente y de osado, convirtiéndole en un personaje legendario de Artagnan o de don Juan Tenorio. Pero la historia posée ya los medios de formar su criterio, rechazando para siempre la especie de que Melgarejo mató a Belzu por su propia mano. La pistola que llevaba en el bolsillo hemos visto ya que no había dado fuego y es evidente que no se sirvió de su espada para victimar a su rival, pues este cayó herido por un tiro de rifle en la mejilla.»

Sea de ello lo que fuere, el hecho indiscutible es que sobre el cadáver de Belzu—que era a la sazón un émulo temido y un formidable contrahombre—Melgarejo pudo levantar nuevamente el andamiaje de un régimen de oprobio, de desenfreno y de arbitrariedad.

RICARDO SÁNCHEZ RAMÍREZ.

(Concluirá).

NOTAS Y DOCUMENTOS

Enrique Bataille, algunos juicios sobre su obra.—El 3 de Marzo próximo pasado estaba Enrique Bataille corrigiendo las pruebas de su drama «La Possession», en su propiedad del Faro Viejo, cuando le sobrevino un ataque de angina. La bella y distinguida intérprete de algunas de sus últimas obras, Ivona de Bray, que se hallaba con él, lo atendió, llamó médico, pero todo fué en vano: el autor de tantas obras tan discutidas había muerto. La noticia llegó a París y consternó los círculos literarios y teatrales. Pocos días antes había publicado Bataille, en una de las grandes revistas parisienses, un artículo, que debía ser el primero de una serie, en el cual atacaba violentamente a la crítica que le había sido adversa, y se ufanaba de que le quedaban todavía unos quince años de vida para continuar trabajando y luchando.... El destino lo dispuso de otro modo, y Bataille murió, puede decirse, en plena lucha, pues aún duraban las polémicas motivadas por «La Chair Humaine», su última obra representada pocos días antes de su inesperada muerte. Con ésta, las polémicas se apaciguaron y pudieron escribirse sobre la obra de Bataille juicios que si no tienen todo aquel carácter de definitivos que, según se asegura, sólo da la posteridad, no carecen de interés y merecen ser, por lo menos algunos de ellos, conocidos, en razón de la significación que en la Francia literaria del día tienen quienes los emitieron. La posteridad, en que tanto confiaba Bataille, hablará a su tiempo.

A Roberto de Flers, autor dramático también y miembro de la Academia Francesa, pertenecen los siguientes juicios: «Su obra, variada, vehemente, apasionada, está toda dedicada al amor, o, más bien, al amor del amor. Ninguna de las piezas que la componen ha dejado de contribuir a hacer lucir esta verdad, a la cual los moralistas nunca habían logrado dar tal relieve; los hombres son movidos mucho menos por sus intereses que por sus pasiones. Este pensamiento, que podría servir de epígrafe a su teatro completo, fué demostrado por Bataille con la fuerza y la variedad de un talento tan rico que podía dar siempre, sin correr el riesgo de empobrecerse. Jamás se vió un conjunto de cualidades más brillantes, disciplinado

por una inteligencia más luminosa. En el arte de Bataille se juntan las influencias más opuestas, pero es para fundirse pronto en la gran llama de su propio genio. Cada uno de sus personajes es una realidad y un símbolo. Tienen, a la vez, una verdad interior y una verdad exterior, y de ahí que no estén totalmente libre de parentesco ibseniano. Pero, al mismo tiempo, tienen el privilegio de encontrar en sí mismos, sin que los sucesos valgan más que pretextos, una admirable capacidad de sufrir, por lo cual el propio Juan Racine los hubiese amado.... Por la mezcla incomparable de lucidez y de emoción, por el don de mezclar las ideas y los sentimientos, por la búsqueda constante de la verdad más escondida y más difícil, por el designio de no descuidar ninguna de las repercusiones del instinto en el espíritu y en el corazón, Bataille renovó, amplió, profundizó la sensibilidad del teatro francés. Por eso fué y continuará siendo uno de sus maestros».

Otro famoso autor dramático, Enrique Bernstein, que alguna vez fué considerado rival de Bataille, se expresó así: «En ese negro fondo de inquietud que la muerte nos revela, cuánta nobleza tiene la conducta de nuestro amigo: su dignidad, su amor al trabajo, su valer literario sin desfallecimientos, su gusto y su respeto por la obra del talento, su sumisión a la verdad entrevista y siempre perseguida, su apresuramiento y hasta su impaciencia, sí, hasta su rebelión contra los que le negaban su aprobación. Seguramente, ese poderoso cerebro no sufrió nunca la influencia de la vanidad ni del despecho. ¡No! Miraba a los críticos hostiles como sembradores de duda, y su actitud le causaba un dolor sincero. ¡Ay! El no tuvo tiempo para dudar, y replicar era para él encastillarse en su fe. Eso, de parte de un mediocre, nos habría parecido perfectamente ridículo, pero en el poeta del «Enchantement» y de la «Femme nue» esa constancia, esa pasión maternal, esa negativa a abdicar poseen, a mi juicio, alguna grandeza. Tiene la muerte, entre sus privilegios, el de llamar toda nuestra atención hacia el rostro que toma inmediatamente su significación perfecta. ¿Quién no advertirá, desde hoy, la belleza de esa existencia de escritor, libre de toda traba y sincera hasta el último aliento? ¿Qué cabeza no se inclinará ante el ejemplo de ese grande artista tan respetuoso de su ardiente vocación?»

Al día siguiente de la muerte de Bataille, Adolfo Brisson, el afamado crítico teatral, publicó un artículo en que confesaba que lo llenaba de una suerte de remordimiento la idea de que las opiniones dadas sobre su última obra «La carne humana», hubiesen podido herir peligrosamente la sensibilidad del impresionable artista, quebrantar su corazón fatigado y apresurar su fin; pero, agrega Brisson, la sinceridad se imponía tratándose

de un hombre que con razón se jactaba de haber sido siempre sincero; y poco después juzgaba el conjunto de la obra de Bataille en estos términos: «Forma un conjunto vasto y magnífico: No es un monumento de líneas regulares. La compararía más bien con un árbol extraordinariamente frondoso, aislado por su tamaño de los otros árboles del bosque, pero en estrecho contacto con ellos, y en cuyas ramas cantan millares de pájaros de todos colores y plumajes. Las raíces del árbol se alimentan con los jugos de la tierra ancestral en que penetran profundamente; el aire circula entre las ramas; la cima ondula, se estremece al viento, de donde quiera que venga, y se lanza hacia el cielo. Tal el genio de Bataille, nutrido él también con los jugos del viejo suelo de que salió, muy de su raza, muy francés, muy generoso, fraternalmente atento a la vida, vibrante a todos los soplos; pero independiente, emancipado, ávido de espacio. Ignoro la suerte que correrán las obras engendradas por su maravilloso poder creador; no sé si tendrán en lo porvenir espectadores o simplemente lectores. Sea de ello lo que fuere, ocuparán un sitio eminente en la historia de nuestra literatura teatral... Su influencia ha sido enorme... Al abrir caminos nuevos, fueron algo más que atrevidos, revolucionarios. Quebrantaron los cimientos de la vieja moral, hasta entonces respetada por los dramaturgos; reivindicaron los derechos soberanos, ilimitados, del amor. Si Bataille no hubiese muerto, ¿no habría cambiado? ¿Habría persistido en no dar por objeto a la existencia humana sino la satisfacción del egoísmo pasional y la obtención exclusiva de la felicidad? Hemos visto que, en sus últimas piezas, no le repugnaba glorificar el espíritu de sacrificio y el cumplimiento estoico del deber... Proyectos innumerables maduraban en su cerebro. ¿Qué sorpresas nos reservaban? Bataille era de los que no se quedan inmóviles, no se aprisionan en una fórmula y persiguen obstinadamente a la fugitiva verdad. Esa noble inquietud es lo que admiramos y amamos en él». Como se ve, el afamado crítico que hoy es tenido como feliz heredero de Sarcey, ha procurado limpiar su conciencia de los remordimientos que la llenaban a la idea de que sus juicios y los de otros colegas suyos pudieran haber apresurado la muerte de Bataille, tan inesperada como justamente lamentada.

ALPHA.

¿Porqué se cumple tan mal entre nosotros la ley de instrucción primaria obligatoria?—De un trabajo que acaba de publicar en Francia Mr. Daniel Neornet traducimos y extractamos los siguientes párrafos que, en nuestro sentir, arrojan vivísima luz sobre ese problema:

«La legislación francesa está diez años atrasadas sobre la de casi todos los países europeos. Cuando reconquistamos Alsacia, la obligación escolar existía desde 1873 para todos niños hasta la edad de catorce años. Esa era y es todavía la ley alemana. Las leyes sueca, noruega, escocesa prolongan la obligación hasta los quince años. Hoy, los jóvenes alsacianos, si siguen la ley francesa, pueden, deben aún, abandonar la escuela, a más tardar, a los trece años, a los doce aún, si a esa edad están en posesión de su certificado. Es un mal, sin duda alguna, una inferioridad. Y su remedio parece sencillo. Bastaría que una ley dijera «catorce» donde hoy dice «trece». Y esa ley es tanto más urgente, cuando que Francia se comprometió, en el Congreso de Washington de 1919, a prohibir, a contar desde el 1.º de Octubre de 1922, la entrada como aprendices de niños menores de catorce años. Si el niño debe abandonar la escuela a los trece años y le está prohibido comenzar a trabajar antes de haber cumplido los catorce, en el hecho se le impone, como decía Mr. Lucien Descares, un año de vagancia obligatoria. Para evitar esa vagancia y perfeccionar la instrucción de nuestros hijos, Mr. Honnorat propuso a las Cámaras el remedio, elevar hasta los catorce años la obligación escolar. El proyecto fué discutido y el Senado, asamblea sabia, prudente, a instancias de un Senador de la izquierda, antiguo universitario, a quien interesan vivamente los destinos de la escuela pública, y el Senado lo rechazó.

¿Importará ese rechazo una regresión a las doctrinas, profesadas en el siglo XVIII y aún en el XIX, que miraban con malos ojos la instrucción del pueblo porque los rebaños ignorantes eran los únicos que se dejaban conducir dócilmente? ¿O será que el Senado se ha dejado ganar solapadamente por mercaderes e industriales ávidos de carne joven para arrojarla en los hornos de sus talleres? Busquemos antes razones menos fantásticas.

Decretar y legislar es muy sencillo. Pero asegurar la obediencia a los decretos y a las leyes es más complicado. Si las costumbres no están de acuerdo con las leyes, no son las leyes las que se imponen a las costumbres, son las costumbres las que, fatalmente, dejan sin efecto las leyes. Ahora bien, las costumbres francesas se oponen todavía al principio de la obligación, aún limitada a los trece años. Y se oponen más energicamente después que la guerra ha aumentado las dificultades de la vida. Un niño de once a doce años, antes de la guerra, ni aún en el campo, en nada ayudaba a los suyos. Hoy día, cualquier pastorcillo, en el Allier, la Nièvre, el Cher puede ganar, durante los cuatros a seis meses del buen tiempo, doscientos cincuenta a trescientos francos, si tiene once años de edad; cua-

trocientos a quinientos, si tiene doce años; cuatrocientos cincuentas a quinientos cincuentas, si tiene trece. Además, tiene casa y alimentación. Lo que significa para la familia mucho más que la ciencia que puede darle el maestro de escuela. No irá, pues, a la escuela, ni a los catorce ni a los once años. Numerosas escuelas rurales están por eso a medio desiertas y lo quedan por completo al entrar de la primavera. ¡Poco importa que se creen nuevas clases y nuevas plazas de institutores si las clases están vacías!

Se dirá:

Obligüemos, vigilemos con rigor, castigüemos.

Los padres de familia suecos, noruegos, alsacianos son obligados y castigados, y, en consecuencia, obedecen y sus hijos van a la escuela. Pero ese razonamiento es engañoso. En realidad, cuando la obligación se aprobó en esos países, la inmensa mayoría de los padres estaban resuelta a acatarla. No hubo, por lo tanto, necesidad de castigarlos. Los padres franceses, por el contrario, no están resueltos a obedecer, y no se ve como podría hacérseles mudar de resolución. Es cierto que el Juez de paz condenó a un padre de familia domiciliado en Roubaix a tres días de prisión, conmutable en multa, por no haber enviado sus hijos a la escuela, a pesar de los requerimientos de la comisión escolar. Pero Roubaix es una ciudad, una ciudad obrera, en que los padres llevan de buen grado sus hijos a la escuela, porque ellos están en la fábrica, porque no pueden desde allí vigilarlos, porque es preferible que los niños jueguen y hagan ruido en la escuela y no en sus hogares, y, sobretudo, porque un niño no gana nada en una ciudad antes de los doce o trece años. El padre de Roubaix pagará tal vez su multa, sobre todo si es el único condenado por tal motivo y si es lo suficientemente candoroso para haber tomado en serio su condenación. Pero si hubiese que condenar a veinte o ciento que se encontraran en situación análoga, no habría condenación. Y si se llegase a dictarla, quedaría sin cumplimiento. En el hecho no se vigila el cumplimiento de la asistencia escolar. Para hacerlo se necesitaría nombrar de inspectores primarios, inspectores de academia, rectores, jueces de paz, etc. otros tantos generosos Don Quijotes. Y aún así, todos sus golpes de lanza no impedirían a los molinos seguir girando. La acción penal será solamente eficaz después de la reforma de las costumbres, cuando los recalcitantes sean apenas una débil minoría.

Y la reforma de las costumbres no es cosa fácil, ni rápida de obtener.

Conviene desde luego que no nos desprendamos de las armas y de los medios de vigilancia que la ley nos proporciona. Es preciso poder vigilar sobre todo en los casos escandalosos

que alarman la opinión pública. Luego, puede echarse mano de otros recursos. Así, algunas municipalidades han instituido una libreta escolar que parece que ha producido buenos resultados. Estudiemos esos procedimientos; inventemos otras más eficaces; pero no perdamos de vista que las medidas de coacción serán siempre por sí solas insuficientes. Para que tuvieran verdadera eficacia sería necesario que el deber social en su conjunto estuviese de acuerdo con el interés privado. No me refiero al interés privado real, verdadero, sino al interés en que se cree. Mr. J. F. Tardien ha descubierto en la Biblioteca del Museo Pedagógico, documentos muy expresivos: son informes fechados en 1830 sobre las escuelas de ciento siete comunas de un rincón de Francia. Esas escuelas instruían entonces 4,694 alumnos y hoy solamente 3,119. De estas cifras se puede, por lo menos, sacar la consecuencia de que la asistencia escolar era entonces, en que no existía la instrucción obligatoria, tan buena como hoy. Mr. Tardien explica el hecho con dos razones. Primera, salvo excepciones contadas, las escuelas solo funcionaban desde Octubre hasta Pascua de Resurrección, es decir, cuando en el campo habia menos trabajo. La otra razón no debe ser menos exacta, porque es muy humana: los padres pagaban de cuarenta a sesenta y cinco céntimo al mes por cada alumno, y cuando se ha pagado a principios del mes se trata de evitar que la cimarra haga estéril el sacrificio.

Todo esto lo ha comprendido el Senado, y en vez de darse el prestigio cómodo y populachero de substituir en la ley la expresión «trece años» por la de «catorce años», cuando bien sabía que los «trece años» pocos lo respetaban, mantuvo la edad de trece años para obtener el certificado y creó un año complementario facultativo, que facilita el ingreso a los empleos públicos. Trató, en una palabra, de preparar el terreno para poder extender, en seguida, la obligación escolar. Cuando los padres, la inmensa mayoría de ellos, mejor dicho, se hayan habituado a enviar sus hijos a la escuela hasta la edad de catorce años, entonces y solo entonces habrá llegado la oportunidad de declarar que están obligados a hacerlo.

El Senado, además, tímidamente, ha preparado reformas más profundas. Así ha pedido que no haya para todas las escuelas de Francia una sola regla, un solo horario, los mismos para la ciudad, donde fábricas y talleres se abren y se cierran, durante los doce meses del año, a la misma hora y para una aldea de montaña que dormita durante más de la mitad del año, y trabaja afanosamente, con todos sus brazos, grandes y pequeños, durante tres o cuatro meses. El Senado, en una palabra, ha pedido que se descentralice, que se dé más flexibilidad a la organización escolar.

El siglo XVIII ideó una moral social que obligaba, sin decirlo, a los hombres a practicar la virtud porque en ello encontraban su interés. Ese mismo principio es el que debe aplicarse cuando se trata de la escuela primaria. De nada sirve dictar leyes de enseñanza obligatoria si los padres no comprenden que tienen poco o nada que perder y algo que ganar si envían sus hijos a las escuelas.

X. X.

Discurso pronunciado ante la Sociedad de Importadores de Estados Unidos, Nueva York.—Señores: No soy, por desgracia, comerciante y con las escasas nociones que tengo de esa interesante vocación de las actividades humanas, nada puedo decir ante vosotros que importe alguna sugestión útil y menos que tenga alguna novedad, si es que todavía hubiese algo nuevo bajo el sol.

Debiera, por consiguiente, en esta ocasión, limitarme a agradeceros la cortesía de vuestra invitación y a desearos el más feliz éxito en las labores que aquí os congregan.

Supongo que son los hechos, más que las teorías, los que sirven de fundamento a vuestras resoluciones, y los hechos, consistentes en los requerimientos de nuestro mercado, en las condiciones del crédito, en las facilidades de transportes, y otros de la misma naturaleza, vosotros los conoceis sobradamente, merced a vuestros excelentes servicios de información. No necesito, por consiguiente, fatigar vuestra atención diciendoo qué clase de mercaderías encuentran colocación en mi país, ni cuál es la situación de nuestros bancos en correspondencia con los vuestros, ni cuáles los medios de comunicación establecidos.

Todo esto es demasiado familiar, sobretudo cuando hemos llegado a una situación en que, siendo los Estados Unidos casi el único proveedor universal, el comercio entre vuestro país y el mío se ha aumentado en la proporción de 500% entre 1913 y 1919, pasando los Estados Unidos del tercero al primer lugar en las importaciones de Chile.

Pero, debo recordaros un principio económico que obra con mucha fuerza en los intercambios comerciales, y es el de que un país que desea vender en otro debe disponerse también a comprar en aquel, imponiéndose así el contacto entre esta sociedad de exportadores con la de importadores que seguramente debe existir en vuestra organización comercial tan inteligente y alerta.

Antes de la guerra, cuando la situación del mundo era normal, nosotros comerciábamos principalmente con la Europa; comprándole sus manufacturas y vendiéndole nuestros productos naturales o semi-manufacturados, y si éramos buenos clien-

tes de la Inglaterra y de la Alemania, por ejemplo, era porque, a su vez, los alemanes y los ingleses eran buenos clientes nuestros. Ni ellos conocían de vista nuestros pesos, ni nosotros sus marcos o sus libras, por más que unos y otros figurasen en los libros de contabilidad.

El lugar que ocupaban los principales países en el comercio exterior de Chile era, en 1913, el siguiente:

1)	Inglaterra con.....	57 200 000	dollars
2)	Alemania con.....	45 300 000	dollars
3)	Estados Unidos con.....	37 900 000	dollars
4)	Francia con	11 600 000	dollars
5)	Perú con.....	4 300 000	dollars

El que las corresponde en 19 según las últimas Estadísticas disponibles es el que sigue:

Estados Unidos con.....	162 300 000	dollars
Inglaterra con.....	71 600 000	dollars

Habeis conquistado, según se vé por las cifras anteriores, el primer lugar en el comercio exterior de Chile.

La pregunta que fluye de tal circunstancia es esta: El lugar conquistado ¿tiene caracteres de permanencia, o se mantendrá solamente hasta tanto que se hayan normalizado, por distante que se considere el evento, las condiciones normales de la producción manufacturera y del comercio del mundo?

Para contestar a la interrogación hay que tomar en cuenta diversos factores, algunos secundarios; pero, el fundamental es este: los costos de producción. ¿Estáis ciertos de que vuestros costos de producción serán inferiores a los de los demás países industriales? Naturalmente, en igualdad de calidad del producto. Esta apreciación quedará siempre al criterio del comprador, porque de nada servirá proclamar que cierto artefacto es lo mejor del mundo, si el comprador hubiere de permanecer ciego a los deslumbramientos de la réclame y adhiere firmemente a la regla natural, que nadie le ha enseñado, de comprarle al que le venda más barato y venderle al que le pague el mejor precio por un producto.

Las simpatías y otras condiciones psicológicas entran por muy poco en las transacciones mercantiles. Las simpatías en esta materia son un efecto y una causa, porque siempre nos inclinaremos a encontrar simpáticos a los que nos vendan, o nos compren, en provecho nuestro.

En la actualidad, el mundo está pasando en materia social, política y económica por un momento que pudiera equipararse

a ese momento de oscilación que media entre el flujo y el reflujo en los movimientos de los mares. No es el estado de guerra, pero, tampoco es decididamente el del estado de paz. Los cinco años de guerra alteraron profundamente las condiciones de la vida normal de los pueblos, obligándolos a apartarse de los principios establecidos. Al movimiento libre de las iniciativas y responsabilidades individuales se substituyó la acción omnipotente del Estado que reguló la producción, la distribución, el crédito, los precios y hasta los menores detalles del consumo y de las necesidades de la vida.

Al querer, ahora, volver a la normalidad se nota esa especie de vacilación, y se continúa marchando con lo que los marinos llaman la viada, que es el impulso que mantiene el andar de la nave aun cuando haya parado el movimiento del motor. Y así es como estamos presenciando el fenómeno de que, tanto los productores, que querrian mantener los precios de guerra, como los consumidores que procuran aliviarse de ellos, recurren ambos a la acción del Estado. Los poderes públicos, apenas suficientes y competentes para regir la marcha política y administrativa de la nación, origen y fin de su función, se encuentran colocados entre el yunque y el martillo, queriendo satisfacer a unos sin desmedro de los otros, en el afán de intentar resolver un problema insoluble por otros medios que los del libre juego de las leyes económicas, tan ineludibles como las de la naturaleza. Es verdad que esto último se discute o se niega; pero, no basta negarlo o discutirlo mientras estemos sometidos a su imperio.

Pero, señores, aquí no hemos venido a filosofar y tengo que excusarme por esta digresión que me llevaría demasiado lejos. Lo que yo quería decir, sin atreverme, era simplemente que el comercio, el mecanismo del intercambio, debería moverse por sí solo, sin la intervención del Estado para no exponerse a complicaciones, y, puesto que ha de vivir de la confianza, no despertar recelos. Porque, desde el momento en que, por ejemplo, se desarrolle en un país cualquiera una superproducción y se procure forzar su colocación valiéndose, directa o indirectamente, del poder político de la nación, desde ese mismo momento nace el sentimiento de la desconfianza primero, de la resistencia en seguida, finalmente el conflicto y así uno de los buenos efectos de las relaciones comerciales, que es el de crear vínculos de amistad, viene a resultar contraproducente y dañoso. No sé si debo decirlo, pero, yo noto síntomas de esa tendencia en muchas de las ideas que acá se preconizan y alcanzan favor en la opinión, y las cuales no pueden ser recibidas sin inquietud en los países que se señalan como el campo propicio para ese género de hegemonía comercial.

Señores: No puedo seguir disertando, porque, aunque el tema sea inagotable vuestra paciencia no lo es, y así debería apresurarme a terminar. ¿Cómo hacerlo, sin embargo, sin haber aprovechado la ocasión de esta selecta y representativa asamblea, aunque fuere abusando de su benevolencia, sin haber dicho unas pocas palabras de Chile, refrescando vuestra geografía y dandoos una sucinta idea de mi país, en que vuestros industriales y capitalistas comienzan a interesarse en provecho de ellos y nuestro? El territorio de Chile, por su configuración y posición geográfica, es de un clima templado y está dotado de abundantes y variados productos naturales, de modo que, si algún día llegara a prevalecer una política de bastarse a sí mismo, preconizada por la exigencia de la guerra, Chile sería uno de los países que podría mirar sin zozobras esa realidad que, por cierto, no deseamos por muchas razones morales y materiales.

Poseemos tres zonas climáticas distintas y por consiguiente de producción diversa, que dividen el territorio en tres partes casi iguales su extensión.

En el norte, la zona árida del desierto, inmenso laboratorio químico, en donde se han operado las más extrañas combinaciones y reacciones mediante la paciente tenacidad con que trabaja la naturaleza al través de los siglos. De allí proceden el salitre, el yodo, el borax, la potasa y casi todos los minerales conocidos. Allí ha de haber todavía lugar para muchas sorpresas, porque la exploración está en comienzos, falta de elementos más que de iniciativas, dado el carácter emprendedor y aventurero de los chilenos.

En el centro, la región semiárida, como algunos de vuestros Estados del Oeste, en donde la cantidad de lluvia es temporal y deficiente, pero, en donde se está desarrollando una agricultura intensiva floreciente merced al regadío, muy adelantado en sus métodos, y alimentado por el gigantesco reservior de la cordillera de Los Andes, que estamos aprovechando concienzudamente con nuestros propios técnicos y nuestros propios capitales.

Finalmente, la región lluviosa del sur con extensos yacimientos carboníferos ubicados favorablemente a las orillas del mar, región de la ganadería y de los bosques con infinita variedad de flora.

Y todo el angosto territorio bañado en su larga extensión de cerca de tres mil millas por el Océano Pacífico que no fué en todo pródigo con nosotros porque no nos dotó de todos los puertos naturales que requieren las necesidades, obligándonos a esfuerzos de ciencia y de capitales para suplirlos, eso sí que indemnizándonos en buena parte con una gran riqueza de pesquería.

Ese país está poblado por cerca de cinco millones de habitantes, población escasa para la extensión del territorio; pero esforzada, de una fuerza y resistencia muscular insuperadas, y de un espíritu abierto a todas las influencias de la civilización, merced al sistema de instrucción gratuita y obligatoria, y al fomento del ahorro que le está formando al país un capital propio, junto con morijerar al pueblo.

Nuestra historia es una historia limpia, no escasa de glorias y de actos de civismo. El organismo constitucional de la nación, formado más por evolución que por revolución, sano y vigoroso, en camino de hacer definitivo, por la conciliación de la libertad y del orden, el verdadero régimen democrático.

Las instituciones civiles, liberales, no hacen diferencia entre nacionales y extranjeros, y están al amparo de una administración de justicia independiente e insospechable. Los chilenos podemos quejarnos de todo, censurarlo todo, dudar de todo menos de la organización judicial y de su tradición de sabiduría y rectitud.

El crédito externo bien cimentado, al nivel de los mejores, debido a una vida de honradez y de exactitud en el cumplimiento de las obligaciones, tan larga como la vida misma de la República. Para el crédito interno han podido ocurrir crisis y vicisitudes; para el externo, cualesquiera que hayan sido las circunstancias, no las ha habido jamás.

¿Es entonces un país ideal el que os he descrito? ¿Se habría llegado allí al millenium?

Probablemente nó; pero comprenderéis que no me toca a mí señalar los defectos, cuando hay tantos que se encargan de ello, algunos con sus razones, otros, la mayor parte, gratuitamente. Pero, lo que si puedo aseguraros es de que si hablo con entusiasmo de mi país lo haga con sinceridad y, lo que siempre procuro, sin exageración. Por lo demás, no está tan lejos de vosotros y es fácil, hasta agradable, y ciertamente útil, visitarlo.

Talvez a alguno de vosotros le aguardaría allí una estatua, como la erigida en Valparaíso a uno de vuestros compatriotas, Mr. Wheelwright, de Massachussetts, en reconocimiento de sus servicios por el progreso del país, llevándole la primera línea de vapores que zurcó el Pacífico y construyendo el primer ferrocarril de Sud América. El fundador de la primera línea comercial aérea bien merecía también una estatua y la materia de que se fabrica un pioneer yankee no está agotada.

En todo caso, este es uno de los países abierto a las actividades de vuestro comercio, en las condiciones en que yo entiendo que éstas deben ejercitarse.

Seríais allí los bienvenidos.

BELTRÁN MATHIEU.

Rabindranath Tagore en Suecia (1).—Recuerdo la tarde en que recibí un telegrama de mi editor en Inglaterra, comunicándome que se me había acordado el premio Nobel. Me encontraba en Shantiniketan, (Escuela de Tagore en Bolpur) que yo supongo que la mayoría de ustedes conocen, y justamente en ese instante estábamos en camino hacia el bosque, cerca de la escuela. Cuando pasábamos frente a la casa de Correos y Telégrafos, vino un mensajero con un telegrama en la mano, corriendo hacia mí. Iba conmigo en ese momento un huesped inglés y como creí que el telegrama no era importante, lo metí en el bolsillo con el propósito de leerlo a la llegada; pero mi huésped tenía seguramente conocimiento de su contenido, porque me pidió que lo abriera inmediatamente. Leí el mensaje, que yo apenas podía creer. Consideré probable que el giro telegráfico hubiera sido mal interpretado, pero finalmente me convencí de que era la verdad. Lo que especialmente me conmovió fué el contento de los niños y de los maestros, por el grato suceso. Estos, que me amaban y a quienes yo amaba, se regocijaban por el honor recibido y yo comprendí entonces que mis compatriotas participarían de la misma manera del contento, ante la honrosa demostración. A la noche, sentado solo en la terraza, me preguntaba cuál sería la causa de que mis poesías fueran bien acogidas en Occidente, siendo hijas de otra raza, separada de los hijos de Occidente por aguas y montañas. Y yo puedo asegurar a ustedes que no fué con arrogancia sino con temor, como yo mismo me examinaba; y en ese instante me sentía humilde.

Me acuerdo cómo mi actividad se desarrolló desde mi más temprana juventud. A los 25 años vivía en el más completo retiro en mi botecasa, flotando sobre las aguas rumorosas del Ganges, con los patos silvestres del río como única compañía. Allí bebí como vino el sol profuso de las extensiones, y el murmullo del río me hablaba de los secretos de la naturaleza. Yo soñaba y daba forma a mis sueños en poesías y relatos que mandaba a los diarios y revistas de Calcuta. No sé si los poetas occidentales pasan su juventud en tal retiro; pero no creo que sea posible: la soledad no tiene ningún lugar en el mundo occidental. En consecuencia, era yo por este tiempo un hombre desconocido, conocido sólo en mi propia provincia. Yo estaba

(1) En 1913 la Academia Sueca concedió el premio Nobel de Literatura al escritor hindú Rabindranath Tagore, quien no pudo presentarse en Estocolmo para dictar una conferencia, como es de costumbre, sino hasta el mes de Mayo de 1921.

La admirable conferencia de Tagore es el último de los grandes acontecimientos intelectuales y por tal motivo la transcribimos íntegra, con la seguridad de que impresionará gratamente la belleza sencilla de sus ideas.

satisfecho con este aislamiento, que me protegía de la curiosidad de la gente. Pero vino un tiempo en que mi corazón sintió un anhelo de salir de este aislamiento, con el objeto de trabajar por el bien de la especie humana, anhelo de no soñar y meditar sobre los problemas de la vida solamente, sino también dar expresión a mis ideas, trabajando por otros. Entonces tuve el pensamiento de enseñar a los niños. Yo no tenía ninguna predisposición, especialmente no habiendo tenido la ventaja de una enseñanza ordenada; pero tenía amor a los niños y a la naturaleza y mi finalidad era dar a aquéllos la libertad de disfrutar de la vida. Yo mismo, cuando niño, sufrí mi tiempo de prisión en la escuela, necesité también pasar a través de máquinas de instrucción, que aplastan todo contento de la existencia, de que los niños tienen sed. Fué mi objetivo dar a éstos libertad a que tienen derecho desde su nacimiento.

Reuní algunos niños a mi alrededor; traté de hacerlos felices, fui su compañero de juegos, el mayor de la banda. Crecí como ellos en esta atmósfera de libertad. Los gritos y cantos de los niños llenaban el aire y yo bebí este espíritu de alegría día por día. A la puesta del sol, solía sentarme retirado, contemplando la naturaleza y escuchando voces infantiles, y me parecía que los niños eran como los árboles, creciendo del corazón de la tierra, fuentes de vida, y como un niño grande enviaba también mi voz jubilosa hacia el cielo. En este medio compuse GITANJALI y los versos los cantaba a veces para mí mismo, bajo la magnificencia del cielo hindú. Y continué con esta vida, hasta que vino un día en que sentí otra vez la necesidad de ir al corazón del mundo. Concebí que esta existencia en el retiro solo era el preludio de mi gran viaje de peregrino. Anhelaba ponerme en contacto con los hombres de occidente; sabía que nuestra época pertenece al occidental, con su exuberante energía; sentía que antes de la muerte debía ir a Occidente, para encontrarme con la gente en el santuario secreto donde la Divinidad tiene su templo.

Fuí, y conmigo llevaba en manuscrito mis poesías, que había traducido al inglés, aunque sin el propósito especial de publicarlas. Pero cuando se presentaron al público británico, éste las elogió; el corazón occidental se abrió para ellas sin retardo. Fué un milagro para mí, que había vivido todos esos años separado del Occidente y de su espíritu, ser inmediatamente aceptado por éste como uno de sus propios poetas. Pero comprendía que esto tal vez tuviera un significado más profundo y que los sentimientos que he interpretado en mis poesías eran comprensibles para los occidentales con su ardiente vivir, sedientos de paz, infinita paz. Con la preparación que mi musa había tenido desde la juventud a orillas del Ganges,

podía presentarme y ofrecer al Occidente mi copa que fué recibida y ensalzada. Pero ésta no es mi gloria; del Oriente vine al Occidente; porque ¿no es acaso el Oriente la madre espiritual de la humanidad? Y cuando los hijos del Occidente, heridos, hambrientos, se vuelven a esta alta madre, el Oriente, ¿no espera de ella remedio y alimento? Felizmente para mí, vine en el preciso instante en que el Occidente otra vez se volvía hacia el Oriente y como su representante, obtuve mi recompensa de amigos de Occidente.

El premio que recibí de Suecia no fué empleado en beneficio mío; como individuo no tenía derecho a usarlo; lo destiné a los niños y estudiantes del Oriente, fué como una semilla que se siembra, germina y fructifica para utilidad del sembrador. He usado el dinero para iniciar y sostener mi Universidad en la patria, donde quiero que los estudiantes de Occidente vayan y lo mismo que mis hermanos de allá, trabajen buscando la verdad, que ha estado escondida para nosotros durante centurias, y en encontrar los tesoros espirituales que la humanidad necesita. Recuerdo aquellos días, cuando la India tenía sus grandes universidades, en la época de oro de su civilización. Entonces no se encerraba la India en sí misma, abría sus puertas a todas las razas y pueblos y venían y se les ofrecía oportunidad de tomar parte de lo mejor que el país podía regalar. Se les ofrecía sin paga, porque es la tradición en nuestra tierra no recibir remuneración material por la dávida de la verdad. La responsabilidad de trasmitir el conocimiento descansa sobre el que lo posee. No es deber del alumno ir hacia el maestro, sino del maestro ofrecer sus presentes a aquellos que lo necesitan. Era esto lo que hizo posible la existencia de nuestras grandes universidades en las diferentes provincias de la India y siento que de lo que más sufrimos es de nuestro aislamiento. Hemos perdido nuestras posibilidades de ofrecer al mundo lo mejor que poseemos. Hemos perdido la confianza en nuestra propia civilización; hemos perdido el contacto con el mundo. No tenemos ningún tiempo que perder. Tenemos causa para estar orgullosos de la herencia de nuestros padres y ésta debe dilapidarse, no sólo por nosotros, sino por la humanidad.

Esto es lo que me ha inducido a iniciar esta institución, donde los estudiantes del Oriente y del Occidente se encuentren para recibir nutrición espiritual. Esto me trae al Occidente, para invitar a todos ustedes a la fiesta que espera en el Oriente y estoy convencido de que no recibiré desaire, porque en otros países he sido recibido con entusiasmo y he encontrado la opinión general de que el Occidente necesita del Oriente, como éste de aquél. Ha llegado el tiempo de que nos encontremos.

mos en la verdad y abrigo la satisfacción de pertenecer á esta época, de haber podido expresar todo esto por escrito y colaborado en la construcción de la cultura de un gran porvenir. Aunque pueda haber aparecido obscuro en la traducción de otras lenguas, creo, sin embargo, que lo fundamental ha sido comprendido.

Esta excursión al Occidente ha significado para mí la obligación de abandonar el aislamiento en que he vivido, de presentarme ante los ojos de todos, algo a lo cual no estaba habituado. Me siento tímido estando en vuestra presencia. Pero agradezco a Dios haber podido juntar los corazones del Oriente y del Occidente, y hasta el final de mi vida debo continuar mi misión: llenar el abismo que existe entre ambos pueblos. No está de acuerdo con el espíritu de la India rechazar alguna raza o cultura. La India siempre ha proclamado el ideal de la unidad, que comprende todo, no excluye nada en la existencia; comprende con una sola alma en la claridad del amor y de los sentidos. En estos tiempos de inquietud política, siento que la India es el país que unirá las razas humanas. Por eso el problema de las razas es el problema de la India; nosotros mismos estamos disgregados y ninguna unidad política puede tampoco satisfacernos; debemos ir más hondo: a la unidad espiritual. Al respecto estamos bien preparados con nuestra vetusta literatura y nuestra religión, que es la religión de la comprensión; la que dice: aquel que se ve a sí mismo en todos los seres, que concibe todos los seres como a sí mismo, conoce la verdad. Esta verdad será manifestada por los hijos del Oriente.

Necesitamos recordar estas palabras: hemos nacido seres humanos con el amor y la reconciliación y no con la lucha como objetivo. No somos animales de presa; es el espíritu del YO lo que crea ilusiones y con ellas desgracias. Pero las ilusiones desaparecerán cuando penetremos en el corazón de la humanidad.

Para proseguir esta gran misión de la India, he erigido mi Universidad y os invito a todos vosotros a juntaros con nosotros y a que vuestros estudiantes y hombres de ciencia cooperen en hacer de ella una institución común, oriental y occidental. Por esto vengo y ruego y demando vuestra ayuda, en el nombre de la humanidad, del amor y de Dios

BIBLIOGRAFIA

Antonio José Restrepo.—*El moderno imperialismo.—Proteccionismo y libre cambio.*—Casa editorial Maucci.—Barcelona —1921.

Don Francisco Uribe dice, a propósito de este libro, en uno de los últimos números del *Repertorio Americano*:

«Libros cual el del Doctor Restrepo, son bien escasos por estos tiempos de pugilato internacional, de conquistas y de atropellos, que mantienen absorbida la atención de pensadores y políticos, con mengua de los legítimos intereses de la humanidad. Y si, excepcionalmente, alguno que otro abandona esos campos yermos a fuer de traginados para trasegar en las mal abonadas sementeras de las ciencias sociales y económicas, no lo hace por cierto con ánimo edificante, tendiendo a la prosperidad colectiva, conforme un sistema de equidad bien regulado, en proporción al esfuerzo y aptitud particular, sino atropelladamente, entre resplandores sulfurosos, subvertiendo la conciencia destemplada de las clases inferiores para que exijan del capital lo que no debe al sudor de sus frentes haraganas. En este concepto, quizá hasta sería tachada de retrógrada la obra del Doctor Restrepo por los audaces economistas que ha improvisado la hecatombe europea en los espasmos de su definitiva decadencia. Las ideas abruptas de enrojecido comunismo; las teorías enervantes del socialismo católico confiadas sin distingos a la caridad como única medida reparadora de la arbitraria distribución de la riqueza; ninguno de esos reductos del oportunismo económico guarne-

cen *El Moderno Imperialismo* que ha buscado sus argumentaciones en la sólida escuela liberal, bajo la égida de Adam Smith. Las clásicas ideas, incesantemente renovadas por la experiencia, frescas como flores recién abiertas al sol, son las que desglosa el Doctor Restrepo en su libro, amalgamándolas con las que le han sugerido su práctica infatigable y su acuciosidad inteligente y pródiga.

El problema del *libre cambio*, resuelto por la ciencia, pero todavía sin deglutar por nuestras democracias hispano-americanas, es lo primero que preocupa al autor. Sus temores de patriota no se avienen con el *proteccionismo*, sistema económico opuesto al libre cambio, que ha sido y sigue siendo la barrera obstaculizadora del progreso en nuestras incipientes nacionalidades. El poco desarrollo alcanzado hasta ahora en el Continente, de México a Chile, en industrias múltiples, a pesar de la exuberancia de su incomparable naturaleza, no tiene más justificativo que la inveterada práctica del proteccionismo. Sólo así se explica lo costoso de la subsistencia en estas latitudes donde, abolido eso que podemos calificar de vicio, la vida rebosaría magnífica y seductora. Ejemplos palpables de nuestro acerto, y corroboración de las palabras del Doctor Restrepo, los encontramos en todos aquellos pueblos que, impelidos por las poderosas alas del libre cambio han alcanzado robustas cimas y han sentado indestructibles cimientos de civilización y prosperidad. La República Argentina constituye una muestra de que puede enseñar-

se la América de Bolívar. Por el contrario, Colombia y Centro América, se agostan ofuscadas por el proteccionismo que, empobreciendo al mayor número, sólo enriquece a muy pocos con escarnio del derecho que tienen los pueblos a labrarse su bienestar, así se sacrifique el menor número. Pero culpa no es del pueblo sino de sus directores y preceptores, universitarios y periodistas que dan más campo al sensacionalismo y a la política lugareña, demeritante y mezquina, que a lo que es de bien público y de necesidad, aunque no reporte material e inmediata satisfacción traductible en dinero. Por modo distinto, cada vez que revienta una industria nacional, lo primero que hacen es reclamar a los predispuestos gobiernos ventajas de toda especie: altos aforos en los productos extranjeros que utilice la naciente industria, la concesión de monopolios o cuasi monopolios, exención de derechos de aduana para los productos de que ha de valerse, en fin, gangas y gollerías sin tasa ni medida. ¡Proteger la industria! ¡alentar la industria! ¡estimular la industria!, son los argumentos; y alrededor de la industria existen dos, tres, cuatro, a lo sumo, capitalistas, mientras que fuera de ella está la gran masa popular que va a sufrir el alto y caprichoso precio de los productos nacionales de muy inferior calidad y el rigor cada vez más exagerado de las medidas que el gobierno adopte *pro* la industria nacional. En Costa Rica sucede eso con gran parte de las industrias, curtiembre, alcohol y tantas más. Calzado inferior al extranjero por su manufactura y calidad de los materiales, se cotiza con un porcentaje desproporcionado porque hay que proteger la mano de obra nacional integrada por un reducido número. Lo que decimos cuanto a esto lo hacemos extensivo a todo lo demás.

Insistimos en que el porvenir de los pueblos está en el libre cambio. La emulación es la base de toda prosperidad; y con el libre cambio

hay emulación, competencia lícita, precursora de mayor suma de bien para el mayor número, que es en definitiva lo que importa a la vida de los pueblos, haciendo, por ese sólo hecho, y bajo otro aspecto, respetable la riqueza, que será trasunto del esfuerzo bien encaminado a la victoria del trabajo sobre campos de absoluta igualdad. En buena hora que el pueblo trabaje, que ensaye cuantas industrias estime convenientes, si considera que ese es su terreno de actividad; pero que no le pida al Gobierno, con detrimento común, lo que tiene en sus músculos; que no traicione el esfuerzo de los demás pueblos. Las funciones del Gobierno no son las de contribuir al enriquecimiento de determinado núcleo, prevalido de especiales condiciones; crear monopolios, no es su destino; oponerse a la prosperidad colectiva, so capa de fomentar industrias, tampoco. Asegurar la riqueza bien adquirida, como garante de la armonía social, sí; velar porque la propiedad no sea detentada, también; contribuir a la felicidad común, sin distinguos de posiciones ni de clases, desde luego. La constitución y las leyes de la República tienden a ese sólo y exclusivo objeto.

Con el libre cambio se armonizan las relaciones de los pueblos, de la misma manera que con la libertad de industrias, precepto constitucional de los países libres, se armonizan las relaciones de los individuos. ¿Qué se diría si se coartara la libertad de tal o cual industria para favorecer a otras dentro del propio territorio? Pues esa misma protesta que arrancaría de los pechos indignados, arranca del pecho de las naciones que no transigen con la rapacidad del proteccionismo y forcejan por proscribirlo de la civilización. Las grandes guerras de la humanidad parecen haber sido motivadas por esa inconformidad justificada con los rigores del proteccionismo; al menos la última, que llenó de asolación y ruinas, está comprobado que no buscaba más que un definitivo desahogo

económico regulado por el libre cambio. Y es de creer que sea cierto. La guerra se resolvió por una explosión casi anárquica de innovaciones económicas, conscientes, unas; arbitrarias, otras; estrambóticas y subversivas, las más. De modo que es posible, después de tan rudas enseñanzas, que antes de resurgir la decrepita Europa, sumerja sus reformas en la Laguna Estigia de la Economía Política, a fin de que provea de basamentos sólidos a su nueva organización social que ya no será seguramente moldeada en la estrechez rutinaria y derrotada del proteccionismo.

Alrededor de este tópico trascendental, de cuya solución pende el porvenir de tantos pueblos, vadeado con ocasión de la industria cafetera en Colombia, gira la mayor parte del libro del Doctor Restrepo, quien se pronuncia por supuesto del lado del libre cambio, para el que tiene meritisimos elogios, como frases de oprobio y argumentos mortales para el proteccionismo, sistema opresor de los pueblos, más temido que el que se asienta sobre las armas, y que, por mientras subsista, seguirá recibiendo la reprobación universal como un resabio del egoísmo humano al servicio del entorpecimiento del progreso».

Miguel Rasch Isla. — *Para leer en la tarde.*—Bogotá, 1921.

El último libro de Miguel Rasch Isla parece el espejo de una vida moderna; trasunto de emociones breves, esperanzas, recuerdos, visiones, momentos de alegría y de dolor que pasan unos tras otros en rápida sucesión.

Es un libro de sonetos, a través de cuyos pocos versos ha sabido dejar traslucir firmes y hondas impresiones. Y antes de entrar al fondo de la obra de este noble poeta colombiano, podemos adelantar que ha salido triunfante de la prueba del soneto.

Rasch Isla es un poeta que expresa sus ideas directamente, sin necesidad de engalanarlas con asun-

tos que están lejos de su sentir. No rebusca imágenes. Es claro y preciso. Hemos dicho que sus versos son momentos; y en ellos vuelca la emoción que en su alma vibra en aquel instante, desechando toda fábula, que si bien podría enriquecer en colorido sus composiciones, les quitaría su espontaneidad.

La lira de Rasch Isla sólo sabe de las notas suaves, aun en sus horas de pasión o de torturante duda. Este ha sido su anhelo, bien expresado al decir que buscaba el verso

que tuviera con un ritmo atenuado la tersura lunar de un agua clara.

El recorre toda la gama de las sensaciones sin que su espíritu se conturbe. Tiene una serenidad de pensamiento que domina siempre sus más hondas palpitaciones.

De una ilusión que se derrumba y que en otro provocaría el lamento más conmovedor, dice apenas:

La ví morir de súbito, señora,
pero su muerte al corazón no
[abruma;
la ilusión es esencia que perfuma
mejor cuando del alma se evapora.

A su corazón en queja, le dice así:

¿A qué el reproche en que tu labio
[insiste?
La vida no ha de ser, porque te
[quejes,
menos cruel de lo que es, ni menos
[triste.

La exaltación no se adueña nunca del espíritu de Rasch Isla, no obstante lo cual, es seductor el brillo de sus composiciones, entre las que son dignos broches de oro las dos que insertamos a continuación:

Cuando la tarde muere en la cama-
[pañá,
la luz sobre el trigal tu traje imita;
tu traje es de un color de hoja mar-
[chita,
de un amarillo lánguido de caña.

Tiene también esa ternura extraña
de naranja en sazón que al labio
[incita;
tiene cambiantes de ambar si se
[agita,
brillo de paja al sol, si el sol lo baña.

Al levantarte con triunfal decoro,
tu cuerpo es una estalacmita de oro,
o vívido topacio que se inflama.

Pero al verte la faz, bella y radiosa,
se piensa en una blanca mariposa
viva en la luz de amarillenta llama.

Tu boca hecha con mágicos pinceles,
más que boca es cual húmida gra-
[nada
que pide, tentadora y encarnada,
un beso audaz que la derrita en
[mieles.

Cuando en tus risas, entreabrirla
[sueles,
se difunde en la atmósfera extasiada
el grato olor a fruta sazónada
que hay en la intimidad de los ver-
[geles.

Es abreviada gruta de frescura;
constreñido paréntesis de flores;
animado jardín en miniatura.

Yo la besara, en férvido embeleso,
para sentir, muriéndome de amores,
la eternidad en la embriaguez de
[un beso.
X.

Raúl Simón.— *La Situación Económico-Política de los Ferrocarriles del Estado.*—(Segunda edición).

Una nueva publicación sobre la prolongada crisis económica de los Ferrocarriles del Estado y sobre los medios conducentes a remediarla, pudiera parecer innecesaria si se atiende a la abundante literatura acumulada sobre esta materia, entre folletos, discursos y artículos de prensa. Pero quien se deje guiar por una apreciación de esa naturaleza y no dedique, en consecuencia, el tiempo necesario a la lectura del nuevo libro de que voy a ocuparme, perderá una valiosa oportuni-

dad de adquirir conocimientos realmente útiles acerca de tan debatida cuestión

En el estudio de la «Situación Económico-Política de los Ferrocarriles del Estado», el señor Raúl Simón ha seguido un método científico y un orden riguroso. En efecto, si se considera la variedad de casos del problema, y el encadenamiento lógico de causas que es preciso analizar para obtener una solución suficientemente aproximada, el estudio económico de la explotación de los Ferrocarriles del Estado deberá ser descompuesto en tantas partes como fases principales presenta el complicado problema ferroviario. Así, el señor Simón ha tratado, en orden sucesivo:

I. Causas determinantes de la crisis ferroviaria;

II. La tarifa flexible y el nuevo régimen ferroviario;

III. Influencia de la variación de la moneda en las tarifas y presupuestos de los Ferrocarriles del Estado;

IV. Las alzas de tarifas y sus efectos económicos;

V. Conclusiones generales y reformas necesarias de la actual ley de régimen administrativo de los Ferrocarriles del Estado.

En la parte primera, el autor investiga y aísla las diversas causas de la crisis ferroviaria, y acumula los antecedentes económicos, históricos y técnicos que le servirán de fundamento en los estudios siguientes.

En la parte segunda considera las conclusiones anteriormente establecidas y reduce todo el problema ferroviario a un *problema de tarifas*. Analizando las nuevas leyes sobre régimen ferroviario dictadas en Europa y en Norte América, después de la guerra, llega a la conclusión de que la *tarifa flexible* y la *Administración Indirecta por el Estado* constituyen los elementos esenciales de la forma de explotación que satisface a la vez las necesidades y las conveniencias nacionales.

En la parte tercera considera el hecho establecido en la parte se-

gunda, de que la solución del problema ferroviario sólo puede obtenerse con la aplicación de una tarifa oportuna y justa, y estudia, en consecuencia, la forma de aplicación de esa tarifa en relación con las fluctuaciones de la moneda nacional.

En la parte cuarta, comprueba que la aplicación de las tarifas necesarias al financiamiento de los Ferrocarriles del Estado, produciría sobre el precio de los artículos transportados un efecto que podría estimarse de orden inferior con respecto a las relaciones de oferta y de demanda que provocan las grandes fluctuaciones del mercado.

Finalmente, en la parte quinta precisa las conclusiones generales y señala las reformas indispensables a la ley orgánica de la Administración de los Ferrocarriles del Estado, tendientes a armonizar la gestión industrial y comercial con la Administración indirecta por el Estado.

La clase de estudio que se ha dedicado a cada una de estas partes ha debido corresponder, naturalmente, a la materia investigada. Así, la parte primera es un estudio histórico, económico y estadístico tratado de manera expositiva; la segunda, es especialmente narrativa; la tercera, es una investigación de índole matemática; la cuarta, está basada, como es natural, en un estudio estadístico de los fletes, de los precios de venta de los artículos transportados, de las variaciones de unos y otros y de su comparación y relaciones recíprocas.

En resumen, si cada parte pudiera parecer aislada, es la verdad, sin embargo, que ellas constituyen una estricta y rígida asociación de ideas que lleva a determinar cuál es y cuál debiera ser la situación de los Ferrocarriles del Estado ante la economía general y la política administrativa del Estado.

Puede decirse que, entre nosotros, es este el primer libro que estudia nuestros problemas de transportes aplicando a su investigación un procedimiento rigurosamente

científico. La opinión generalizada, personal o circunstancial, y siempre impresionista, que abunda en la mayor parte de los libros o artículos que tratan esta clase de materias, es reemplazada en este caso por la investigación estadística y la deducción matemática.

Como era de esperarlo, el primer estudio técnico de los medios nacionales de transporte ha venido a destruir ideas ya generalizadas y que, por su falta de fundamento, podrían fácilmente ser clasificadas en el género supersticioso.

Es este, por ejemplo, el caso del *tonel de las danaiides*. Se ha dicho que en la Empresa se consumían los dineros del Estado. Se ha hablado de un déficit eterno. Se ha dicho que los Ferrocarriles del Estado, por el solo hecho de ser del Estado no habían producido ni producirían jamás utilidades. Sin embargo, esa «verdad innegable» resulta falsa: los Ferrocarriles del Estado, produjeron continuamente utilidades desde 1885 hasta 1895. Las pérdidas, con breves intermitencias, se produjeron a partir de esa última fecha, como consecuencia de causas económicas independientes de la Administración de la Empresa, las cuales aparecen claramente establecidas en la primera parte del libro que comentamos. Ahora bien, considerando el período de 1855 a 1913—fechas que señalan el comienzo y el fin de la responsabilidad fiscal en los ejercicios financieros de los Ferrocarriles del Estado—y reduciendo a oro de 18 d. las entradas y las pérdidas de la explotación, se llega a obtener 94 millones de pesos oro de utilidades contra 71 millones de pesos oro de pérdidas, sin contar las economías directas reportadas al Estado, por servicios prestados a otras ramas de la Administración Pública como ser, correos, transportes fiscales a precio reducido, etc.

Otro error que pertenece también a la categoría de los adquiridos por sugestión, o de los simplemente supersticiosos, es el que con-

siste en creer que las tarifas de los Ferrocarriles del Estado pueden fácilmente hacerse prohibitivas. El análisis entre las fluctuaciones de los precios de venta de los diversos artículos y la cuantía del flete ferroviario es bastante para demostrar que existe un margen suficiente que la Empresa podría utilizar con discreción para obtener la regularidad en su marcha financiera, sin impedir ningún transporte.

Es también un error suponer que las tarifas proteccionistas favorezcan la vida económica de la nación. Ellas tienen por efecto obligar al Estado a perder el beneficio que le corresponde percibir por los capitales invertidos en sus ferrocarriles y sobre los cuales, por su parte, debe pagar un interés que figura en el servicio de la deuda externa nacional. Y si la protección sobrepasa ciertos límites, como se ha verificado entre nosotros, tiene por objeto obligar también a pagar las pérdidas de la explotación al mismo Estado, es decir a un conjunto de actividades y personas de las cuales una parte—si no la mayor—no ha recibido beneficio directo del ferrocarril, porque no ha efectuado transportes.

Vale la pena aprovechar esta oportunidad para insistir sobre las consideraciones de justicia y de conveniencia nacional que condenan el régimen de tarifas ferroviarias denominado *proteccionista*, porque niega al Estado el derecho de obtener la legítima remuneración sobre los capitales.

La inversión en vías férreas, de fondos nacionales obtenidos directamente de las rentas públicas o por medio de empréstitos que se sirven con rentas generales, importa un gravamen para la colectividad en beneficio indirecto de ella, es verdad, pero en provecho directo de quienes utilizan este medio de transporte.

Para estos últimos, tal provecho está representado por la diferencia entre el precio del transporte antes y después de construido el ferrocarril, no solo con respecto a las mer-

caderías que antes se acarreaban por otros medios, sino que también con respecto a aquellas que sólo ha sido posible transportar una vez construida la vía férrea.

La simple enunciación del beneficio directo resultante de la existencia del ferrocarril para la región que lo utiliza, conduce a declarar que a ella corresponde devolver a la nación lo que ésta paga por servicio de los capitales empleado; o sea que las tarifas deben estar calculadas para producir entradas que alcancen para la remuneración de los capitales, remuneración que no viene a ser otra cosa que la participación legítima del Estado—dueño en este caso del capital—en los beneficios creados merced a esta particular destinación de dichos capitales.

Esta consideración de justicia se encuentra reforzada por otra de indiscutible conveniencia nacional.

La remuneración del capital permite al Estado emprender nuevas obras públicas, nuevas vías férreas en regiones desprovistas de este medio perfeccionado de transporte, reconstituir en una palabra, el capital empleado para usarlo nuevamente en obras de que aprovecharán las mismas generaciones actuales, aumentando así más rápidamente la riqueza pública y sirviendo con mayor amplitud el progreso nacional.

Sólo una razón de egoísmo en provecho de los usuarios de las vías férreas fiscales ya construidas puede mantener la teoría de que es lícito ceder a aquéllos, bajo pretexto de proteger la producción en las zonas servidas, una mayor proporción del beneficio de los transportes, que la que legítimamente les corresponde, con perjuicio para la colectividad, y muy especialmente de las regiones que no han tenido la suerte de ser preferidas en la construcción o el perfeccionamiento de sus vías de comunicación y a cuyo efecto correspondería dedicar de preferencia la renta sobre el capital nacional absorbido en las primeras.

Ojalá que estudios razonados como el que da origen a estas líneas conduzcan a eliminar la teoría de las tarifas proteccionistas, y a suprimir radicalmente estos errores de concepto a que hemos aludido, errores generalizados respecto de las explotaciones fiscales,—sin valor alguno respecto de las explotaciones particulares—y a los cuales obedece la crisis histórica de los Ferrocarriles del Estado.

No podrían negarse los efectos de un régimen administrativo inadecuado o de una preparación insuficiente de parte del personal. Pero no son determinantes estas causas que existen a menudo en ferrocarriles que dejan utilidades y que han existido también en nuestros Ferrocarriles del Estado, aún en el largo período de 1885 a 1895 en que el ejercicio financiero señaló un no interrumpido superávit.

Con mucho acierto, pues, hace residir el señor Simón en una tarifa oportuna y justa el elemento principal en la resolución del problema ferroviario. Para ello investiga primero quién debe fijar las tarifas. Como solución práctica *inmediata*, propone que sea el mismo Consejo Administrativo de los Ferrocarriles del Estado. Se funda para ello en que, estando el Consejo exclusivamente formado por representantes del Gobierno y miembros del Congreso, los intereses del Estado están igual o mejor resguardados que bajo el control intermitente, y a veces contradictorio, de los Ministros de Ferrocarriles. Como solución extensiva a todos los ferrocarriles, particulares y fiscales, y demás medios de transporte, recomienda, lo que nos parece preferible por muchos conceptos, la creación de un Comité intermedio entre las diversas empresas y el Gobierno, Comité análogo a la «Interstate Commerce Commission» de Estados Unidos, en la forma establecida en 1920 por ley Esch-Cummis; o al «Statutory Rates Advisory Committee» de Inglaterra, creada por el «Bill» de 1921, según el proyecto de Eric Geddes. A este

Comité correspondería administrar «indirectamente» todas las empresas de transportes del país, estableciendo las tarifas necesarias, garantizando un cierto interés sobre los capitales invertidos, recibiendo en un *Fondo Nacional* excesos determinados sobre un interés máximo, invirtiendo este Fondo General en mejoramientos de los transportes o en ayuda financiera a las empresas, armonizando el desarrollo de los ferrocarriles con los caminos y los puertos, realizando, en fin, una amplia política de viabilidad que conduzca al fomento de la producción y la riqueza nacional por el desarrollo de los medios de transporte,

Es esta la forma en que Francia, Inglaterra y Estados Unidos de Norte América, principalmente, han salvado la crisis de transporte provocada por la guerra. Y esta sería también la forma lógica de hacer de nuestros diversos medios de comunicación todo un sistema armónico, orientado, según los grandes intereses nacionales.

Aparte de tesis aisladas e inmediatas, es este el objeto fundamental que domina el libro «La situación Económica-Política de los Ferrocarriles del Estado» del ingeniero Raúl Simón.

El autor, uno de los más jóvenes ingenieros al servicio de los Ferrocarriles del Estado, ha escrito este libro como contribución al «Primer Congreso de Ferrocarriles». En realidad se trata de una obra que, por su método científico y su elevada concepción, sobrepasa toda expectativa que pueda haberse cifrado al establecer el Congreso de los Ferrocarriles del Estado entre las instituciones de perfeccionamiento profesional de los empleados.

FRANCISCO MARDONES.

Louis Roy.—*Cours de Mécanique*.—Un volumen de 200 páginas, con 103 figuras. 25 fr. Gauthier-Villars y C.^o 55, Quai des Grands-Augustins. Paris.

El tomo primero del Curso de Mecánica del profesor Louis Roy,

de la Facultad de Ciencias de Tolosa, del cual ya hemos dado a conocer el segundo tomo dedicado a la Residencia de Materiales, trata de mecánica racional y, como se dirige a principiantes, el autor se ha limitado a tratar sólo los elementos de esta ciencia. Sin embargo la materia está tratada con toda precisión, sin eludir ciertas cuestiones de interés puramente teóricas que se presentan inevitablemente a la reflexión y sobre las cuales se deslizan apenas las obras clásicas del ramo.

Dirigiéndose en su mayoría a futuros ingenieros, el autor, a fin de darles una noción del método de los trabajos virtuales, consagra un Capítulo a este método y da algunas aplicaciones. Asimismo es de interés el capítulo referente a los principios de la Mecánica, en que se demuestran diversos postulados que se admiten implícitamente en las obras didácticas corrientes.

M. A. A.

Louis Rougier.—*La Matière et l'Energie.*—Un volumen en 8, de 112 páginas—9 fr.—Librería Gauthier-Villars y Cia. 55, Quai de Grands Augustins.—París.

En su nueva obra la teoría de Einstein, M. Rougier, que ha sido uno de los primeros en darla a conocer en Francia, desarrolla y pone en claro la consecuencia más paradójica y más discutida del principio de Relatividad, la que atribuye a la energía una masa, un peso en proporción y una estructura, de tal modo que lo que nosotros llamamos materia no es más que un caso particular de la energía. La antigua dualidad del ponderable y del imponderable es reemplazada por la de campo electromagnético o energía de la cual la radiación y la materia son simples modalidades; y por la de campo puro de gravitación o espacio einsteiniano.

M. A. A.

Maurice Rostand.—*La gloire.* pièce en trois actes en verse, représentée par la première fois au théâtre Sarah Bernhardt le 18 Octobre 1921.

La acción pasa en Inglaterra, en 1820. Wisburn fué un pintor de genio, honra del arte inglés y admiración del universo. Ese día recibe en su pequeña residencia, de los alrededores de Londres, al Príncipe de Gales, que quiere conocer sus últimas telas y felicitarlo. Se escucha a la distancia la música de una orquesta y el eco de las conversaciones de los invitados. La escena representa el talle desierto del pintor. Su hijo, Clarence Wisburn, se ha retirado allí para entregarse, solo, a sus amargas reflexiones. Apenas tiene una sonrisa para su novia, la joven Rodiona, que viene al taller a buscarlo. Quiere estar solo. Está crispado, mal humorado porque sufre. ¿De qué? De tener por padre a un hombre de genio y de no ser nada él mismo. Cuando el Príncipe de Gales, acompañado del pintor, entra a visitar el taller, Clarence recibe a Su Alteza con palabras rudas y pocas protocolares. Después de la partida del ilustre visitante, el padre vuelve y pide al joven la explicación de su extraña conducta, Clarence explica su dolor. Gime y se desespera por ser un mediocre al lado de un coloso. No es envidia, no son celos. Tales sentimientos serían bajos y mezquinos. El padre, sorprendido, trata de razonar y calmar su juvenil orgullo. El hijo insiste; reclama su parte de genio, como una parte de herencia, de patrimonio. El nombre no es de uno solo, es de toda la familia. La reyecía es hereditaria y el genio debería también serlo. En cuanto a él ha tratado de fijar en una tela los ensueños de su espíritu inquieto. Ha hecho un pastel. El padre no quiere juzgarlo él mismo. Lo muestra a algunos discípulos y, sin nombrar al autor, les pide opinión. Esta es unánime: el pastel es mediocre, no tiene interés. Clarence se siente convencido y su queja

se exhala en una de las escenas mejor construida de la pieza.

En ella, Clarence recuerda con amargura la pobre descendencia que tuvieron Racine, Sófocles, Cromwell, Julio César, Shakespeare..

Una vez solo, echa una triste mirada a las telas paternas que decoran el taller. Una de ellas representa una gran figura alegórica, una mujer laureada de oro y vestida de púrpura. Es la gloria! En una alucinación, Clarence ve al cuadro iluminarse, animarse: la gloria está delante de él viva, maternal. Ella le habla, le consuela, lo exhorta, le ordena encerrarse en un taller, a solas con su inspiración, y trabajar con fe ardiente.

En el segundo acto estamos, dos años después, en el taller que Clarence ha buscado en Londres. Para aturdirse, recibe bulliciosamente a algunos amigos, entre los cuales figura el famoso dandy Brummel, y a algunas mujeres. Se encuentra cada día más perturbado y enfermo. Habla de las obras que ha hecho, que nadie, ni aún su novia, ha visto. No se las mostrará sino a su padre, si este consiente en acudir a su llamado. El lo aguarda. Un incidente contribuye a entristecerlo aún más. Una gran dama se presenta a su casa, extranjera, francesa, Mme. de Récamier viene a pedirle que la retrate. Trae el homenaje de su admiración al pintor que llena el mundo con un nombre tan ilustre. Clarence pronto descubre que Mme. de Récamier está en un error: ha querido buscar al padre y ha encontrado al hijo. La gloria se le aparece para consolarlo y aliviar su desesperación. Se excusa de haberle hecho promesas que no se han realizado. En fin, llega el padre. Clarence va a mostrarle los resultados de su trabajo. Levanta una tapicería y aparece una media docena de telas, cuyos temas el pintor explica afebrado. Pero ¡ay! todas las telas están en blanco, vírgenes. No las he tocado, los cuadros sólo existen en su imaginación. La desesperación lo ha vuelto loco.

El tercer acto se desarrolla en el

mismo taller. Clarence, después de meses de enfermedad, comienza apenas a reponerse. Mientras guardaba cama, Wilburn recogió los pinceles de su hijo y llenó todas las telas en blanco. El amor paternal lo hizo excederse a sí mismo y todos los cuadros resultaron obras maestras entre obras maestras. Movido por un sentimiento de dulce piedad, que había ya conocido Cyrano, hizo creer a su hijo que el era el autor de todos esos cuadros, que hacían gran ruido y traían agitado al mundo de los artistas. El Príncipe de Gales vino a traer al joven pintor una de las más altas condecoraciones y ordenó que esas telas admirables fueran adquiridas por la *National Gallery*. Clarence quedó al principio maravillado con su buen éxito; pero no recordaba nada. La luz, poco a poco, se infiltró en su cerebro debilitado y necesitó la prueba de que el, realmente, había pintado esas telas. Su padre y un sirviente le prestaron el juramento que el exigía, pero su novia no tuvo fuerza para seguirlos en su piadosa mentira. Clarence descubrió entonces, la atroz verdad y, en una tercera venida, la gloria bajó a saludar su agonía:

Dors, enfant radieux,

Dans le linceul de pourpre où je berce les dieux.

La obra está llena de un lirismo cálido y ardiente, de una sinceridad quemante como la de una página de autobiografía. Ha necesitado el autor sentir esas angustias para poder expresarlas con tan profunda emoción.

El tema de la pieza no es nuevo, pero ha sido poderosamente renovado por la afluencia de la sensibilidad personal.

El joven autor ha triunfado porque ha sabido interesar y conmover. Le faltó asimilarse más completamente los secretos de la técnica escénica, evitar desigualdades de su estilo que nos hacen a veces pasar desde las más bellos trozos

poéticos a prosaísmos vulgares. Es indudable que las cimas que el padre escaló, las escalará también el hijo, más feliz en este que el Aiglón.

L. CLARETIE

L'Annuaire des Longitudes pour 1922.—París.—1922—Gauthier Villars, Imprimeurs—Editeurs.—1 vol. in 66 de VIII $\times$ 800 pages.

L'Annuaire des Longitudes pour 1922 agrupa en un pequeño volumen una extensa información numérica. Dividido en cinco capítulos principales: calendario, tierra, astronomía, medidas legales, datos físicos y químicos, *L'Annuaire* estudia los diferentes calendarios, da a conocer la posición relativa de los astros, indica las medidas legales francesas y extranjeras, el tonelaje de los buques, la termometría, la densidad de los minerales y piedras preciosas, el análisis de los abonos, la termoquímica, la composición media de los vinos, cervezas, cidras, etc.

Publica, entre otras, las siguientes noticias, particularmente interesantes: *La teoría de la relatividad y sus aplicaciones a la astronomía*, por E. Picard; *Monedas y cambios*, por Ch. Lallemond.

Los dos discursos pronunciados por Mr. Hamy, el primero al tomar posesión de las funciones de Presidente del Bureau des Longitudes, y el segundo en los funerales de Mr. Lippemaun, miembro del Instituto.

Por último, el interesante artículo escrito por Mr. Favé sobre Mr. Renaud, Director del servicio hidrográfico de la marina desde 1913 a 1921.

X.

Alcides Arguedas.—*Historia General de Bolivia.*—1809-1921.

La acreditada casa editora de Arno Hermanos, de La Paz, acaba de publicar con este título un volumen en 8.º mayor de XI, 579 páginas, en el que se estudia ampliamente, el desarrollo de esa Nación.

Su autor, es el ilustrado sociólogo, Dr. Arguedas, el mismo de *Pueblo Enfermo*, *Vida Criolla* y *Raza de Bronce*, muy leídas entre nosotros, y la *La Fundación de la República*, que ha refundido en el presente libro.

Tiene un claro concepto de la honradez y de la veracidad que deben ser las bases fundamentales de esta clase de trabajos literarios, y reseña, con franqueza, sin atenuaciones, cuanto de vituperable ha sucedido en su patria: esto sabremos reconocerlo los extraños, pero, de seguro, se lo enrostrarán sus connacionales.

La obra contiene un resumen ordenado del período que comenzó a principios del siglo XIX, desde el movimiento revolucionario de 25 de Mayo de 1809, renovado el 16 de Julio siguiente, fecha en la que el mestizo don Pedro Domingo Murillo quedó al frente de los insurgentes, a los que traicionó en seguida, ofreciendo su concurso al jefe realista don José Manuel Goyeneche, a cargo del Alto Perú: a pesar de su claudicación, se le ahorcó y antes de ser suspendido, pronunció la profética frase «No apagarán la tea que he encendido» por lo que se alza ahora su estatua en la Plaza principal de La Paz.

Relata el señor Arguedas, sin entrar en detalles que habría sido interesante consignar, lo acaecido durante la guerra de la independencia; los entusiasmos de don Simón Bolívar, que dió la primera Constitución; los esfuerzos del gran don Antonio José de Sucre, hombre sin ambiciones ni odios, cuya memoria se ha agigantado; las veleidades peruanas; la fantástica Confederación Perú-Boliviana de don Andrés Santa Cruz, que fué destrozada en Yungay por las tropas chilenas y peruanas mandadas por nuestro General don Manuel Bulnes; hace una reseña precisa del auge que alcanzaron los letrados, con don Pedro Blanco, don José Miguel Velasco y don José Ballivian, hasta el escandaloso entronizamiento de la plebe, con su ídolo, el general don

Manuel Isidoro Belzú, que, al dimitir, hastiado de tantos abusos suyos, elevó a su yerno el General don Jorge Córdova.

Hubo transfujos en las ideas, traiciones en los amigos, bajezas en todos; realmente, es difícil imaginarse ahora lo que ocurrió en aquellos tiempos de empleados corrompidos, de prensa venal, de miserias sin cuento!

Surgió, lógica e inevitablemente, la Dictadura de don José María Linares, que produjo la más completa anarquía, a pesar de la honradez personal y entereza, o mejor, brusquedad de ese político, que fué reemplazado por el General don José María Acha.

Se levantó el tristemente célebre General don Mariano Melgarejo, el primero de los caudillos bárbaros, que, con su conducta licenciosa y profundamente inmoral, se impuso a todo el mundo hasta caer derrotado, de modo ignominioso, por el Coronel don Agustín Morales, que, como era de aguardarlo, le sucedió en el mando y en las picardías.

A su vez, éste fué muerto a balazos por su sobrino don Federico La Faye, y quedó de Presidente, por fin, un civil, el Dr. Tomás Frías, que salió del poder tan pobre como había entrado y al que hizo revolución el General don Hilario Daza, cuya actuación, hasta hoy, sigue siendo discutida por su inesperada retirada de Camarones, que, en nuestra opinión fué motivada por cobardía, y, en parte, a causa de la falta de elementos de transporte y nó por connivencias con Chile.

La Guerra Injusta denomina el señor Arguedas, sin razón, a la de 1879, i pasa, como por sobreáscuas, ese periodo que terminó con la presidencia del ilustrado General don Narciso Campero.

Sube la política conservadora, con el acaudalado minero don Gregorio Pacheco, sin dejar rastros de su acción; continuó con don Aniceto Arce, buen y leal amigo de Chile, quien impulsó los ferrocarriles y vías de comunicación, siendo su sucesor el mejor orador boliviano,

don Mariano Baptista, pero que nada práctico realizó.

Entregó el mando al Dr. don Severo Fernández Alonso, personaje correctísimo y bien inspirado, al que derrocaron los liberales regionalistas, al mando del General don José Manuel Pando, que subió mediante gran efusión de sangre, con la plataforma electoral del odio solapado a Chile.

Le siguió el Coronel y abogado don Ismael Montes, que tampoco nos estima: las facilidades que dió a Spyer, han originado encontrados comentarios, y las medidas bancarias que adoptó en beneficio del Banco de la Nación, motivaron serios quebrantos en muchas fortunas particulares.

Le sucedió el probo Dr. don Heliodoro Villazón que se dedicó a reorganizar las finanzas nacionales, y, al término de su presidencia, asumió el cargo por segunda vez, el señor Montes.

Comenzó, entonces, a germinar el nuevo Partido Republicano con los descontentos y con los que soñaban con la ilusión, no ya de un puerto en el Pacífico, sino, nada menos, que con la reivindicación de Antofagasta...

Por fortuna, prevaleció el sentido común, triunfó el financista don José Gutiérrez Guerra, que, comprendiendo el verdadero interés de los bolivianos, mantuvo cordiales relaciones con nosotros y fomentó la colocación de crecidos capitales nuestros en empresas mineras de importancia, admirablemente explotadas por administradores, ingenieros y empleados chilenos.

Los republicanos, entretanto, entusiasaban a las masas incultas, haciéndoles creer que se podría conseguir el puerto de Arica, en cualquiera forma, y llegaron a formular su reclamo ante la Liga de las Naciones, pero fracasaron completamente, ya que los tratados internacionales, como los convenios privados, se conciertan para ser cumplidos por las partes interesadas en ellos.

«Corrió el dinero, mediaron pro-

mesas y halagos» y la revolución—la centésima—estalló a mediados de 1920, arrastrando al señor Gutiérrez Guerra, a la quiebra de su Casa Bancaria, con la consiguiente pérdida de dinero de los que le habían confiado sus caudales.

De la «revolución ideal» salió el inesperado encumbramiento del Dr. don Bautista Saavedra, llevado al poder por elementos sin ninguna cohesión, salvo sus resentimientos personales con el anterior Gobierno

Todavía manda en Bolivia; desde el principio ha tenido enemigos entre los mismos que lo endiosaron; fué elegido, sorpresivamente, en la Convención de 1921, a raíz del retiro de una respetable minoría «y se bate denodadamente con la mayor crisis económica que ha sufrido el país, y con el desequilibrio ocasionado por la paralización repentina de las exportaciones mineras, que constituyen el capítulo más saneado de las rentas fiscales».

El Dr. Arguedas merece las más entusiastas felicitaciones por su hombría de bien, por su altivo carácter, por la franqueza con que emite sus opiniones y por los serios fundamentos en que las apoya.

Ojalá que sus estudios sirvan de guía a los actuales y futuros gobernantes, los doctores del Altiplano, para que no se envanezcan con los adulos de los que, por necesidad, se les allegan, ni con el fuego fátno de la prensa asalariada que no deben, jamás, considerar como la verdadera opinión nacional.

Y también es de desear que el pueblo consciente se dé cabal cuenta de que pasaron, para nunca más volver, los militarotes que arrastran sables, y, lo mismo, que se han desvanecido las famosas doctrinas reivindicacionistas de Antofagasta.

Aún cuando, por desgracia, «en Bolivia no tienen memoria» «ni hay cadáveres políticos»...

ANÍBAL ECHEVERRÍA Y REYES.

Antofagasta, Abril 15.—1922.

Roland Dorgelés.—*Saint Magloire*.—París. — 1921. — Albin Michel, éditeur.

Se aguardaba con viva impaciencia esta novela del joven y ya ilustre autor de *Les Croix de Bois*, obra que en poco tiempo ha alcanzado el estupendo éxito de ciento treinta ediciones. Temían unos que Dorgelés quedase siendo, como tantos otros, el autor de un solo libro. Aguardaban otros que, después de haber escrito el más hermoso libro de la guerra, escribiese también el más hermoso de la paz.

Saint Magloire prueba en definitiva que Dorgelés es un verdadero escritor de raza, y, lo que es más interesante todavía, un escritor representativo de las nuevas generaciones francesas.

Saint Magloire es, presentado bajo una forma encantadora, angustiosa o irónicamente satírica, todo el caos del pensamiento contemporáneo. La afabulación es de las más ingeniosas y ofrece, desde las primeras páginas las más grandes esperanzas. Saint Magloire es una especie de santo laico que pensó, desde su adolescencia, en ir a evangelizar a los negros. Poco a poco, cundió su fama en Francia, y, naturalmente, se le atribuyeron numerosos milagros: condenado a ser comido por las hormigas, salió libre de la espantosa prueba; condenado a ser crucificado, quedó libre en el último instante; pero conservó en las palmas de las manos las gloriosas estigmas.

Magloire Dubourg—ese es su verdadero nombre—es, en realidad, un hombre santo, es decir un hombre justo, equitativo, que predica el amor sobre la tierra, un hombre normal, en una palabra; pero completamente anormal en nuestra sociedad moderna. Y, naturalmente, para demostrarlo, el autor se da el gusto de traerlo a Francia, después de toda una vida de destierro.

Magloire Dubourg tiene por hermano a un gran novelista folletínista que vive feliz y rico con su mujer, su hijo y su hija en una her-

mosa casa de campo en Barlincourt. Al principio, cuando el gran novelista ignoraba la suerte que había corrido su hermano, escapado bruscamente de la casa materna, lo tenía por un inútil del que no valía la pena preocuparse. Pero, poco a poco, a medida que exploradores y habitantes de las colonias, hicieron conocer la hermosa vocación de Magloire Dubourg y los servicios que había prestado a Francia, el gran novelista reivindicó el parentesco de ese *santo* que honraba a la familia.

Al hogar tranquilo del novelista, a su linda casa, debía llegar el santo, a quien, al desembarcar, habían aclamado los marseleses. ¿Cómo recibir dignamente un santo? La cosa era muy molesta por gloriosa que fuese. Se recomendó a la hija no reirse en la mesa, se colocaron en la casa algunas pilas de agua bendita, se quitaron los adornos demasiado vistosos, se dispuso una cocina frugal.

Y, luego, los diaristas y los amigos llegaron de todas partes. Entre los primeros, los vecinos Aubernon, industriales de guerra, cuyo hijo debía casarse con la hija del novelista. Y luego después, el director de un gran diario de París, los dedicados a estudios religiosos y una turba de repórters. Magloire Dubourg, habituado a los negros, no sabía que hacerse con ese mundo de *interviewers*. Pero, acosado a preguntas, concluyó por responder y por responder crudamente... Porque, desde que se trata de su misión, su autoridad y su franqueza no conocían límites. Fustigó al mundo moderno, monstruo compuesto de animales que no escuchan más que sus instintos y que han olvidado la única razón de vivir que coloca a la humanidad por encima de todos los seres: el amor del prógimo impuesto por la creencia en Dios.

Todos estos episodios están descritos con un rara felicidad por Roland Dorgelès. Sabe animar las multitudes a las mil maravillas. Conoce perfectamente el estado de espí-

ritu de sus contemporáneos. Sus descripciones de periodistas y de *interviewers* son pequeñas obras maestras y las palabras evangélicas de Magloire Dubourg tienen una hermosa elevación.

Pronto, trenes repletos de pasajeros, traen a Barlincourt a todos los enfermos de París. Para el espíritu popular, un santo no puede ser otra cosa que un curandero, un fabricante de milagros. Magloire se indigna, rechaza a todos esos lisiados que no tienen otra idea que la de salvar sus cuerpos. Solo lo entenece una niñita que le presenta flores. La besa, mirándola con sus ojos profundos y la niñita, que podía apenas moverse, vuelve corriendo a unirse con su madre. ¡Un milagro! ¡Es un primer milagro! Siguen otros, bajo la influencia de un contagio de misticismo frecuente en casos semejantes. Y luego la barabunda, la feria de los milagros la cual Magloire, desolado, trata, en la medida de lo posible, evitar.

Lo más entretenido en esta parte del libro es la actitud embarazada de la iglesia, particularmente la del párroco de Barlincourt. ¿Cómo conducirse respecto de un santo que no ha sido siquiera ordenado sacerdote? De allí infinitas sutilezas encaminadas a conciliar a un propio tiempo, los títulos un hombre de irresistible popularidad y los derechos eternos de la disciplina eclesiástica.

Hasta aquí todo va bien y esperamos en grandes verdades reveladas en Africa a San Magloire y que el ha venido a dar a conocer a los franceses. Desgraciadamente, como era de esperarlo, esas grandes verdades no nos enseñan nada de nuevo.

Y, luego, las catástrofes se suceden, inevitables, pues la virtud, cuando es pura, se convierte en veneno, como un perfume. Es preciso diluirla en la vida para que sea asimilable. Magloire Dubourg se interesa fatalmente por los pequeños, por los humildes, por los criminales, a los cuales asiste hasta

en el cadalso, por los enfermos, por los que padecen males contagiosos, y su hermano, que se enorgullece de ser el más próximo pariente de un santo popular, comienza a comprender que no es siempre cómodo tener un Alceste religioso en la familia.

A Magloire Dubourg lo encontramos siempre donde no debería estar: en los tribunales para decirles la verdad a los jueces que condenaron a muerte a un joven asesino: Petitlouis; sobre todo, a la cabeza de los movimientos populares cuando se declaró en París la terrible epidemia de peste conocida con el nombre de Gripe negra. Fustigará a los concurrentes a un restaurant nocturno; se presentará al Eliseo para pedir al Presidente de la República que autorice a los enfermos de los barrios pobres para instalarse en las casas abandonadas por sus ricos propietarios en los Campos Eliseos. Después, vendrán las terribles conmociones de París, descritas con una verdad pasmosa. Barrios enteros de Belleville, de Clichy o de Aubervilliers emigrarán hacia los barrios ricos; tendrán espantosas luchas con la policía y el ejército y la sangre correrá a torrentes. Y como el Gobierno, hábilmente, no detendrá a Magloire o, a lo menos, le guardará consideraciones, el santo será pronto acusado de traición por los partidos populares.

En su propia familia las catástrofes serán más grandes aún. La linda casa de Barlincoeur no será más que una pobre casa abandonada en que el santo, enteramente solo, se refugiará por algún tiempo. El novelista, cansado de las excen-tricidades de su hermano, aplastado por su popularidad bulliciosa que lo compromete ante los ojos de todas las personas razonables, abandonará a su mujer y se aficionará a otra. Mme. Dubourg, tan dulce y delicada, después de haber tratado en vano de acompañar al santo en sus caritativas y peligrosas visitas, se consolará con un explorador de alcobas que ella cono-

ce. En cuanto a la joven hija del novelista, abandonada a su inexperiencia, será deshonrada por el hijo de Aubernon y expulsada de casa de este cuando fué a reclamar el matrimonio que se le debe. Rechazada la pobre niña, se ahorcará y el santo no hará para resucitarla el milagro que de él se esperaba. En cuanto al hijo del novelista, excitado por todas esas desgracias y enfurecido por la conducta de los Aubernon, incendiará con sus propias manos las fábricas de sus enemigos para vengar a su hermana y no tendrá reparo para reconocerse ante el juez autor del incendio. Al santo, anonadado por ese mundo que ha trastornado sin poder convertir, no le quedará otro recurso que el de regresar donde sus negros, acompañado hasta la estación por dos pobres diablos, los únicos discípulos que le han quedado fieles.

Este libro asombroso; al cual puede tan solo reprocharse su excesiva extensión, es verdaderamente la obra más original del día, la más movida, la más notable, igualmente, por lo cuidadoso de su estilo, por sus hermosas descripciones, por su prodigioso poder de evocación. Tiene un poco el movimiento general de una obra de Zola, pero muy trasformado por el espíritu crítico del día.

Son lo repito, las tendencias de este espíritu del día las que sería interesante hacer resaltar, porque son las más representativas. A decir verdad, representan sobre todo el formidable caos, el trabajo de gestación todavía oscuro del pensamiento contemporáneo. Desde el punto de vista social, como desde el punto de vista artístico, la guerra lo trastornó todo y las regiones desvastadas del espíritu están aún distante de haber sido reconstruidas.

Para comprender bien esas tendencias generales, es preciso recordar que el hombre es siempre el mismo en todas las épocas, que lleva sobre sí las mismas necesidades de buen sentido y de misticismo y que ese buen sentido y ese misti-

cismo no hacen más que tomar las formas actuales, sin variar jamás en el fondo. Se ha observado muchas veces que fuera de todas las iglesias existe una necesidad religiosa común a todos los hombres, que se traduce por la afirmación o la negación, por creencias científicas o creencias sobre naturales. Ese misticismo está siempre vivo y se presenta de un modo muy nuevo en la novela de Dorgelès: misticismo social, necesidad de una dirección superior, de una moral, de un ideal que marcha delante de nosotros y nos dirija en la vida. Todo esto se impone violentamente a nuestro espíritu después del caos de la guerra.

En realidad, el santo, con su evangelismo de épocas pasadas, no nos da la solución del idealismo futuro, y este fracaso no debe sorprendernos, porque, a pesar de él, no es menos cierto que esa necesidad de ideal de los tiempos modernos necesita satisfacerse. Y plantear el problema no es ni con mucho algo inútil.

En cuanto a las páginas revolucionarias, me parece que Dorgelès, como la mayor parte de sus contemporáneos, no tiene todavía la visión muy neta que se tendrá más tarde de los sucesos actuales. Después de la guerra, todo el mundo habla de una revolución necesaria e inevitable. Los novelistas suponen que esta revolución se producirá en el porvenir y que ella será igual a las revoluciones de antaño. No comprenden esta verdad formidable que nos envuelve y nos ahoga: esa revolución que esperan es ya un hecho consumado que se ha producido, antes nuestros ojos, después de la guerra. Emitiendo de una manera intensa papel moneda, aumentando la circulación fiduciaria en cantidad inaudita, las principales naciones europeas han realizado una revolución que los partidos más avanzados no osaban siquiera entrever hace apenas unos pocos años. Terminada la guerra

se hizo necesario, para pagar los gastos de esa locura mundial, echar mano de la mitad del capital existente. Era imposible hacerlo directamente por el impuesto, sin levantar vigorosas protestas en la opinión; se recurrió, entonces, al expediente de hacerlo por medio de la alza de los precios, depreciando los antiguos valores. Así, hoy en día, un rentista que antes de la guerra tenía cien francos de capital, tiene tan solo cuarenta. En otros países la disminución es aún mayor. Puede, pues, decirse que el capital antiguo hoy no existe. Solo el trabajo es remunerador. Las antiguas clases capitalistas no poseen ya casi nada. Todo va al trabajo manual y los capitalistas burgueses o intelectuales están definitivamente arruinados. Bien a menudo se ha señalado la situación lamentable de los intelectuales en todos los países. Ella es idéntica a la de los antiguos capitalistas. Tan cierto es que los intelectuales no pueden vivir y prosperar sino en la sociedad capitalista de otro tiempo, porque ellos son el lujo del mundo.

¡Supresión del capital, asignación del primer sitio al trabajo manual! Nunca Karl Marx y sus discípulos esperaron que tan gran revolución se realizara en tan breve plazo. ¡Y hoy está ya realizada! Es el tipo de la revolución moderna, que no tiene relación alguna con la revolución sediciosa de épocas pasadas, lo mismo que la guerra económica de la nación entera, tipo de hoy, nada tiene que ver con las guerras económicas gremiales que se hacían en otro tiempo. La guerra y la revolución se han hecho económicas y sociales. Esa es la mayor novedad de los tiempos presentes.

Debemos hoy reconstruir un ideal, si queremos que la civilización prosiga su marcha. Dorgelès no ha pretendido en su novela resolver ese problema; pero ha llamado la atención sobre él, lo que no es poco.

G. DE PAWLOWSKY.

Luis Barros Borgoño.—*La Cuestión del Pacífico y las nuevas orientaciones de Bolivia.*—Santiago de Chile.—Imprenta Universitaria.—Estado 63.—1922.—1 vol. de 292 págs.

En los precisos momentos en que poníamos el visto bueno para autorizar la impresión del último pliego del presente número de *Revista Chilena*, recibimos el libro del Señor Barros Borgoño. Esta circunstancia nos impide, como lo habríamos deseado, hacer que de él diera cuenta detallada algunos de los redactores de la Sección Bibliográfica. Por ahora, nos vemos en la necesidad de limitarnos a anunciar su aparición y de reproducir en extracto su índice, a fin de que nuestros lectores puedan formarse una idea siquiera aproximada de su contenido:

Bolivia y la Liga de las Naciones;
El respeto a los principios del Derecho Internacional;
Génesis del tratado secreto de 1873;
El tratado secreto de 1873 fué pacto de alianza ofensiva contra Chile;
El monopolio del salitre induce al tratado secreto y a la guerra;
Los derechos al litoral;
La conflagración del Pacífico;
La negociación de 1895;
Política comercial; abandono del puerto;
Tratado de paz de 1904;
Relatividad de los compromisos internacionales;
La demanda de Bolivia;
La responsabilidad del agresor;
Solidarización de los vencidos;

X. X.

INDICE

	Pág.
Emilio Vaïsse.—Gustavo Flaubert.—Su vida y sus obras.—Enseñanzas que de ambas se desprenden.....	5
Rafael Sotomayor.—El combate de Iquique el 21 de Mayo de 1879 y la excursión de la escuadra al Callao.....	30
Albert Samain.—La rana.....	39
Raúl Simón.—Nuestra situación financiera.....	40
Aníbal Pinto.—La renuncia del Ministerio Santa María y la formación del Ministerio Recabarren en 1880.....	62
Ricardo Sánchez Ramírez.—El General Melgarejo juzgado por un historiador chileno.....	69
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Alpha, Enrique Bataille.—X. X., ¿Por qué se cumple tan mal entre nosotros la ley de instrucción primaria obligatoria?—Beltrán Mathieu, Discurso pronunciado ante la Sociedad de Importadores de Estados Unidos de Norte América.—Rabindranath Tagore, Discurso pronunciado en la recepción del premio Nobel.....	82
BIBLIOGRAFIA.—Antonio José Restrepo, El moderno imperialismo. Protección y libre cambio —Miguel Rasch Isla, Para leer en la tarde.—Raúl Simón, La situación económico-política de los Ferrocarriles del Estado.—L. Roy, Cours de Mécanique.—L. Rougier, La matière et l'énergie.—Maurice Rostand, La gloire.—L'Annuaire des Longitudes pour 1922.—Alcides Arguedas, Historia General de Bolivia.—Roland Dorgèles, Saint Magloire.—Luis Barros Borgoño, La cuestión del Pacífico y las nuevas orientaciones de Bolivia.....	97
Anibal Pinto.—Apuntes: Dificultades de la guerra.—Causa del mal estado en que se encuentran las operaciones militares.—Ataque del Huáscar a Antofagasta.—La captura del Huáscar.—El desembarco en Pisagua.—Una conferencia con el General Escala.—Carta a Baquedano.—El nombramiento de don Alvaro Covarrubias como Ministro Plenipotenciario para tratar de la paz con el Perú.—Por qué el Presidente Pinto no quería la expedición a Lima.....	113
Ricardo Sánchez Ramírez.—El General Melgarejo juzgado por un historiador chileno.—(Conclusión).....	127

	Pag.
Jacques Riviere.—Fragmentos inéditos del «Diario Intimo» de Amiel	145
Samuel Ossa Borne.—La obra de don Ignacio Santa María sobre la Guerra del Pacífico.....	154
C. Pérez.—La teoría celular.—(Continuación).....	159
Roxane.—Henry Bataille.....	176
L. Dugas.—Las ideas pedagógicas de Guyau.....	196
NOTAS Y DOCUMENTOS.—J. T. Ibarra, Anatole France.—D. Restrepo, ¿Quién es el autor del soneto, «A vos corriendo voy, brazos sagrados»?.....	208
BIBLIOGRAFIA.—Paul Géraudy, Aimer, pièce en trois actes.—Henry Vignaud, Le vrai Christophe Colom et la légende.—Miguel Corday, Les Hautes Fournaux.—Alfonso Espino, Mármoles y Bronces.—R. Cúneo Vidal, Historias de las insurrecciones de Tacna por la independencia del Perú.—Th. de Douder, «La Gravifique Einisteinienne».—F. Contreras, Letras Hispano-Americanas.—J. B. Pompey, «Analogies Mécaniques de l'Electricité».....	219
Armando Donoso.—Don Enrique Matta Vial	225
Enrique Matta Vial.—Don Domingo Santa María	234
Enrique Matta Vial.—La nacionalidad y la ciudadanía.....	251
Aníbal Pinto.—Apuntes en el año de 1880 y 1882.—SUMARIO.—La mediación de los Estados Unidos.—Discreción de los hombres de Gobierno.—Posibles plenipotenciarios chilenos.—Don Manuel José Irarrázaval y sus ideas sobre el Perú y Bolivia.—La interpelación Balmaceda sobre las negociaciones de paz.—Llegada de los plenipotenciarios peruanos a Arica.—El señor Ficher.—Retrato de don José Victorino Lastarria.—El General Baquedano y don Aníbal Pinto.—Una polémica histórica después de la guerra.—Plan de campaña del General Baquedano sobre La Paz.—Refutación de las apreciaciones de don Máximo R. Lira.—Baquedano y el Gobierno de la guerra.—Una visita de Taforó y las dificultades en Roma para preconizarlo.—Balmaceda, Aldunate y las negociaciones de paz con García Calderón.....	259
Raul Simón —Oscilación de los cambios y depreciación de la moneda.....	281
Roberto Liévano.—José Asunción Silva.....	294
Giovanni Papini.—Ensayos.....	312
César Barja.—Ocaso.....	319
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Sobre el origen de la vida.—Shaw Desmond, La fuerza atómica y lo que dicen a este respecto algunos hombres de ciencia.—Trabajos de investigación eléctrica en la Gran Bretaña.....	320

BIBLIOGRAFIA. —Ernesto Constet, Où en est la Photographie.—Paul Painlevé, Les axiomes de la mécanique.—Emilio Picard, Discours et Mélanges.—Abel Hermant, Le Petit Price; La Clef.—J. H. Rosny Aîné, Nell Horn.—Jules Mery, Terre Païene.—Giovanni Papini, Histoire du Christ.—Alfonso Maseras, En la América Meridional.—Claudio Arteaga Infante, La mujer chilena esclava de la ley.—Simón Bolívar, Discurso en el Congreso de Angostura.—José Ignacio Escobar, Escritos.—Nonce Casanova, La Racaille.—Alfredo Colmo, La cultura jurídica y la Facultad de de Derecho.....	330
C. Silva Vildósola.—Alfredo de Vigny.....	337
X. X. X.—La Alemania de hoy.....	357
B. Combes de Patois.—Las Memorias del Cardenal Ferrata.....	370
Corpus Barga.—El tercer centenario de Molière.....	375
J. L. Faure.—¿Qué es el cáncer? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Cuál su origen?.....	382
Julio Zegers.—Don Enrique Mac Iver.	395
Juana de Ibarbourou.—Noche de lluvia.....	406
Ignacio Santa María.—Apuntes sobre la Guerra del Pacífico: I. La situación política; Los Ministros del Gabinete de Agosto de 1879.—II. La Legación de Chile en Francia.—Alberto Blest Gana, Capitán de Navío Luis A. Lynch, Carlos Morla Vicuña.—III. Intendencia General del Ejército y Armada.—Francisco Echaurren Huidobro.—Vicente Dávila Larraín.....	407
Monna Lissa.—Goyito.....	428
NOTAS Y DOCUMENTOS. —Liberales y socialistas.—Comunismo e individualismo.—Gorgas, Laveran y Manson.—El centenario de Schelley.—El doctor Brum pide la supresión de la Presidencia de la República en el Uruguay.—Lo legítimo del socialismo.....	439
BIBLIOGRAFIA. —Enrique Gay Calbó, La intromisión norteamericana en Centro América.—Paul Gerald, Tú y yo.—Julio Supervielle, Débarcadères.—Ernesto Nelson, Nuestros males universitarios.—Juan Agustín García, La Ciudad Indiana.....	446
B. Vicuña Mackenna.—La Zamacueca y la Zanguaraña.....	449
Gilberto Amado.—La literatura brasileña y el desenvolvimiento mental del Brasil.....	464
Ramón Pérez de Ayala.—Ignacio Zuloaga: El placer y la necesidad de las biografías.....	489
A. Ghejov.—La Tristeza.....	500
Francisco Zapata Lillo.—Suspiro (Traducción de Sully Prudhome)	506
Dr. L. S. Rowe.—El progreso de la democracia en el Continente Americano.....	507

	<u>Pág.</u>
Un documento histórico: Balmaceda muere por sus propias manos en la capital de Chile.....	516
Guillermo Feliuú Cruz.—¿Escribió Balmaceda una justificación de sus actos después de la Revolución de 1891, para el «New York Herald»?.....	516
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Gustave Simon, Ernesto Lavise, Jefe de la Escuela Histórica Francesa.—Víctor Hugo y Pedro II.—Ernesto Greve, El hierro en los tiempos coloniales.....	541
BIBLIOGRAFIA.—César Barja, Libros i autores clásicos.—Dr. Raul de Cárdenas, La política de los Estados Unidos en el Continente Americano.—Dr. Antonio Irairoz y de Villar, Enrique Piñeyro; su vida y sus obras.—Eduardo Barrios, El Hermano Asno.—Olegario Lazo Vega, Cuentos Militares.....	556
Indice del Tomo XIV.....	557

